El ciervo
y la sombra
DIEGO AMEIXEIRAS
PREMIO NACIONAL DE LA CRÍTICA 2021

Mateo, el protagonista de esta vibrante y conmovedora novela de Diego Ameixeiras, intenta salir adelante vendiendo cocaína y dejándose llevar por los extraños negocios que le ofrece Silvio, su mejor cliente y viejo amigo con el que se siente en deuda. Al mismo tiempo, mientras se esfuerza en superar la muerte de sus padres en un accidente de tráfico, se ocupa de atender a Eulalia, una maestra jubilada que ya no puede llevarle flores a su hermano muerto. En la lucha por superar la orfandad y no rendirse ante las circunstancias, Mateo busca el apoyo de Andrés, un sacerdote que años atrás lo ayudó a desintoxicarse y ahora insiste en solucionarle las dudas de fe. La inesperada aparición de Irene en la ciudad, una relación que lo marcó para siempre, y el descubrimiento de La Barronka, un edificio rehabilitado por un grupo de anarquistas, encienden en Mateo una llama de esperanza para seguir viviendo. Pero sus terrores no están dispuestos a abandonarlo. Todo es un recuerdo. El recuerdo bañado en sangre de los últimos días de su vida.

Diego Ameixeiras

El ciervo y la sombra

ePub r1.0
Titivillus 19.09.2023

Diego Ameixeiras, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1

Los últimos días de mi vida arden bajo mis párpados.

Mi ansia de Dios explota.

Volvemos a aquella noche. Cuando Silvio, mi ángel de la guarda, hunde su nariz en la raya de cocaína con ansiedad de oso hormiguero. El tipo que lo acompaña, al que llaman el Acacio, me mira mal. Pero no le he dado motivos.

—Este no abre la boca ni para lavarse los dientes —le dice Silvio —. Tú tranquilo.

El Acacio me clava sus ojos de hielo sucio y no me gusta.

—Será mejor que me vaya —murmuro.

Silvio sigue con sus aventuras de los recreativos, ajeno a mis intenciones.

—Llegué a dominar tanto el Street Fighter que conseguí estar tres horas seguidas jugando contra diez tipos sin que ninguno consiguiera echarme. Os lo juro. Cincuenta y cuatro partidas hasta que me ganó un chaval de Mariñamansa que se las sabía todas.

Los recreativos Seara. Los tiempos del Big Bang. Aquel agujero sin luz y las paredes medio desconchadas de la calle Concello. Entrabas y te noqueaba un puñetazo de sudor y tabaco. Yo nunca jugaba. Ni siquiera al futbolín. Me metía en el hueco que quedaba entre máquina y máquina y miraba. Era de esos, de los mirones. Me aburría a muerte salvo cuando respirábamos pegamento en el baño con la cabeza dentro de una bolsa. Entonces era distinto.

—Quiero irme —insisto—. Es tarde.

Intento levantarme, pero Silvio se apodera de mi hombro con su mano peluda y me hunde en el sofá. Nunca lo he visto, a Silvio, sin su gorra negra y las gafas de sol. Ni siquiera en su casa, que es donde estamos ahora. Aquí se lo llevarán las serpientes. La piel de la frente y de las mejillas está cubierta de estrías blanquecinas y cicatrices de aspecto rosado y cerúleo. Un día me dijo que al despertarse tardaba más de una hora en recuperar la vista.

—Te tomas una cerveza con nosotros y luego te largas. Además, la rumana está a punto de llegar. No seas tonto. Habrá para todos.

Silvio se mete otra raya y el Acacio se limpia sus uñas negras con un palillo.

—Enséñame de una puta vez cómo funciona —le dice Silvio frotándose la nariz.

Una pistola Beretta sobre la mesa. El Acacio la coge y dispara varias veces con el cargador vacío. Después se la ofrece a Silvio, que apunta hacia la pared y repite el mismo movimiento de su improvisado instructor.

—Lo mejor es que dispares cerca y al centro del cuerpo.

La voz del Acacio suena como si tuviese alambres oxidados en la garganta.

—Vacías los pulmones, te quedas sin respirar y aprietas el gatillo —añade.

Silvio me apunta y dispara. Se ríe. Todo esto me hace mucha menos gracia que a él.

—Enséñame a cargarla.

El Acacio le muestra cómo introducir el cargador en la empuñadura. Después mete un cartucho en la recámara.

—Listo. Ahora solo tendrías que apretar otra vez el gatillo.

Silvio juega un rato con la pistola y vuelve a dejarla sobre la mesa. Después asiente como si un pensamiento brillante, una gran supernova, hubiese iluminado su cerebro. Se sirve un whisky y enciende un cigarrillo. El ambiente, con tanta humareda, se ha ido cargando demasiado. Tengo calor, me gustaría abrir la ventana. Arrojarme al vacío. Pero ni al Acacio ni a Silvio les importa que nos ahoguemos aquí dentro. Vemos los anuncios de la televisión. Silvio cambia de canal. Un tipo bronceado camina por una playa. Al fondo se ven unas palmeras y gente bailando en una fiesta. A su lado aparece una chica de aspecto oriental. Lleva un bikini minúsculo. Silvio reconstruye su cuerpo con las manos, esculpiendo el aire. Le acaricia las nalgas y la invita a cabalgar sobre sus piernas. El Acacio se ríe como si le doliesen la muelas.

—Estaría bien irse a Tailandia. En cuanto consiga algo de pasta, me voy de excursión.

Silvio apaga el televisor. Bajo sus pies descalzos se retuerce una alfombra llena de manchas y de agujeros de cigarrillos. Me ofrece

un trozo frío de pizza barbacoa, pero ya no tengo hambre. El Acacio tampoco. Así que el único que come ahora es Silvio, que parece no haber arrojado nada al estómago desde hace meses. La medicina en su nariz no le ha quitado el apetito.

—A ti también te haría falta largarte unos días, Mateo —añade mirándome—. Podríamos irnos un par de semanas y alegrarnos el cuerpo como nos merecemos. Vuelves a tener mala cara, se te va a quedar así para siempre. Eso no puede ser. A los amargados no los quiere nadie.

Mi padre decía que el destino de la gente queda decidido en la infancia. Ese fue mi caso. Mi rostro se llenó de sombras cuando solo era un niño y una angustia terrible se apoderó de mí sin que nadie se diese cuenta. Sufrí muy pronto la tortura de mis pensamientos porque sabía que la vida, al hacerme mayor, me conduciría al infierno.

—Mis planes son diferentes.

—Nunca dices nada. Siempre estás callado, metido en tu mundo de mierda. Tú sabes que me preocupo por ti aunque a veces no te lo demuestre. ¿Es por lo de tus padres? Escúchame, no quiero repetírtelo otra vez: uno tiene que estar dispuesto a soportarlo todo. El desamor, el dolor, la soledad, un bote con ácido en la puta cara. La muerte. Todo lo que nos ocurre es una señal. Si una puerta se cierra, no se llora. Se entra a patadas en otro sitio.

El Acacio vuelve a limpiarse las uñas con el palillo. Me acabo la cerveza. Silvio carga la pistola un par de veces.

—¿Así está bien? —le pregunta al Acacio.

—Parece que lo hubieras hecho toda la vida.

Es la primera vez que el Acacio revela algún tipo de entusiasmo. Si es que a eso que muestra mientras se rasca la entrepierna se le puede llamar así. Silvio manosea el arma. Su respiración va perdiendo fuelle. Cuando se pone a pensar, de su cabeza sale el humo de un motor accidentado.

—Mateo, el otro día me crucé con tu amigo el cura. Se está quedando en los huesos. Es un puto andamio con piernas. Dios adelgaza mucho. Tienes que vigilar su dieta.

Me levanto y abro la ventana. La noche y su calor tormentoso de agosto se infiltran en el salón. Ahora es Silvio el que me mira mal, no el Acacio. Estoy seguro. Me inquieta la expresividad satinada de

sus
Ray-Ban.
Quizás haya entendido mi impulso hacia la ventana como un ataque a su orgullo. El último baile de la presa antes de ser cazada.

—Imagina que tuvieses que buscarte otro camello —le digo.

Silvio me hace un gesto para que me acerque, pero no me muevo de la ventana. Miro hacia la calle. El vacío. Siempre me atrajo ese salto. El vuelo inapelable, la tentación del equilibrista. La aceleración del suelo.

—No me jodas. Ven aquí y saca todo lo que tengas en los bolsillos.

Una noche, sentado en la acera, vi una gaviota desplomarse sobre un contenedor de basura. Alguien gritó en una ventana. Salí corriendo.

—¿Prefieres hacerlo por las buenas o quieres que me enfade? —insiste Silvio.

Llevo cinco gramos. Dejo el material junto a la pistola y no sé por qué me humillo de esta manera. Pero este cabrón está muy ciego, ahora tiene una Beretta cargada y el Acacio le ha enseñado a utilizarla.

—Aquí tienes. No llevo más encima.

Silvio saca un fajo de billetes del bolsillo. Algo más de lo que yo sacaría vendiendo los cinco gramos. Me tiende la pasta mientras mira la pantalla de su teléfono.

—Vamos a tener que llamar a esa rumana otra vez —le dice al Acacio—. Son las tres. Ahora sí que está tardando.

Billetes nuevos y brillantes. Con esto puedo pagar el alquiler de este mes y regalarle una botella de vino a la profesora por su cumpleaños. Silvio se prepara otra raya de medio metro. Pasa la aspiradora. Empiezo a saber cómo acabará todo esto. Me pongo la cazadora.

—No vas a dejarlo, Mateo. Eres un tipo especial, sabes escuchar a la gente. No puedes renunciar a que te quieran.

—Estás insoportable esta noche. ¿Me puedo largar ya o tengo que seguir aplaudiendo tus prácticas de tiro?

Sufrir el impacto de una bala, me explicó el padre Andrés, es como recibir un empujón muy violento. Te caes y piensas que has tenido suerte si no te han alcanzado el corazón o la cabeza. Aunque

lo más posible es que para entonces ya estés empezando a morirte desangrado. Si la bala penetra en tu cuerpo por una arteria del brazo, las ingles, o debajo de las clavículas, es que vas a sentir el calor de tu propia sangre derramándose. Y te morirás si alguien no te corta la hemorragia. Ahí se acabará todo. Pienso a menudo en ese charco rojo y caliente bañando mi cuerpo. Al padre Andrés le dispararon en la selva.

—¿Por qué no te quedas? —insiste Silvio—. Nos lo pasaremos bien.

Abro la puerta justo cuando suena el timbre. La rumana, tacones altísimos, bolso dorado al hombro. Parece pedir perdón por respirar. El maquillaje convierte su edad en una cifra incierta, pero yo diría que hace poco que ha dejado de ser una niña.

—Te están esperando.

La rumana sonríe, se recoge el pelo detrás de la oreja. Me aparto para que pase. Arrastra una leve cojera. Vuelvo la cabeza antes de salir y me encuentro con los ojos del Acacio al fondo del pasillo. Su hielo sucio me señala otra vez.

2

Todo está cubierto por una capa de niebla y herrumbre. Me precipito por un agujero que no desvela su fondo. La frente se me llena de sudor y en mi cabeza se agita el sonajero de un loco. Se me agarrotan los músculos, retuerzo las sábanas con los dedos. Entonces me despierto. Abro los ojos, tardo en reaccionar. La vida es dolor y repetición. Asfixia y cansancio. Me levanto de la cama. La garra de una fiera sigue escarbando mis entrañas mientras me arrastro a tientas por el pasillo. En la cocina rompo dos huevos crudos en un vaso, añado un poco de agua y bebo deshaciendo las yemas con la presión de la lengua. Me asomo al balcón. Es mediodía. La mañana languidece. En una ventana, sobre los tejados, una brisa furtiva desata el baile de un pantalón tendido al sol. La danza descoyuntada de unas piernas vacías.

Hora de ponerse en marcha. Bajo a la calle y entro en la farmacia de la esquina. Compro jarabe para la tos, aceite de romero, un relajante para dormir. Los encargos de la profesora. Sigo caminando, cruzo Ervedelo y continúo por Salvador Dalí, la última calle que se abrió en el barrio. Una avenida ancha y distante, con modernos edificios en piedra, que se llevó por delante un promontorio que la dividía en dos. La profesora y su bata azul me reciben detrás de la puerta. Se le han hinchado un poco las mejillas y le están creciendo unas bolsas de piel bajo los ojos. Su boca me dedica una sonrisa fatigada. Pasamos al salón, nos ponemos cómodos. Se acaba de preparar una infusión. Acepto el ofrecimiento. Me sirve una taza de menta poleo y le doy el jarabe para la tos.

—¿Te has mirado la fiebre, Eulalia?

La profesora se pone una cucharada de jarabe. No es que se haya quedado muda. Es que todo, con esta gripe de verano, le supone un esfuerzo.

—Tengo unas décimas. Ya no me dan escalofríos, pero me he

levantado como si me hubiese pasado un camión por encima.

—Una siesta por la tarde y como nueva.

—Te veo muy optimista.

—Piensa en tu última analítica. No tienes rival. Eres la reina del colesterol y de los triglicéridos equilibrados. Estás para ir caminando hasta las termas.

—Tú sí que deberías dormir. Mira qué cara traes.

Tendré que pedirle una opinión a Silvio sobre mi aspecto. Nos terminamos la infusión y le señalo el camino de su dormitorio.

—No tengo mucho tiempo. Échate en la cama.

Eulalia, ya en la habitación, se desnuda ante mí. Me fascina la pulcritud pausada de sus movimientos. Procede con ceremoniosidad antigua, como una amazona que estuviese anunciando su rendición ante un héroe que soy yo. La bata y el camisón largo se derrumban a sus pies. No queda rastro de la firmeza de su cuerpo, pero la piel guarda la majestad de un pergamino. Es una decadencia hermosa. Se tumba boca abajo y le aplico el masaje con el aceite.

—Quiero pedirte un favor —ronronea—. Pásate por el cementerio. Mañana es el aniversario de Antonio y no quiero que se quede sin flores.

Mis manos recorren su región lumbar. Me deslizo después en un lento recorrido ascendente. Fricciono y amaso. Trabajo el cuello y los hombros.

—Le haré una visita. No te preocupes.

—Nunca le han faltado desde que tiene su nicho. No me perdonaría dejarlo pasar.

—Cuando te encuentres mejor, robaré un coche para llevarte.

—Todavía no has hecho méritos suficientes para ser el chófer de una catedrática jubilada. Tendrás que ganarte ese honor.

—Está bien. Seguiré intentándolo.

Un pellizco en su hombro derecho. Nos reímos y comenzamos de nuevo. Junto mis manos y golpeo con delicadeza en los músculos, reconozco su frágil textura y sigo con un palmeteo cóncavo. Después coloco los pulgares en la parte superior de la espalda, bajo el cuello y a ambos lados de la columna. Con un movimiento en abanico presiono suavemente hacia la zona inferior. Vuelvo a separar los dedos para ir ascendiendo desde el centro hasta el cuello otra vez. Eulalia gira la cabeza a la derecha y abre los ojos.

—Le han dado un premio a Sophia Loren —dice—. Acabo de oírlo por la radio. Tengo que repasarme Dos mujeres, de Vittorio De Sica. Amor, supervivencia e ideales partisanos. Es de lo mejor del neorrealismo. Una noche hacemos una sesión doble y vemos también El oro de Nápoles. ¿Qué te parece?

—Revisaré mi agenda de ocio nocturno —bromeo—. Tengo varios ofrecimientos.

—Pero ninguno con Sophia Loren y Silvana Mangano. ¿Podrás renunciar a eso?

Eulalia me besa en la mejilla. Se viste mientras entro en el cuarto de baño y me lavo las manos. Es un jabón artesanal de lavanda. Me fijo, como otras veces, en la soledad del cepillo de dientes y en la colección de cremas sobre la rinconera. Vuelvo al dormitorio. Me siento en la cama y suspiro. El masaje lo ha recibido mi alma. Me aferro a sus manos. Es un alivio dejar que la vida fluya en el tacto de sus dedos. Son acogedoras, fuertes. Sanadoras. Después acaricio sus cabellos plateados.

—Estás mucho mejor así que con el tinte naranja.

—Me estoy dando un aire a Patricia Highsmith. Tendré que adoptar un gato y volver a fumar Camel. ¿Qué te apetece comer la semana que viene?

Dudo entre merluza en salsa verde o guiso de ternera.

—Se lo consultaré a la almohada. Conociendo tu repertorio, es una decisión difícil.

Sobre la mesilla de noche hay una pequeña caja de cartón llena de fotografías. Mi curiosidad provoca que Eulalia se gire hacia mí como si tuviese que darme una explicación.

—Estaban en un mueble del trastero. Me pregunto por qué tuve que ponerlas allí. Ya tengo tarea para estos días. Voy a pasarlas al ordenador.

—Puedo echarte una mano, si quieres.

Eulalia busca en la caja hasta que encuentra lo que está buscando.

—Fíjate en estas dos. A la derecha, mi hermano Antonio de legionario, en uniforme de campaña. A la izquierda, de miliciano del POUM, el Partido Obrero de Unificación Marxista.

Observo las fotos. En la primera, un chaval de veinte años agarrado a su máuser, un palmo más arriba de la cintura. Con el

gorrillo deslizándose a la derecha de su cabeza, la bayoneta reglamentaria, sus correajes de cuero sobre los hombros y unas alpargatas. En la segunda, el mismo chaval enfundado en el típico mono azul de miliciano. Con su estrella roja del partido bordada en la gorra de campaña, sus trinchas con cartucheras y el mosquetón al hombro.

—Qué curioso —me sorprendo—. Es como mirarse al espejo y ver que en tu reflejo va apareciendo el enemigo con tu misma cara.

La memoria de Eulalia flaquea y no siempre logra recomponer las piezas con sentido, pero empiezo a tener un relato completo. Conozco fechas, nombres, lugares. Escucho. Siempre escucho. Me ha hablado del horror desde el primer día que pisé esta casa. Sus recuerdos brotan en desorden. Cada vez añade o elimina fragmentos y yo completo el puzle. Soy un historiador secreto.

—Los anarquistas habían lanzado una bomba en una procesión en Zaragoza, un par de años antes, y mi padre se escondió unos días. Tenía algunos amigos en la FAI, ya sabes, la Federación Anarquista Ibérica, aunque no estaba afiliado. Después se encendió la mecha y llegó la sangre de verdad. Pero los falangistas lo dejaron tranquilo cuando se enteraron de que su hijo Antonio se había alistado voluntario para hacerse novio de la muerte. Al año siguiente de empezar la guerra, a finales de julio del 37, mi padre se puso enfermo. Murió de tuberculosis un mes antes de nacer yo. Mi madre me contó que para entonces mi hermano ya llevaba un tiempo con los republicanos.

Le devuelvo las fotos a la profesora, que las coloca sobre el montón que guarda en la caja. Después la cierra con gesto apesadumbrado. Noto que hoy no le apetece seguir hablando.

—Voy a pasar por el supermercado. ¿Necesitas algún refuerzo para tu nevera?

—Creo que no. Tengo provisiones para organizar una boda.

Un estallido en mi cabeza. Me precipito otra vez por el pozo estrecho y sin fondo, como en mi pesadilla de la mañana. Se me nubla la vista y ante mis ojos parpadean imágenes de cadáveres amontonados en el suelo. Cuerpos moribundos que piden ayuda extendiendo los brazos hacia mí. Mutilaciones salvajes. Uniformados harapientos, obreros, campesinos. Eulalia no se da cuenta de mi trance. Quizás esté pensando si necesita que le traiga

sus yogures con avena y una tarrina de queso fresco, o en Sophia Loren y
Jean-Paul
Belmondo, el partisano enamorado que intenta atraerla a la causa en Dos mujeres. Pero mi película es otra. Una larga noche de pánico. Ante mis pies se esparce un reguero de cadáveres que me invitan a su posteridad sin nombre.

Eulalia se vuelve hacia mí. Ahora sí que se ha percatado.

—¿Te encuentras bien?

Noto el sabor metálico de la sangre en la garganta. Una bala me ha reventado el cerebro. Entro y salgo de la muerte. Me quedo un rato más en la vida. Y sigo recordando mis últimos días, intentando ponerle orden al caos.

—No es nada. Creo que me duele un poco la cabeza.

—Estás muy pálido, Mateo. Ya te lo dije. A mí no me engañas. Tienes que dormir.

Amaré a la profesora sobre todas las cosas.

3

Guille me espera en el túnel bajo las vías del tren. Al acercarme voy distinguiendo poco a poco su silueta encorvada que se agita en la penumbra. Se empeña en abrazarme con una efusividad demasiado empalagosa. Apesta a sudor. Nos acercamos a la claridad y enseguida sus ojos se pierden en el vacío. Subimos las escaleras que ascienden a la calle y nos sentamos en los peldaños. Guille se rasca el bolsillo del chándal. El rostro se le enciende como si hubiese encontrado un tesoro, pero su brillo es efímero. Está fingiendo. Me hace creer que es capaz de recordar sin dolor.

—Mira lo que te he traído. La pusiste tú. Me acuerdo perfectamente de aquel día.

Es una peseta rubia aplastada por un tren. Un trofeo de hace más de treinta años. Salir a la calle, combatir el tedio, sembrar los raíles con monedas y piedras. Conducir coches abandonados, sin ruedas ni puertas, y echar a correr riéndote de todo hasta no poder más. Volver al anochecer con heridas de guerra en las rodillas. Era el plan perfecto. La rutina de todos los veranos sin playa. Se jugaba a muerte en cada esquina y siempre olía a incendio. Ardían los montes alrededor de la ciudad. Nuestro mar era la vía. Aquellos trenes que surcaban la estación de San Francisco trituraban todas las tardes unas cuantas efigies de Franco. El rey que hablaba en Nochebuena por la tele, al que le escribíamos redacciones en clase, también recibía su merecido.

—¿Un regalo? —le pregunto.

Guille asiente y mueve las piernas como si estuviese calentando antes de una carrera. Tiene el pelo grasiento y se ha dejado la cara hecha trizas al afeitarse.

—Todavía sale un tren una vez al día. A veces vengo a verlo. Una tarde me encontré con un turista despistado en la taquilla y le conté nuestras historias.

—A saber lo que te habrás inventado.

En otro tiempo, antes de la heroína, el rostro de Guille mostró la enjundia robusta de los que durante generaciones se han mantenido bien alimentados. No me cuesta recordar su forma de caminar por las vías, la barbilla erguida y el tórax cuadrado, como un soldado presumido. Me atraía su convicción, pero en algún momento me pareció intuir en aquel entusiasmo un signo de autoridad y supremacía. Para entonces, la oscuridad de mi temperamento comenzaba a desatarse. No sabía que lo peor todavía estaba por llegar. Aquella reclusión de mi carácter me separó de Guille, como de tantos otros, y me fue llenando de obsesiones.

—No sé dónde he metido el mechero. Dame fuego —me pide.

—¿Qué tal tienes el brazo?

Guille no me contesta. Saca un papel arrugado de la chaqueta con un número de teléfono. Sonríe y veo que se ha quedado sin otro diente.

—Ya sabes que me robaron el móvil. Necesito hablar con los de Pasapalabra.

—No vamos a llamar otra vez. Tengo que comprar unas flores. ¿Te vienes y me ayudas a escogerlas?

—Solo una llamada.

—Ni vas a salir en un concurso ni vas a hacerte millonario. A ver si razonas un poco.

—Quiero cambiar de vida. No me fastidies el plan, Mateo.

—Enséñame ese brazo.

—¿Qué haces? Te dije el otro día que lo tengo bien.

—Mentira. Eres un idiota, Guille. Quiero verlo.

—Suéltame de una puta vez y déjame el teléfono. Me estás haciendo daño.

Guille se tambalea. Apenas opone resistencia. Consigo sacarle la chaqueta como si estuviese arrancando el cartel de una pared. El cigarrillo que tenía en la mano se rompe con el forcejeo. Le agarro el brazo por el codo hasta inmovilizarlo. No me gusta lo que estoy viendo.

—Tienes que ir al médico cuanto antes.

La cocaína te regala superpoderes, es un combustible instantáneo. A cambio, con la caída, te devuelve el peso ampliado de tus angustias. Pero la heroína es diferente. El miedo se esfuma y nada puede herirte. Encuentras calma y refugio hasta que, sin darte

cuenta, regresan los problemas. Un terror aún más profundo que el que quisiste combatir. La gente está volviendo al caballo, aunque no se juega tan fuerte como antes. Los fieles de ahora evitan la jeringuilla. Muchos llevan corbata y no quieren marcarse. Pero Guille es de otro tiempo. Su amor es la aguja.

—No es para tanto. Se me curará como otras veces.

Un chaval sube las escaleras y pasa a nuestro lado sin prestarnos atención. Escucha música por sus auriculares. Guille se muerde los labios. Están secos y llenos de grietas inflamadas.

—Necesito un pico de los gordos, Mateo. Por lo que más quieras.

—¿Es que no lo entiendes? Ese brazo está hecho una mierda.

—Te daré el dinero cuando pueda. Somos amigos. Acuérdate del día de la moneda.

—Está infectado. Tiene muy mala pinta. ¿Quieres que te lo corten?

Guille se derrumba. Clava las rodillas en el suelo. Todavía no llora, es solo una mezcla de rabia y hastío. Una imploración de santo. La lividez de su rostro se le escurre por los pómulos. Su calavera se desencaja, se llena de pequeñas gotas de su sudor. Entiendo bien ese calvario.

—No me dejes así, que no hago más que sufrir.

Ahora sí que está llorando. Le extiendo la chaqueta sobre los hombros.

—Gracias por la moneda, Guille. Pero no cuentes conmigo para seguir matándote.

—¿Y tú dices que crees en Dios? Pues demuéstralo. Dile que me ayude.

Camino hacia la salida del túnel. Los pasos atropellados de Guille se arrastran a mi espalda. Al caerse maúlla igual que un gato herido. Se abraza a sus piernas. Será que no encuentra el vientre de su madre. Recuerdo aquellas tardes que subimos juntos a Montealegre, los escondrijos de nuestro Sinaí secreto. La ciudad varada en su pozo ardiente. La vista de la catedral bañándose en los tejados del casco viejo. El meandro del río buscando el amparo de los puentes, el pálpito perezoso de la ratonera en la que acabábamos de venir al mundo. La memoria de aquellos días me corta el aliento. Entonces me doy la vuelta, me agacho y beso la frente del niño de la moneda.

—Nadie atiende a mis plegarias, Guille.

4

Estoy colocando los claveles para Antonio en la jardinera cuando veo al Pucho paseando por el cementerio. Se me acerca caminando con las manos en los bolsillos, con una ligereza contraria al espesor vigilante de los muertos. En su seriedad no hay rastro de la crispación de otros días. Será que últimamente los negocios le van mejor. Se le ve tranquilo y despreocupado, con un aire que hasta podría resultar ingenuo. Pero el Pucho tiene sus arranques de cólera. La ira del niño castigado sin postre. En su semblante, piel macilenta y mandíbula de caimán, se advierte la inquietud del cazador hambriento. Soy el primero en hablar.

—¿Te has venido hasta aquí por mi culpa?

El Pucho levanta la vista hacia los nichos más altos. Tarda en responderme.

—No te estoy siguiendo, tranquilo. A ver si te vas a creer que eres tan importante.

—La semana pasada te pagué lo que faltaba. Pensé que ya lo habíamos solucionado.

Al final del pasillo, una mujer sube por unas escaleras metálicas y se dispone a limpiar una lápida. El Pucho mira a su alrededor haciendo un balance de lo que tiene ante sus ojos. Su reacción es una mueca de disgusto.

—Los cementerios de ahora son un espanto. ¿No te parece? La muerte es algo serio. No vale cualquier cosa con ella. Hay que darle su solemnidad.

—Este lo construyeron hace casi treinta años. Ya no es tan moderno. O sí, según se mire.

—Es una colmena con una iglesia en medio. Como todos. Ni arte, ni gusto por ningún lado. Solo falta de sensibilidad. No se me ocurre nada más horrible que estos montones de cemento. Qué decadencia. Con lo bonitos que eran los cementerios de antes. El de San Francisco sí que es una obra de arte, con sus capillas y

mausoleos. Así daba gusto morirse. Tenías un buen sitio para descansar.

—A la gente no le importan estas cosas. Ya tienen bastante con pensar en el presente.

—Pero piensan mal. Hay una mezcla de ansiedad y de tristeza en la calle que me preocupa. Se palpa en el ambiente. Cada vez hay más gente deprimida y con los tornillos flojos.

—¿Vas a abrir tu propia consulta psicológica? A lo mejor te pido cita.

—Hay un curandero nuevo en el barrio. El profesor Ray. Mal de ojo, problemas laborales, maleficios. Resultados garantizados. Mejor llámalo a él y me cuentas. ¿No te ha dejado un anuncio en el buzón?

El Pucho se pasa la mano por la cabeza y se ríe de su propia broma. Lleva el pelo cortado al cepillo, pero se le eriza un poco en la coronilla. Tengo la sensación de que lo fotografía todo. Aquí y en cualquier sitio. Su cabeza es un periscopio. Se pone a pensar como piensa el Pucho, deformando la boca.

—La última vez que bajé a Tarifa me quedé alucinado, Mateo. Te encuentras las lápidas sin nombre de los inmigrantes y te entran escalofríos. Eso sí que es terrible. No tenemos perdón de Dios.

Me olvido del Pucho. Congelo su imagen con mi botón de pausa. Ya está. Suenan cantos de milicianos marchando al Frente de Aragón. Mientras coloco los últimos claveles me imagino a la profesora sentada aquí, a mi lado, indicándome la disposición exacta de las flores y la forma en que debo acariciar el mármol. Al terminar, me alejo para ver el resultado. En mi cabeza oigo ahora uno de esos tangos de Carmelita Aubert que a veces me pone en su casa. Vuelvo a activar al Pucho con mi botón. Se está rascando los brazos. Le habrá picado un mosquito. No es mal momento para una muestra de gratitud.

—Eres un tipo legal, Pucho. Siempre te has portado muy bien conmigo. No sabes cuánto te lo agradezco.

Mis palabras suenan graves y solemnes, un poco afectadas, a doblaje de película bíblica. El Pucho deja de rascarse y se abrocha los puños de la camisa.

—No nos pongamos sensibles, joder. Yo sé que tú también eres buena gente. A veces le das demasiadas vueltas a la cabeza, pero es

lógico. Lo que estás pasando no es una broma.

—¿Por qué estás aquí?

El Pucho resopla. Es su forma de desaprobar mi pregunta.

—Te measte en los pantalones al verme. No sé qué voy a hacer contigo. Que no me como a nadie, hombre. No soy un caníbal.

—Me extrañó verte aparecer de repente.

—Todos tenemos nuestros muertos, Mateo. Mi madre está ahí detrás en un tercer piso. Antes venía a visitarla con mi viejo, pero el alzhéimer le pone agresivo.

—Perdona. No lo sabía. Nunca me habías dicho nada.

El Pucho repara en el nombre de la sepultura. Aquello no encaja en su cabeza. Sus cejas se lanzan hacia la cúspide de la frente.

—Pensé que esas flores eran para tus padres. ¿Quién es el inquilino?

—El hermano de Eulalia. Lo mataron en la guerra. Mis padres están en el Paraíso.

El Pucho no sale de su desconcierto. A nuestra derecha, la mujer de la escalera metálica ha terminado de limpiar la lápida.

—Creí que no era verdad lo que me habían contado. Yo respeto mucho todo lo que tiene que ver con los muertos, ya me conoces. Cada uno se enfrenta a la tristeza como puede. Pero tú mira que eres raro, Mateo. ¿Cómo que en el Paraíso?

Pienso en mi madre, que me sostiene en sus brazos como si todavía no entendiese que había sido capaz de engendrar una vida. Su mano me acaricia la mejilla mientras sonrío. Cuarenta años después, fueron mis dedos los que acariciaron su piel, bajo los pómulos, antes de colocarle una gasa húmeda en los labios. Se estaba muriendo y todavía quería protegerme. Mi padre había entrado en coma la semana anterior. Se fueron juntos el mismo día.

5

Tengo los músculos entumecidos. Me incorporo arrastrándome como si fuese una roca que lleva siglos postrada sobre la tierra. Estiro los brazos y bostezo. Me gustaría volver a tumbarme en el sofá, pero ya debe de ser tarde. He dormido un par de horas. Oigo la campana del microondas en la cocina, la puerta que se abre, un trasiego de tazas. Huele a café. La profesora entra con una bandeja. Está mejor, se ha recuperado de la gripe. Me alegra verla con ese ánimo. Renovada y feliz.

—No pude resistirme otra vez. He comprado chocolate negro.

Eulalia sirve café y me hace un gesto para que abra la tableta.

—Sin azúcares añadidos, con estevia y sin gluten. Qué maravilla. Mi combinación preferida.

Nos reímos y despachamos un par de onzas en silencio. La profesora se limpia los labios con su servilleta. Su anilla es roja. La mía, verde.

—Eres bastante estúpido cuando te lo propones. Pero tienes tu gracia.

Un pacto no escrito nos exige compartir las tardes del fin de semana. Lo cumplo a rajatabla. El resto de los días me organizo a mi aire para echarle una mano y estar pendiente de lo que necesita. Todo surgió con la misma naturalidad con la que una mañana, tras una de nuestras conversaciones en el parque, me ofreció trabajar para ella. Comemos con las noticias y tomamos café con un dedo de whisky. Después me adormezco en el sofá y ella se empeña en alguna tarea doméstica o lee una novela de Margaret Millar o Elisabeth Sanxay Holding. A media tarde aparece con más café. Con chocolate negro o con un trozo de tarta de manzana recién hecha. Entonces nos esforzamos, a veces sin éxito, en que suceda algo que impugne la tristeza del anochecer. Ahora seguimos con las fotografías y los recuerdos.

—Esta es en París. Cuando estaba estudiando francés.

Una terraza del barrio Latino, dice el reverso. Eulalia sostiene un cigarrillo entre los dedos, con aire despreocupado, y sonríe sobre el hombro de una amiga. No es la primera vez que me enseña fotos de su juventud, pero siempre me sorprende esa suavidad en su rostro. Esa ingravidez que la eleva del suelo, los brazos voladores. La autoridad enérgica de sus veinte años. El pundonor que se atreve al infinito, a la eternidad.

—¿Quién era?

—Se llamaba Michelle. Compartíamos pensión. Estudiaba Filosofía.

Eulalia extiende las fotografías sobre la mesa como si estuviese disponiendo los naipes para un solitario. Piensa unos segundos. Mientras vuelve a agruparlas en nuevos montones, siguiendo un orden distinto al anterior, deambulan entre sus manos buscando consuelo. Su levedad amarillenta es aparente. En realidad, pesan la tonelada de una vida. Como las estampas bélicas de Antonio, con su viaje de la Legión a la milicia del POUM.

—¿Esta quién es? Se parece a la protagonista de Ascensor para el cadalso. La película que vimos la semana pasada. Es muy guapa.

También rondará los veinte años. Me gusta esa vanidad un tanto tragicómica de su sonrisa, la caída del flequillo mordido, el vestido con triángulos estampados sobre las rodillas. La profesora me quita la imagen de las manos. Advierto un temblor en su barbilla, un duelo secreto. Sus ojos se humedecen.

—Jeanne Moreau. Tienes una memoria horrible, Mateo. Casi como la mía.

Eulalia se levanta y me da la espalda mientras se seca las lágrimas. Utiliza pañuelos de tela, amo esos detalles. Desaparece por el pasillo arrastrando los pies. Me termino el café y enciendo el televisor. En la pantalla se desliza una serpiente salvando un lodazal en la penumbra de un bosque. Se detiene. Parece que haya adivinado un peligro o la cercanía de una presa. Me quedo hipnotizado ante su expresión hierática. Creo que me está mirando, así que apago el aparato y me dirijo a la cocina. Dejo las tazas en el fregadero. Me apetece salir y dar un paseo por el río, pero no me parece buena idea largarme ahora. Busco a la profesora.

—Lo siento. No ha sido buena idea preguntártelo.

Es un cuarto pequeño con una ventana hacia un patio de luces,

lleno de libros hasta el techo. Eulalia está sentada frente al ordenador. Teclea, mueve el ratón. Me apoyo en el marco de la puerta y la observo. Nunca me ha hablado de lo que escribe. Imagino en esas líneas el relato de su vida, la memoria de los padres y de los hermanos muertos, el testamento de su amor por la chica que se parecía a Jeanne Moreau. Se gira y me mira con las gafas en la punta de la nariz. Conozco esos ojos tan sabios perdonándome la vida.

—Un día te cuento la historia. Le ganó la partida a Sophia Loren.

Imagino una pelea a muerte entre París y Roma. Me inclino y le doy un beso en la mejilla. La serpiente de la televisión me ha dejado mal cuerpo.

—Me voy a dar un paseo. Necesito airearme un poco.

La profesora se apodera otra vez del teclado. Revisa la bandeja del correo electrónico. Anota algo en un papel.

—No hace falta que vuelvas. Esta noche me apetece cenar sola.

—¿Estás segura?

Eulalia asiente. No insisto. Pero estoy a punto de abrir la puerta cuando su mano, un mensaje urgente, agarra mi hombro. Me vuelvo. Estamos casi a oscuras. La profesora me acaricia los labios con sus dedos. Apenas puedo ver su rostro.

—Acuérdate de que el jueves tienes trabajo. Un par de suecas. Avísame si son como Bibi Andersson y Liv Ullmann.

La profesora me atusa el pelo. Sigo sin moverme, todavía con su tacto en la boca. No se debe buscar el rastro del amor perdido en otro cuerpo. El resultado suele ser una visita a la tragedia. Una soledad más ancha. Creo recordar que Liv Ullmann es noruega.

6

Los últimos huéspedes, una pareja de madrileños, han dejado una nota de agradecimiento y un billete de diez euros de propina. Me lo guardo y ocupo la mañana en preparar el piso para las suecas. Cambio las camas, pongo una lavadora. Limpio el baño. Paso la aspiradora y saco la basura. Ningún imprevisto. La gente suele comportarse. Eulalia siempre se ríe cuando hablo por teléfono con los extranjeros y me esfuerzo en no hacer el ridículo con mi inglés. Al terminar fumo un cigarrillo en la ventana. Reviso que todo quede en orden y salgo.

En la Alameda, de camino al barrio, me encuentro a un hombre que agita los brazos y mira al cielo, quizá buscando una revelación del cosmos. La próxima vez que se compre una chaqueta debería escoger una talla más pequeña. Los hombros son demasiado anchos, las mangas tan largas que apenas se le ven las manos. Está subido a un baúl. Nadie se detiene a escucharlo, solo un par de paseantes que no tienen otra cosa mejor que hacer. El hombre clava sus ojos en mí, como si me creyese el único beneficiario de sus palabras. Maneja la voz al estilo de un locutor deportivo a punto de cantar el gol decisivo.

—El Señor es mi pastor y nada me puede faltar. Me hace descansar en verdes praderas, me conduce por aguas tranquilas y repara mis fuerzas. Convirtió mi alma y me guía por el recto sendero para gloria de su nombre. Aunque cruce por el valle de la sombra, no temeré ningún mal porque tú estás conmigo.

Uno de sus acompañantes me ofrece un folleto con el dibujo de una escena bíblica y el sello de una iglesia evangélica. El hombre del baúl ha recibido la revelación cósmica. Ahora sí. Lo veo en el arrebato de su semblante. Otra voz, esta vez por lo bajo, me interpela a mi espalda.

—No lo hace mal. ¿Tú qué crees? Aunque para mi gusto le falta más teatralidad.

Me doy la vuelta, un tanto sobresaltado. El padre Andrés. Pensaba que estaría persiguiendo a Dios por alguna cordillera nevada. Siempre viste ropa deportiva, a veces en manga corta aunque sea pleno invierno. Como si en cualquier momento tuviese que hacer la mochila para largarse al monte. Silvio tiene razón. Cada día está más delgado, pero es una flacura robusta y bien ceñida, la complexión sin sobras de alguien que ha entrenado el cuerpo para la dificultad.

—¿Te llevo a casa? Tengo la furgoneta aquí al lado.

El padre Andrés conduce su vehículo por Ervedelo. Apenas hablamos, pero en realidad soy yo el que no dice nada. Respondo con monosílabos o asiento con expresión distraída. Me ocurre con frecuencia. Me abandonan las fuerzas y mi réplica a la vida es solo silencio. Lo visible me retrae, me abstengo del mundo. Recorro largas distancias con la mirada perdida. Estoy con la gente, pero me voy lejos. Pienso otra vez en mi madre. Recuerdo su bondad sin límites, la expresión despierta que alumbraba sus ojos. Esa sorpresa en las pupilas que la acompañaba siempre, aunque por dentro la devorasen mil dolores pequeños. El padre Andrés gira a la izquierda y nos detenemos al final de mi calle. Hemos llegado. Está empezando a llover.

—Necesito ayuda para una recogida. ¿Puedo contar contigo?

—Cuando quieras. No tengo nada mejor que hacer.

El padre Andrés golpetea el volante con los dedos. Piensa un instante.

—Perfecto. Te llamaré para concretar el día.

La lluvia se derrama sobre el parabrisas. Me quedo hipnotizado con el dibujo de las gotas. Debería abrir la puerta y marcharme, pero las palabras brotan de mi boca como la sangre de una vena apuñalada. A chorros. Del silencio al caos.

—No puedo soportarlo. Me cuesta imaginar a un Dios indiferente al dolor. ¿De qué moral presume si permite nuestro sufrimiento?

Me traspasan los muertos sin nombre y los nombres sin muertos. Los escalofríos del Pucho en el cementerio y el secreto de Eulalia. El padre Andrés apaga el motor. Mi boca sabe a óxido. El cosmos del predicador se deforma más allá del parabrisas. Un anciano sin paraguas camina como un perro triste bajo la lluvia.

—Dios nos habla a través de la angustia, Mateo. Nos da instrucciones. Su sabiduría es un susurro que debemos escuchar en medio de la noche. Su luz está ahí, oculta en la oscuridad. Sin dolor no hay vida. Es inútil rebelarse.

—Me lo has dicho demasiadas veces.

—Si eliminamos el dolor, desaparece el sentido más profundo de la libertad. El Señor no es un justiciero que interviene a nuestro antojo. Nos señala el camino y dialoga con nuestra conciencia, pero no impide que seamos dueños de nuestra voluntad.

—¿Qué pretende con eso? ¿Cuál es el sentido del sufrimiento?

—Lanzarnos un mensaje. Es una llamada a reaccionar.

—Nos hunde y después quiere que nos levantemos. Podría ahorrarnos ese viaje.

—El dolor es lucidez y conocimiento. Nos muestra la realidad en su verdadera extensión. Salimos fortalecidos cuando hacemos ese trayecto.

—Si conseguimos sobrevivir a sus consecuencias. Como si fuese tan fácil.

—Tú podrás, Mateo. Ahora te acompaña la fe. No hay abrigo mejor.

—Hablo con Dios y le consulto mis dudas. Pero no sé si comprende mis necesidades.

—Confía en la oración. Reza para sentir su poder y estimularás tu confianza en el amor.

Las palabras del padre Andrés no me tranquilizan. Cualquier pensamiento me duele como un hueso dislocado.

—Sigo despertándome en medio de la noche con la imagen de mis padres muertos. Es un dolor físico, como el filo de un cuchillo rasgándome la garganta.

El padre Andrés se sumerge en un largo silencio. Junta las palmas de las manos. El redoble de la lluvia sobre el capó acompaña su reflexión.

—Somos parte de los difuntos, Mateo. Los seres amados forman una unidad con nosotros. Cuando mueren, se llevan una proyección de lo que somos. Se marchan con algo que nos pertenece. Por eso nos dejan abandonados, sin consuelo. La creación que hicieron de nosotros en su alma desaparece, y solo nos damos cuenta de esa circunstancia con la presencia del muerto. Esa visión nunca miente.

Por eso se adhiere para siempre a nuestra retina. La muerte no es abstracta. Se explica ante un cadáver. Es normal que tus pensamientos vuelvan sobre esa imagen. Ya ha pasado un tiempo, pero todavía estás procesando una gran conmoción. No desesperes.

Asiento con escaso convencimiento. El padre Andrés me golpea levemente con su puño en la mejilla, al modo de un boxeador que demuestra así su ternura. Cuando cree haber aplacado mis debilidades, se despide con ese apunte cómico. Poniendo cara de pelea.

—A lo mejor te pido que me lleves de paso al Annapurna —le digo—. Para coger aire.

El padre Andrés pone el motor en marcha. Se ilumina un brillo en sus ojos.

—Estoy pensando en escribir un libro sobre los orígenes del barrio. Cualquier día me pongo manos a la obra. Deberían recuperarse los viejos topónimos. Voy a investigar un poco.

—A mí me gustan los del Himalaya. Los nombres de los sitios, quiero decir.

La mano del padre Andrés acaricia mi nuca y me obliga a inclinarme hacia delante.

—Cuídate, Mateo. No te enfrentes al dolor sin escuchar lo que dice. Dios no permitirá que te ahogue.

La furgoneta desaparece al girar la calle. Mi cabeza se llena de sangre como si me hubiesen colgado boca abajo. Camino hasta el portal, sigue lloviendo con violencia. No me importa empaparme. La calle está tan vacía como el corazón de la gente.

7

Suena el timbre con fuerza. No miro el despertador. La luz que entra por la ventana me dice que es demasiado temprano para cualquier cosa. No he dormido más de una hora. Tengo un bloque de cemento en los pulmones. Salto de la cama con los ojos medio cerrados y me dirijo a abrir la puerta. Silvio me aparta a un lado. Se lanza por el pasillo como si estuviese persiguiendo a su peor enemigo. Después se hunde en el sofá, pone los pies sobre la mesa y resopla. Todo muy rápido. Un plan escrito en su cabeza. Mis movimientos, por el contrario, son a cámara lenta.

—Tenemos que hablar, Mateo.

—A la hora que tú quieres, supongo.

Silvio admite mi incomodidad y se saca las gafas de sol. No lo entiendo. Me está mostrando sus ojos por primera vez. El derecho es una pequeña estría abierta sobre un orificio encarnado. Una especie de ranura en la que se intuye la humedad del iris. El izquierdo debió de correr mejor suerte y conserva su apariencia. La quemadura le provocó una lesión menos fatídica. Sigo sin reaccionar. Estaría menos desconcertado si Silvio se hubiese presentado desnudo. El gesto, con su ostensible flaqueza, denota en él un aliento humano que desconocía.

—Tráeme algo de beber. Un poco de hospitalidad, hombre. Aunque sea tan temprano.

Vuelvo de la cocina con una lata de cerveza. Silvio se ha puesto otra vez sus gafas de sol. Se nota que su noche ha sido larga, como siempre, pero no parece estar borracho. Tampoco que haya agotado todas las reservas para la nariz que le dejé la noche de la Beretta. Su sobriedad, como la inesperada exhibición de sus ojos, es otra sorpresa. Abre la lata y le pega un trago. Me siento en una silla frente al sofá. Ahora veo qué hora es. Las ocho y cuarto de la mañana.

—Sabes que prefiero que no subas a mi casa —le digo—. Lo que

haya que arreglar, mejor ahí fuera. En la tuya, o donde sea. Esto es territorio sagrado.

Silvio deja la cerveza sobre la mesa. Se frota la nariz.

—Necesitaba verte, Mateo. Llegó la hora de que pasemos a la acción.

La última noche que se sentó en este sofá, Silvio se tragó media botella de whisky en diez minutos. Apenas decía palabra, solo bebía y se metía rayas viendo las noticias en el Canal 24 Horas. Después habló de conseguir un arma. Le despaché un par de gramos y me costó empujarlo hasta la puerta. Una semana más tarde, me citó en su casa. Con el Acacio y la Beretta.

—Por fin tenemos planes. Quiero proponerte algo.

—Silvio, no me apetece escucharte ahora. Necesito dormir.

—¿Sigues queriendo dejarlo?

—Empiezo a tener la sensación de que no hay vuelta atrás.

—Pues antes de convertirte en un santo te vas a venir conmigo una temporada.

Sacudo la cabeza hacia delante. Me gustaría verla transformarse en un balón. Darle una patada y estrellarla contra la pared. Me cuesta mantener la calma. Una columna de hormigas me devora los brazos. Mis padres me vigilan desde la fotografía del día de su boda, sobre el mueble del televisor, con su amor prometido en la salud y en la enfermedad. Mi infancia se viste de primera comunión en un marco plateado entre palomas de porcelana y los volúmenes de la España salvaje a todo color. Todos me miran. Silvio también. Aquí no se mueve nada. Todo permanece intacto desde la noche del ciervo.

—Tú insiste hasta que te canses. Voy a hacer café. ¿Quieres otra cerveza?

Silvio se levanta y me sigue hasta la cocina.

—¿Puedo saber qué te pasa? —me pregunta.

Pongo la cafetera al fuego. Abro la nevera y cojo un cartón de leche.

—Nada. Que no quiero meterme en tus líos.

Silvio se desliza con el sigilo de un gato al acecho. Está proyectando una idea que aún no ha cogido forma. Siempre piensa así. Con el cuerpo entero en tensión.

—Voy a darle un aviso a ese cura para que deje de meterte cosas

raras en la cabeza.

—Pero ¿qué coño dices?

—Te está abduciendo con sus sermones y ese rollo del banco de alimentos. En el fondo es como todos.

—A ver si te enteras, Silvio: nadie me está lavando el cerebro, y menos el padre Andrés.

—Es un ilusionista. Un hechicero. Como ese profesor Ray que se anuncia por el barrio, o el espantapájaros de la Alameda que recita la Biblia con cara de exorcista. Te arruinará la vida.

—Olvídate del cura. Nada de planes. Haz lo que quieras, pero no cuentes conmigo.

Silvio se va murmurando algo por el pasillo. Me parece una suerte que esté sereno, pero es posible que le hayan entrado ganas de destrozar el salón. Me sirvo el café. Bebo un sorbo. Silvio aparece de nuevo, más calmado. Se sienta. Es ahora un animal diferente, introspectivo.

—El Acacio me ha ofrecido trabajo. Cobrar una deuda. Tengo que asustar a un tipo que no le quiere pagar. Será sencillo. Meterle miedo a un sinvergüenza no es diseñar una sonda espacial. Lo he hecho algunas veces.

Busco mi paquete de tabaco. Silvio acepta un cigarrillo y fumamos en silencio. Acabo el café. La nicotina me activa las neuronas. Ya no tengo hormigas en los brazos.

—Entiendo. Contrato de aprendizaje. Si les convences, te dan de alta en la empresa.

—El Acacio necesita a alguien que le eche una mano cuando se le acumula la tarea.

—¿Me puedes contar a qué se dedica?

—A mantener el orden en un par de locales con carne fresca, cerca de Verín.

—Así que ese es el negocio. Por eso te trajo a la rumana de regalo. Para motivarte.

Silvio aplasta la colilla contra el cenicero. Se ajusta la gorra y cruza las piernas.

—Les arreglamos el problema y nos repartimos la pasta. Después no hará falta convencerlos. Se darán cuenta de que juntos les ofrecemos un buen servicio. Trabajaremos en lo que nos pidan.

—Ni hablar. Ya te he dicho que no.

—Te estoy haciendo un favor. ¿De qué vas a vivir ahora?

—Me vendes humo, Silvio. Pero es igual. Aunque no fuese así, seguiría pensando lo mismo. No quiero saber nada de tus historias.

Silvio golpea la mesa con los nudillos. Su cuerpo se deja caer de golpe en el respaldo de la silla. Se ríe. Me enseña sus dientes de excavadora.

—Creo que empiezo a atar cabos. —Hay un acento burlón en su risa.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—La vieja te paga bien, ¿no? Te ha ofrecido un ascenso y lo has aceptado. No me engañes, Mateo. Ya no eres solo su chico de los recados. ¿Qué le das ahora?

—Cierra la boca. No hables así de Eulalia.

—¿De verdad que eres capaz? Eso es una perversión. Porno con abuelas.

—Tienes la mente muy sucia, Silvio.

—Pues entonces dame una razón para rechazar mis planes.

—Quiero cambiar de vida. ¿Está claro? Igual que tú, pero sin buscarme problemas. No creo que sea tan difícil de entender.

—Eres demasiado orgulloso. ¿Me doy por vencido o hago un último intento?

—Prefiero que te vayas.

Acompaño a Silvio hasta la puerta. Su presencia en casa ha inyectado un aire contaminante. No debí dejarle pasar. Es la última vez.

—Cambiarás de opinión. Estoy seguro. Pero no tardes demasiado, que me jode esperar.

Noto el aliento ácido de Silvio dispersándose sobre mi nariz. La corrupción de su estómago. No me gusta su menosprecio, pero le debo la vida.

—Sabes que siempre te agradeceré lo que hiciste por mí.

—Los locos somos todos hermanos. Así estaba escrito. Volveré a llamarte.

Silvio me señala con el dedo índice de la mano derecha. Desaparece por las escaleras. Sus pasos retumban en la quietud del portal. Uno es lo que cree que ha dejado de ser.

8

Las inquilinas llegan puntuales. Bajo hasta el portal para echarles una mano con las maletas, pero no traen demasiado equipaje. Un par de mochilas de montaña, una bolsa de deporte y una caja que enviarán por correo en cuanto se instalen. Son jóvenes y avispadas, eso siempre se nota. Me las imagino en la universidad, entre libros y apuntes, capaces de detener el tiempo mientras bailan en una fiesta en la que todo el mundo flota. Vienen de Santiago y estarán aquí un par de días. Después quieren bajar a Porto y Lisboa. Les enseño el piso. Introducen la clave del wifi en sus teléfonos y se tiran en el sofá. Les aconsejo un par de restaurantes y un bar de copas para la noche. Por la tarde quieren darse un baño en las termas. La leyenda dice que en esta ciudad vivimos sobre un volcán dormido. Me despido y cumplo el ritual de siempre: un mensaje a la profesora con mi valoración de los huéspedes.

Cruzo la Praza Maior y me detengo antes de enfilar la avenida de Pontevedra. Un camarero levanta su bandeja al aire entre las terrazas llenas de gente que ocupan el viejo espolón. A un grupo de jubilados de excursión parece llamarles la atención la inclinación de la plaza. Forman un círculo al pie de las escaleras del ayuntamiento. Atienden las indicaciones de un guía. Elevan la vista hacia los edificios. Nadie mira así su propia ciudad, con esos ojos curiosos del que llega por primera vez. Uno deja de percibir por la mirada el lugar donde vive. Se esfuerza en comprender su espíritu por otros medios. Es una tarea difícil. Obliga a la perplejidad del pájaro solitario.

El mundo no frenó en seco cuando murieron mis padres. Siguió su curso. No quiso detenerse para darme una explicación. Salí a la calle y la vida seguía intacta, hasta los engranajes del tiempo parecían haber renovado su energía. Aquello me resultó ofensivo. Es difícil entender que Dios nos recuerde nuestra insignificancia de un modo tan salvaje. Al final de Ervedelo, cuando llevo un rato

caminando, mis pasos me llevan al Paraíso. Los obreros ya han colocado el andamio en la fachada del edificio. A través de la puerta, con las manos haciendo sombra sobre los ojos, puedo ver la barra a la derecha. Mis padres están sentados en la última mesa del fondo, bebiéndose un vermú. A la izquierda, en la pared, todavía cuelga un póster de aquel Ourense que ganó todos los partidos de la Tercera División, hace más de cincuenta años. También siguen ahí la vieja pizarra de
Coca-Cola,
un anuncio de Mirinda y un calendario con la foto de un paisaje nevado. Papá y mamá me llevaron a ver la nieve cuando tenía cinco años. Al Rodicio, un sábado por la tarde. Recuerdo aquella inmensidad ante mis ojos, la luz del sol debilitándose, una rara nostalgia por el inicio del universo. Un éxtasis tierno y desconocido. Una especie de deslumbramiento.

El mismo que experimenté cuando tuve a Irene entre mis brazos por primera vez. Ese que siento ahora y que me hace sentir tan frágil que me desangraría con el peso de un pétalo en el estómago. No me lo puedo creer. Quizá la rotación de la Tierra haya pisado el freno. Que alguien me explique en qué lugar se deben poner los ojos cuando tienes delante a esa persona cuyo cuerpo te aprendiste de memoria hace miles de años. El cuerpo cuya piel investigaste hasta el último rincón buscándote a ti mismo sin conseguirlo. Irene está petrificada. También me ha reconocido y parece que vaya a gritar. Nos miramos a la sombra de este andamio con música de piquetas. Igual que aquellos días. Como si entre nuestra separación y el ajetreo del barrio, en esta mañana de gloria, no mediase una distancia a la que nunca pensé haber sobrevivido. Nos abrazamos y deja de dolerme el tiempo.

9

El único cliente de la barra se despide del camarero y el bar se queda compungido en su silencio de media mañana. Irene mira por la ventana mientras remueve el café. Nos acompaña el tráfico de la calle al otro lado del cristal, con su misma película de cada día. En la fachada del edificio del Paraíso, justo enfrente, los obreros siguen trabajando sobre el andamio. La gente camina bajo la estructura metálica con la vista clavada en sus móviles. Solo una mujer en ropa deportiva contradice la escena. Busca a un hombre que acaba de salir de un portal y va a su encuentro. Tiene prisa. Se agarra a su brazo y ambos completan el trayecto hasta un paso de cebra.

Irene gira de nuevo el cuello hacia mí. Parece que haya vuelto de una profunda ensoñación.

—Recuerdo una noche que me metí en la cama pensando que la ciudad estaba rodeada por unos barrotes altísimos, como si nos hubiesen encerrado en una jaula y nos tuvieran vigilados para controlar nuestros impulsos. Menudo cuento de terror.

Irene pasa la yema del dedo índice por el borde de la mesa. Se lleva la taza a la boca y se limpia un resto de espuma que se queda en sus labios. Su mirada se ha ido lejos otra vez. No sabría decir adónde, pero es un viaje que le arranca un temblor en los pómulos. El color de sus ojos es un verde diferente, más amortiguado. La envoltura del rostro también es distinta. Ha adquirido el baño de un mármol rugoso que comienza a invadir la turgencia de las mejillas. Pero intuyo en su cuerpo una consistencia recóndita. Ráfagas de tensión en los músculos. Huellas que sí reconozco.

—A mí me sigue pasando lo mismo, pero de otro modo. Alguien me observa desde que me levanto hasta que me acuesto. Noto sus ojos en mi nuca. Su juicio permanente.

—Entonces no has cambiado, Mateo. Sigues con lo mismo. Tu cabeza y tus pensamientos no se han librado del martillo neumático.

—Pero he mejorado tanto que te sorprenderías.

—No me lo creo. Solo habrás perdido fuerzas. Formaba parte de ti.

—Así que te imaginabas unos barrotes rodeando la ciudad. Eso nunca me lo dijiste.

—No eras el único que tenía un incendio en el cerebro. Pero comparada contigo salía ganando. Nunca escuchabas a nadie, siempre estabas a vueltas con tus ruidos.

—Nada de reproches, que llevo varios años de hibernación mental. Al menos, intentándolo.

Irene se ríe, pero noto una mancha en su gesto. Un aliño desencantado. Esa sonrisa tampoco es la misma de hace veinte años. Quiere romperse. Es una forma de templar los labios buscando el límite de su resistencia. Nos quedamos otro largo rato en silencio.

—Admitamos la evidencia, Mateo: el tiempo no perdona. Somos dos extraños.

—Nunca pensé que volveríamos a mantener una conversación. Pero ha sucedido.

—Para mí es una alegría. Una emoción muy profunda. Pero estoy llena de dudas. No sé con qué tipo de persona estoy hablando.

—No te he dado muchas pistas, pero parece que lo tienes muy claro.

—Puede que haya sido la primera impresión. Perdona. Quizá me he precipitado.

El camarero busca un canal en la televisión. Irene me mira. Espera un argumento sólido que invalide sus suposiciones. Supongo que le importa lo que pueda decirle.

—Si lo que quieres saber es cómo me gano la vida, cuido a una vecina del barrio. Vemos películas juntos, me cuenta historias. Le hago compañía. Fue profesora. Está delicada de salud, pero se conserva bien. Tiene un piso en la zona vieja. Ha empezado a alquilárselo a los turistas en verano y yo intento que estén contentos.

—Te imaginaba dirigiendo una agencia de sicarios —bromea—. No limpiando casas.

Mis dedos juegan con el sobre de azúcar hasta arrugarlo. Formo un cilindro, quedan restos en su interior. Al romperlo se derraman sobre mi taza. Levanto la vista y miro a través de la ventana, como

hace Irene cuando nos quedamos callados. La escena es una fotografía sin gente. Sin vida. Los obreros han desaparecido, la acera es un desierto. Necesito tomarme unos segundos. Parece que la calle y el mundo entero hayan contenido la respiración y estén a punto de ahogarse.

—Mis padres murieron hace dos años. Tuvieron un accidente.

La barbilla de Irene se contrae. Toda ella se confina en sus huesos. Su mirada se humedece.

—En Nochebuena se les cruzó un ciervo en la autovía —añado —. Iban a pasar las fiestas a casa de mi tía, a Vigo. Había mucha niebla. Al intentar esquivarlo, mi padre perdió el control. El coche atravesó la mediana y se empotró contra un talud.

Irene coge mis manos. Las recuerdo siempre frías y esponjosas. Con un baño de escarcha mullida. Sus ojos se me clavan como si hubiesen descifrado un código secreto en los míos.

—Se hicieron novios ahí enfrente —continúo—. En el Paraíso. Un domingo por la tarde, antes de ir a un baile al Posío con la Orquesta Continental. Felices y enamorados como Jane Fonda y Robert Redford en Descalzos por el parque, su película favorita. Es lo que contaban siempre, aunque mi madre decía haberse resistido hasta las fiestas del Corpus. Cerró hace ya bastantes años. El Paraíso. Una vez forcé la cerradura y pasé la noche en la esquina en la que me dijeron que se habían sentado aquel día. Aparté unas cajas y unos trastos, me metí en el saco de dormir y me imaginé allí su mesita de mármol con dos vasos de vermú. El ángulo del mundo en el que se prometieron.

Irene suelta mis manos. No sé por qué lo ha hecho. Todavía no he recuperado la memoria de su tacto. Quisiera volver a cogerlas. Verificar los nudillos, los pliegues de los dedos. Agarrarme a su gloria. Acariciarlas como si fuesen un animal dormido.

—No lo sabía. Lo siento. Me hubiese gustado estar contigo de alguna manera.

—Es mejor que haya sido ahora. Estoy más sobrio que aquellos días. Me obligan los sicarios que trabajan para mí. Tengo que dar ejemplo de equilibrio.

Sonreímos. Irene mira la pantalla de su móvil. Le pido al camarero una
Coca-Cola.

—Dime la verdad, Mateo. ¿Te encuentras bien? ¿Conseguiste salir?

—Me concentro en no hacer demasiadas tonterías.

Irene asiente. En la televisión, un médico muy jovial nos invita a combatir las enfermedades cardiovasculares con una dieta sana, ejercicio físico y actitud positiva.

—Tus padres eran gente muy especial. No puedo creérmelo.

—Intento atravesar su vacío. Como hiciste tú cuando murió tu madre. Sabes de sobra lo que es. El dolor te abre en canal y remueve tus vísceras a su antojo. No hay nada que hacer. Se marchan las personas que queremos y el resto nos quedamos aquí, cada vez más sonámbulos.

—Tienes razón. Pero hay que levantarse.

—¿Tú sigues en Madrid?

—Desde que me largué de aquí. Pero no recuerdo haberte dicho adónde me iba.

—No vivo aislado. La gente habla.

—En realidad pasé antes unos meses en Berlín. Haciendo camas y cuidando niños. Pero me cansé y me fui a Madrid. Mi tía me dejó vivir un tiempo en su casa hasta que encontré trabajo en un supermercado y pude pagarme una habitación.

—Eso también lo sabía.

—¿Entonces para qué me lo preguntas?

—No lo sé. Creo que todavía me hace gracia esa forma que tienes de enfadarte. El modo en que mueves la cabeza.

—Pues todavía no lo has conseguido. Tendrás que esforzarte un poco más.

Lleno el vaso de Coca-Cola. Irene cierra con llave la expresión de su rostro y se concentra de nuevo en la ventana. Todo recobra el movimiento. Se detiene otro autobús en la parada y los obreros vuelven al andamio. Mis padres me saludan desde la puerta del Paraíso. Se van al Bar Rojo a animarse un poco más antes de la fiesta. El próximo domingo se pondrán muy elegantes para bailar con la Orquesta Auria. Mientras me veo morir, puedo recordar por un instante lo que ellos recuerdan.

—No lo entiendo, Irene. ¿Por qué has vuelto después de tanto tiempo?

Irene revisa la pantalla de su móvil. Escribe un mensaje con

rapidez y lo guarda en su bolso. Suspira. El médico de la tele sigue con sus consejos para no morirse nunca.

—Me separé hace un año. Estoy trabajando en un bar y tengo unos días libres. Me apetecía ver a mi hermano.

10

El padre Andrés arranca la furgoneta, hace girar el volante y cogemos rumbo por la avenida de Portugal. Apenas hay tráfico. Saltamos sobre un socavón como una diligencia renqueante. Nos detenemos en un semáforo. El padre Andrés baja la ventanilla. Una niña en brazos de su madre nos saluda mientras cruzan el paso de cebra.

—Es una pena que vayan a derribar el edificio del Paraíso. Pero no me extraña. Ya están tardando, tal y como funcionan ahora las cosas. Me han dicho que van a montar un sitio de esos en los que te pides el café en un vaso de papel para llevar.

El semáforo se abre. Cruzamos el puente de Marcelo Macías y dejamos a nuestra izquierda los grafitis del Pozo do Inferno. Mi abuelo se bañaba ahí siendo niño, cuando la ribera tenía vida. El cemento y la desgana se lo comieron todo. La belleza del lugar salió huyendo. Llegaron los bloques de viviendas con su gravedad plomiza y la fealdad impuso su ley.

—Estás muy callado, Mateo. ¿No te apetece cargar cajas?

Mis manos se humedecen. Noto un escalofrío. Un picor punzante, abrasador. Una inyección de alcohol puro sobre una llaga infectada.

—No te lo vas a creer. He visto a Irene. Todavía no acabo de asimilarlo.

El padre Andrés frunce el ceño. Pero se da cuenta de que estoy diciendo la verdad.

—¿En serio?

—Te lo juro. No ha sido un sueño.

—Qué maravilla, después de tantos años. Me alegro mucho. ¿Cómo ha sido?

—Me he quedado fuera de combate. No sabría cómo explicarlo. Tengo la sensación de que le pasaba algo.

El padre Andrés asiente. Me mira de reojo y vuelve a centrarse

en la conducción.

—La vida siempre nos sorprende, Mateo. Dios no deja de repartir cartas. La partida, cuando menos te lo esperas, se pone interesante otra vez.

—Estoy desconcertado. Llegué a creer que no había existido nunca. Te lo aseguro. Durante años pensé que solo era una fantasía.

—Y ahora has vuelto a tenerla delante. En carne y hueso. A ella y a su rastro.

La furgoneta gira a la derecha. El padre Andrés sonríe. Nos incorporamos al tráfico de la avenida de Zamora. Alguien corre a toda velocidad por la acera como si lo estuviese persiguiendo una manada de leones. Mi frente se apoya en la ventanilla.

—No entiendo qué quieres decir con el rastro.

—Cuando nos reencontramos con alguien, distinguimos sus cicatrices invisibles. La sombra de la que quiere apartarse. Puede que solo lo veamos un momento, pero reconocemos la carga que lleva sobre los hombros. Nadie regresa del pasado sin una maleta a la vista. Por eso piensas que le pasaba algo. A todos nos pasa algo después de veinte años. ¿No estás emocionado?

—Irene me reprochará no haberme muerto.

—Vaya tontería. Es absurdo que te siga guardando rencor.

—Pero el perdón no soluciona la culpa. Tendré memoria hasta que me muera. Esa es la peor tortura. Recordarlo todo.

El padre Andrés chasquea la lengua. Su dedo índice es la aguja de un metrónomo.

—Así no vamos bien. Te dejas caer por un pozo que no vale la pena explorar. Hay que medirse con la luz del presente, no con las nubes del pasado. ¿Acaso tienes un cadáver escondido en casa? No has matado a nadie.

—Dios me recuerda constantemente mis flaquezas.

—Nos pone a prueba, pero tú ya has rendido cuentas. Con el arrepentimiento, si es sincero, el dolor del pecado desaparece. Ten paciencia. La huella que nos deja en el alma se acaba borrando.

—El rastro de Irene soy yo. Esa cicatriz y esa sombra de la que hablas.

—Menudo ataque de importancia te está entrando. Erais unos niños, Mateo. Su vida no se detuvo contigo, y la tuya tampoco. Seguiste caminando, aunque fuese a tu pesar. La culpa examina

nuestras faltas, pero su exceso es narcisismo. Piensa en la confesión. Dios te seguirá acompañando en esa limpieza.

—Está teniendo demasiado trabajo conmigo.

A veces me irrita la serenidad del padre Andrés. Su uso de la palabra justa para apaciguar mis pánicos. Se me eriza la piel. Tengo el paladar seco.

—El amor es extraño. Cuando vivía en Ruanda, tuve que convencer al chamán de una aldea de que no siguiese ejerciendo de curandero. Me costó, pero al final conseguí que los enfermos acudiesen al hospital de la ONG cuando tenían problemas de salud. A cambio no me quedó otra que ceder un cuarto de hora de la misa para que aquel personaje nos hiciese una demostración con sus hechizos de amor. A veces pienso que no te vendría mal a ti uno de esos conjuros.

—Pues déjame su teléfono. O llévame contigo a África cuando vuelvas y me lo presentas.

—Pero ¿tú no querías irte al Annapurna?

El padre Andrés frena con brusquedad. Salto sobre el asiento y el impulso lanza mis manos contra el parabrisas. Nos hemos llevado un buen susto. El atasco es considerable. Alguien sale de un coche y habla por el móvil medio enloquecido, con los ojos rojos y desorbitados. Un claxon, luego otro. Todos a la vez. El volumen del coro es ensordecedor. Me atraviesa los oídos. Ahora entiendo las carreras por la acera. La mirada del padre Andrés me pregunta si estoy bien. Mi respuesta es un resoplido.

—Ya tenemos armada la fiesta. A saber qué pasa ahí delante.

Bajo la ventanilla. Intento ver algo, pero no lo consigo. La serpiente de coches a mi espalda se estira cada vez más.

—¿A qué hora habíamos quedado para la recogida?

—A las siete. Tenemos tiempo de sobra.

Vuelvo a sentir un escalofrío. Las manos sudorosas y adormecidas. El estómago se me retuerce entre llamas. Creo que voy a vomitar la lava de un volcán. Mis vísceras despedazadas se esparcirán por el parabrisas, por los asientos, por el rostro beatífico del padre Andrés. Entonces salto de la furgoneta y corro. El padre Andrés me grita algo por la ventanilla, pero su voz se convierte en un zumbido lejano. Cada vez hay más gente saliendo de los coches. Avanzo entre los curiosos y me saco de encima sus tentáculos

deformes, pegajosos. Ha habido un atropello. Un hombre con la cara bañada en sangre yace a los pies de un autobús. Se lleva la mano a la pierna izquierda, lanza un grito de dolor. El conductor sufre un ataque de nervios. Llega una ambulancia. Me acerco para ver el rostro del herido. Pienso en Franco triturado y en Guille, el niño de la moneda, ganando el bote de Pasapalabra. En los trenes que ya no salen de la estación de San Francisco. Hasta que el padre Andrés me saca de allí y por fin acabo vomitando en una esquina.

11

Paso la fregona y compruebo que la lavadora queda bien asentada bajo la encimera. Después extiendo unas hojas de periódico sobre las baldosas húmedas y dejo el cubo detrás de la puerta. Por teléfono, cuando me llamaron las inquilinas, pensé que sería peor. En un rato todo estará seco.

—El desagüe se atasca cada cierto tiempo. Si necesitáis hacer otra colada, me llevo la ropa y mañana os la devuelvo limpia. Es lo único que se me ocurre. Siento las molestias.

La chica del pelo corto es la única que habla. La otra me mira y sonríe. Acaba de ducharse. Me está apuntando con su secador.

—No será necesario. Muchas gracias.

Tendré que decirle a la profesora que hay que llamar a un fontanero. Me despido de las inquilinas. Oigo el estallido de sus risas mientras bajo las escaleras. No sé si se burlan de mí o es que ya no recuerdo que la gente, cuando es razonablemente feliz, se ríe con esa frescura. De niño nunca logré entender, como cualquier chaval, por qué la emoción de la risa adulta lindaba tantas veces con el llanto. A un estallido de júbilo, quizás ante un reencuentro muy deseado o una muestra de cariño, solía sucederle un sollozo. Mis padres lloraban así cuando nos reuníamos con la familia que vivía lejos. Hacia adentro, sorbiendo la emoción mientras contenían el temblor de la boca. Me parecía que les daba vergüenza desnudar su alma y revelarse ante mí como una especie de niños supervivientes que lloraban raro. Pero después volvían a reírse con las lágrimas aún frescas en las mejillas e incluso se permitían bromas con los recién llegados. Era desconcertante. Hasta que años más tarde aprendí que las alegrías adultas soportan infinitas nostalgias.

Se ha hecho de noche. También en la mirada de la gente. Nadie se salva de esas penumbras. Acelero el paso, busco un bar. Un búnker cercano. Mis manos se agarran a la barra como si solo allí

pudiese anclarme para soportar mi desmayo. A mi lado se aburre una pareja. No les gusto. Huyen de mi respiración nerviosa. Se sientan en una mesa del fondo, desenfundan sus teléfonos y se ríen de mí, del cliente solitario. Como las inquilinas. Sin melancolías secretas, con la vida por delante. Se ríen de mí mientras el miedo me envenena la sangre.

—Una cerveza.

El camarero, un tipo tatuado hasta el cuello, me sirve la bebida. Pienso en Irene. La primera vez que hablamos, sin que nadie nos presentase, supe que solo ella podría sacarme la furia que me invadía el cuerpo. Me fascinaron su rudeza y el enojo resuelto de su mandíbula. Su invitación al riesgo. El cincelado perfecto de su boca. La tardanza de sus labios expulsando el humo del tabaco y su forma de quedarse callada en medio de una conversación, adivinando lo que de verdad encubrían las palabras de la gente. El peligro de su ingenuidad, que la convertía en la más libre y salvaje de todas. Su carcajada dando paso a todo lo posible, a la tensión del aquí y ahora. Bebo la cerveza. Dejo unas monedas sobre la barra y salgo. Entonces el tiempo corre como si alguien pisase a fondo el acelerador de la noche. Me veo caminando adelante y atrás por las mismas calles, desde el parque de San Lázaro hasta la catedral, un animal encerrado y huérfano que excava la ciudad por bares en los que ya no queda nadie. Rodeado por los barrotes que se imaginó Irene aquella noche. Hasta que por fin todo vuelve a detenerse.

Soy un muerto a la caza y captura de Dios.

Recuerdo el extraño orden de las cosas antes de mi último suspiro.

Ahora estoy aferrado a un whisky en un agujero lleno de caras jóvenes y ansiosas.

Y no he venido a traer la paz, sino la espada.

—¿Quieres sentarte con nosotras?

El rostro de la chica del pelo corto se cuela entre dos tipos que se apoyan en la barra. Me sorprendo. Más allá de recibirlos en la casa cuando llegan, no es habitual que vuelva a encontrarme con los inquilinos de la profesora. Me señala la esquina en la que su amiga habla con un chaval que la rodea con el brazo y cuya actitud deja clara su intención. Alguien se les une desde la barra con un par de copas en las manos. Un tipo con las gafas de sol sobre la nuca. Su

aparición es celebrada con aplausos. El recién llegado toma asiento y se inclina hacia delante para escuchar lo que la chica intenta decirle. Entra más gente. Sube el volumen de la música. Doscientos taladros en mi cabeza. Trescientos tambores en mi pecho. Vuelvo a mirar a la chica del pelo corto, a la que han encajonado todavía más en la barra. Conozco la química de su excitación, una mala mezcla de anfetaminas, tiza y Almax. Me repite su pregunta entornando los ojos y mi respuesta es «no». La camarera le prepara un gin-tonic. Un toque final y listo. Me quedo sentado y la chica desaparece entre la gente.

—Otro whisky, por favor.

La camarera me ha oído, pero antes debe atender la sed de otros solitarios. Al poco vuelve con la botella y rellena mi copa hasta que le hago una indicación. Suficiente. Bebo un buen trago y observo el baile del hielo, su temblor en el fondo del vaso. Noto otra explosión. Peor que en la furgoneta del padre Andrés. Un terremoto que quiebra el suelo bajo mis pies y me arroja al océano. Sobre las aguas emergen los restos de un naufragio. Un Seat Ibiza verde y los cuerpos de mis padres arrullados por el bramido del ciervo. Entonces Dios me devuelve a tierra firme sin avisar, jugando conmigo. A este bar y a este trago de whisky. Al odio.

Vuelvo la cabeza. La gente se divierte. La chica del pelo corto se ha quedado sola con su nueva compañía. Los otros se han ido. El chaval con el que habla ahora lleva una camiseta negra. Se ríen, gesticulan, juntan sus bocas. Pasa una media hora hasta que deciden irse. Pido más whisky. Bebo rápido y también me voy. La calle está vacía. Una brisa alivia mi náusea y camino sin rumbo. Llevo un rato arrastrando los pies, sin quitar los ojos del suelo, cuando una mano agarra mi brazo izquierdo y me zarandea.

—¿Se puede saber por qué nos estás siguiendo?

El chaval de la camiseta negra se hace el fuerte. Confía a ciegas en su vanidad. No le gusta que un tipo como yo camine por las calles sin pedirle permiso. La chica del pelo corto observa la escena con el teléfono en la mano. Todavía no se ha dado cuenta de que su acompañante quiere guerra. El chaval tendrá unos treinta años y medio gramo del Pucho en el cuerpo. Tensa los brazos, me muestra sus venas de cañería gruesa. Los puños apretados no anuncian nada bueno.

—Creo que te estás equivocando.

Mis piernas me han llevado detrás de ellos hasta la Praza de San Marcial. La chica me mira aturdida, sin comprender. Como si no hubiésemos hablado nunca. La borrachera frunce una sonrisa deforme en su rostro. Una mueca que se burla de todo. Su amigo de esta noche interviene otra vez. Quiere que empiece la fiesta.

—Lárgate antes de que me enfade. ¿Entendido?

Me enternece su soberbia. El chaval se echa hacia atrás y hace impactar sus nudillos contra mi rostro. Mi respuesta es un puñetazo a su mandíbula, otro al estómago. Qué poca resistencia. Se derrumba como si le hubiese caído un yunque en la cabeza. Su mano levanta una banderita blanca en señal de rendición. La chica intenta arañarme. Grita porque estar viva le parece una pesadilla. A mí también.

12

Eulalia no ha probado su infusión. Se sienta en el sofá. El último sol de la tarde se filtra bajo la persiana y dibuja un rectángulo sobre la alfombra. Ya no me quedan palabras para disculparme, pero lo sigo intentando. Es cuestión de vida o muerte. Tengo que solucionar esto como sea.

—No me lo puedo creer, Mateo. Sabes que confiaba en ti.

Mi espalda se apoya en el marco de la puerta. Me quedo ahí, sin moverme, con una flecha de fuego atravesándome el pecho. Cuando logro arrancármela me impulso hacia delante y me acerco con demasiada brusquedad. La profesora mueve la cabeza y estira los brazos mostrándome la palma de sus manos. No puede ser más elocuente. Me detiene sin tocarme, con su magia triste.

—Déjame que te lo explique, por favor. No puedo marcharme así.

—¿Crees que vas a convencerme? Vete, por favor. Ya he oído suficientes tonterías.

—Te juro que no sé cómo ocurrió. Era muy tarde. Ni siquiera lo recuerdo bien.

Nunca pude imaginar que cabría tanta rabia en los ojos de la profesora. Es una fuerza que se parece a una lava atropellada que no sabe adónde dirigirse. Una cólera sin músculo, desvaída pero firme, que la convierte en un ser todavía más frágil.

—El tipo que iba con la chica me pegó un puñetazo —añado—. Solo intenté defenderme.

—¿Ahora te dedicas a espiar a las parejas por la noche? Vete, por favor.

—No les estaba siguiendo. Nos cruzamos de casualidad.

—La chica me llamó esta mañana. Todavía estaba asustada. Tienes suerte de que no haya ido a la policía.

—Se puso nerviosa e intentó separarnos. Pensé que el tipo no insistiría, pero se levantó y me agarró del cuello. Al forcejear se me

escapó el brazo. ¿Cómo iba a querer pegarle también a ella?

El rectángulo de sol sobre la alfombra ha desaparecido. No tengo nada que hacer. Es inútil.

—Me da miedo pensar en lo que hayas hecho hasta ahora.

—Solo fue una pelea. Esas cosas pasan. No puedes juzgarme por eso.

Eulalia se agarra a su taza salvavidas. Bebe despacio, seria y reconcentrada. Creo que va a llorar.

—Ya no sé quién eres, Mateo. No te reconozco.

—Dame otra oportunidad. Por favor.

Eulalia vuelve a recostarse en el sofá. Suspira. Su garganta tiembla. La tristeza puede ser una emoción hermosa. Hay algo bello en su precipicio, un desgarro clarividente. Una dignidad cansada.

—Márchate. Te lo pido. No quiero verte más.

—¿Estás segura?

—En el recibidor tienes un sobre con tu dinero.

Me gustaría explicarle a Eulalia quién soy. Pero tan imposible es abrir de par en par nuestras entrañas como sumergirnos en lo que esconde la mirada del otro. Nuestros velos nunca se caen. Se resisten al desplome. Y es difícil reconocer el mal en tu propia piel. Su tentación nos arrastra y no admite análisis. Pienso en el padre Andrés, mi gran apaciguador.

—Adiós, Eulalia.

Me lanzo a la calle. Mi teléfono se ha llenado de mensajes. Reparto unos cuantos gramos de euforia por los sitios de siempre. A un enfermero enganchado a las apuestas, a la abogada de una gestoría, a un mecánico que no quiere dormir desde que lo abandonó su mujer. Deambulo igual que un gato, deprisa sin saber adónde. Se hace rápido de noche. Como si se hubiese desencadenado un eclipse que hace descender de golpe el telón del día. Entonces me encuentro con Irene al doblar la esquina, antes de cruzar el puente de Ervedelo. Cuántos matices es capaz de reunir la desolación en un rostro. Está temblando. La envuelvo entre mis brazos, pero se desembaraza de mí como si le quemasen.

—¿Te encuentras bien?

—No tenía que haber hablado contigo, Mateo.

—Tranquilízate, por favor. ¿Qué te ocurre?

—Eres una maldición. Siempre lo fuiste.

Sus manos, como las de la profesora, también me empujan desde la distancia. Irene vuelve la cabeza un instante para cerciorarse de que se está alejando del horror. De mí. Lo consigue. Su sombra corre hacia la avenida de Portugal. Me quedo varado en medio de la noche. Mis padres, en una verbena con Los Pontinos, me recuerdan que me queda un largo trecho hasta la gloria. Eulalia dice que mi sangre se derramará en su regazo y se unirá a la descomposición de su carne. Todo a su tiempo.

13

Silvio se ríe como si se le fuese a dislocar la mandíbula. Se mete una raya de medio metro y enciende un cigarrillo. Agita la cabeza, se sirve un whisky. Deja la botella a mi alcance con un gesto de invitación. Es imposible que se mantenga en pie. Pero ahí está, con su vaso casi vacío después de pegarle un trago tan largo que a mí me reventaría el hígado. Me levanto. Necesito mear. Antes miro por la ventana, intento poner la mente en blanco. Pero no puedo. Pienso más que respiro. Se ha hecho de día. Al volver del baño me encuentro a Silvio pisando aún más el acelerador.

—Te estás poniendo muy loco. ¿No te parece? Déjalo ya, por hoy es suficiente.

Silvio barre otra raya con el rulo, se sujeta la nariz con los dedos y lame el borde de la tarjeta de crédito. Con un segundo trago se termina el whisky. Se desploma en el sofá. Pone los pies sobre la mesa y abre los brazos en cruz.

—Tengo hambre. ¿Bajamos a comer algo por ahí?

—Esta vez va en serio. No cuentes más conmigo para este desastre.

—Ya empezamos con el discurso de todas las semanas. No me amargues el día, Mateo.

Silvio enciende el televisor. Canal 24 Horas, su favorito. Atentado en Siria. Disturbios en París. Niños polvorientos en guerra. Muertos en el Mediterráneo. Mis uñas arañan el tejido del sofá. El Pucho tiene razón. La última hora del planeta es un paseo fúnebre.

—Se acabó. Hasta aquí hemos llegado.

No consigo alcanzar la puerta. Silvio tiene un muelle en las piernas y se interpone en mi camino. Respira con un saco de piedras sobre los hombros. Le sostengo la mirada a sus
Ray-Ban.

—No vas a dejarme. Tienes que estar conmigo.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Dispararme con el juguete que te

vendió el Acacio?

—Vuelve a sentarte y hablamos.

—Quiero irme. Apártate.

—Sabes que te aprecio, Mateo. El mundo está lleno de basura, pero tú eres diferente.

Silvio me abraza atizándome un latigazo en la espalda. Está bien. A su manera, es como la caricia de una madre. Es posible que sea huérfano hasta en la muerte. Dios no responde a mis preguntas. Solo me ofrece pesadillas en la profundidad de la noche. Imágenes de encapuchados con capirotes y cirios, penitentes con los pies en carne viva. No me asegura el encuentro con mis padres. Volvemos al sofá. A otra raya, al whisky. Silvio balancea el cuerpo con las manos sobre las piernas.

—¿En qué estás pensando ahora? —le pregunto.

Creo adivinar un cambio de pantalla en la partida que está jugando Silvio. La inclinación de su cabeza muestra la severidad de una estatua que lleva siglos pensándolo todo. Su estupor ante los arcanos de la vida y los estropicios del tiempo.

—Nunca te he contado lo que me pasó aquel día. Cuando me jodieron la cara.

—Digamos que a mí siempre me ha parecido prudente no preguntártelo.

—Me atacaron unos chavales en un callejón, cuando vivía en Londres. No tenían más de catorce o quince años. Eran cinco. Había ido con mi moto a repartir los pedidos del restaurante en el que trabajaba. Me cogieron la comida, me la tiraron encima y me patearon la cabeza. Pero no les bastó. El más alto, un fideo pelirrojo con una cinta verde en el pelo, llevaba una botella de Aquarius llena de ácido y me la vació en la cara. Así acabaron la fiesta.

Intento hacerme una idea del infierno. Silvio pidiendo clemencia antes de que unos niños le desfiguren el rostro. Por simple diversión, sin otro motivo.

—No sabía que habías estado en Londres.

—Trabajaba como un animal, pero pagaban bien. Sobrevivía sin meterme en líos. Mi cabeza se aguantaba sobre los hombros.

—¿Qué paso después?

—Quince días de hospital. Me operaron los párpados tres veces y tuve que volver a aprender a pestañear. El ácido te carcome la piel

y puede fundirte hasta los huesos. Tuve suerte. Los ojos me responden, ya sabes. Y sigo teniendo una nariz y una boca.

Silvio suspira. Se le han pasado las ganas de desayunar.

—Admiro tu fuerza, Silvio. Es mejor que te vayas a dormir.

Silvio busca un cojín y se acuesta de lado en el sofá. Se desabrocha los pantalones y se rasca la entrepierna. Se quita la gorra, pero no las gafas de sol. Me vigila desde las tinieblas. Se pone boca arriba, con las manos detrás de la nuca. Su sueño debe esperar. Me cuenta sus problemas laborales.

—Me dijeron que el tipo que le debía pasta al Acacio fue policía local. Uno de los que expulsaron por quedarse con el dinero de las multas. Tienen sus negocios juntos, a veces se enfadan y se ponen caprichosos, pero después se arreglan rápido. Fui a hacer el idiota. El cabrón no tenía ganas de asustarse y ya había pensado en liquidar el asunto por las buenas. Pero me vine abajo muy rápido. Tengo que admitirlo, Mateo. No estuve a la altura.

—Te avisé de que no me parecía un buen plan. ¿Qué pasó?

—Sus colegas no me permitieron explayarme. Me recibieron con unas barras de hierro y se pusieron bastante pesados. Pero luego alguien llamó al Acacio, solucionaron el asunto por teléfono y me dejaron largarme si tocarme un pelo.

—Y el Acacio no te ha pagado un duro.

—No hice mi trabajo. Me confié. No puedo encabronarme con el Acacio por eso. Además, me consiguió la cacharra a buen precio y mi madre me enseñó a ser agradecido. Hiciste bien en acojonarte, Mateo. Te hubieses cagado en los pantalones. A lo mejor hablo con el Pucho. Seguro que tiene algo para mí.

—Siempre estás con lo mismo. El Pucho ya te puso una vez en la puerta de uno de sus pisos con un bate de béisbol. No fue bien. Acuérdate de lo que pasó.

Silvio bosteza. Ahora sí que se quita las gafas y cubre sus ojos con el brazo izquierdo.

—Siento lo que te dije sobre tu profesora. Venga, márchate. Quiero dormir.

El día me recibe con olor a plástico quemado. Al final de la calle hay contenedores ardiendo. Un tumulto de gente viene hacia mí. Corren delante de un grupo de antidisturbios. Lanzan piedras y botes de humo. Todo sucede a cámara rápida. No tengo otra salida

que unirme a ellos. Son ágiles y precisos. Se defienden, atacan, improvisan su lucha. Entonces tropiezo y me voy al suelo. Me han acorralado. Mis padres no volverán de entre los muertos para llevarme de aquí. Seré yo el que vaya a buscarlos. En mí se acaba una estirpe, se desmorona un clan. El horizonte se quiebra. Envejezco y no alcanzo a solucionar mi infancia. Estoy sangrando por la cabeza. Alguien grita.

Lo último que veo es una sombra azul y una porra que se encaja en mi rostro.

14

Un reguero de gusanos frenéticos se dirige hacia mi boca. Mis brazos dejan de agitarse. No puedo moverme. Mi cuerpo queda adherido a la tierra como un imán al hierro. Todo explota dentro de mí. Una erupción seca, sin sangre. Quiero gritar. Estoy siendo engullido por las fauces de un monstruo. Su garganta es fuego. Me hundo en un socavón lleno de despojos, pero todavía no me alcanza mi final. La voz de un ángel insurgente me socorre.

—¿Tú tampoco te has ido a dormir?

El ángel tiene un eclipse en cada ojo. Pupilas dilatadas sin sueño.

—Me lo estoy pensando.

Estoy de vuelta en un bar. Ha pasado una semana desde que la porra de un antidisturbios me golpeó el cráneo. Entro y salgo del mundo de los muertos mientras sigo desangrándome. El ángel insurgente me vigila con sus dos botones negros en los ojos. Joven, media melena, flequillo recto, aros dobles en las orejas. Se sienta a mi lado. Bebe cerveza, no le importa reírse sola. Al hacerlo se pliegan sobre su torso los rostros de tres mujeres.

—¿Me estás mirando las tetas, compañero?

Todavía estoy vivo para ruborizarme. Aunque le doble la edad a quien me lanza esa pregunta y mis ojos no hayan buscado lo que piensa.

—Creo que no. Mi curiosidad se conforma con tu camiseta.

El ángel insurgente se gira para que contemple mejor lo que muestra el tejido.

—Es una foto de un homenaje a Bobby Hutton. Fue el primer Black Panther. Lo asesinó la policía cuando tenía diecisiete años. ¿Sabes de lo que te hablo?

—Puedo hacerme una idea.

Las mujeres de tinta levantan el puño con semblante airado. Orgullo negro hacia el horizonte. Me gusta la crispación de sus

bocas.

—Me llamo Katia. ¿Qué tal tienes la herida de la cabeza? Esos cabrones te dejaron un buen recado. Qué banda de psicópatas. Les encanta repartir hostias. A mí una vez me cayó un porrazo que me jodió la clavícula. Cinco días de hospital.

La casualidad nos ha reencontrado. Su rostro era uno más en la guerra.

—Yo soy Mateo. Así que tú también estabas allí. Lo siento, no te he reconocido. Tengo mala memoria para las caras.

—Llegué un poco tarde. Esos mierdas de la policía madrugan mucho para joder a la gente. No tienen otra cosa que hacer.

Me rasco el corte que tengo en la cabeza. Está cicatrizando. No hicieron falta puntos. Solo un poco de pegamento en la herida.

—Gracias por preocuparte. No corro peligro. Mi cerebro funciona igual que antes.

—¿Eso es bueno o malo?

—No lo sé. Depende de la hora del día.

—Cuando te caíste, dos compañeras te arrastraron hasta la acera. Estuvieron rápidas. Menos mal que te pusieron a salvo. Tenías la cara llena de sangre.

—No lo recuerdo muy bien.

—Perdiste un rato el conocimiento. Te limpiamos la herida y entonces te despertaste como si te hubiese explotado el corazón. Quisimos tranquilizarte, pero fue imposible. Te largaste corriendo. Fuiste un desagradecido, pero me caes bien igual.

—Puedo invitarte a una cerveza para compensar.

Katia se encierra en sus pensamientos. En algo que brota de repente en su cabeza. Apoya los brazos en la barra y se acaricia el mentón. Es una caída esponjosa y dulce hacia la luz de la mañana. Su última sonrisa anfetamínica.

—Imagínate que entrasen dentro de ti el espíritu de Gauguin o de Renoir y que te pusieses a pintar como ellos.

—No es algo en lo que haya pensado mucho últimamente.

—El otro día me eché unas risas viendo en YouTube un vídeo de un médium brasileño que decía pintar poseído por el alma de pintores muertos. Un tal Gasparetto. Como falsificador debía ser un fenómeno. El tipo entraba en trance delante del público, montaba toda su parafernalia y se ponía a dibujar igual que Van Gogh o

Cézanne, pero con los ojos medio cerrados, a toda velocidad. Luego traían a unos supuestos expertos en arte para revisar lo que había hecho. Decían que eran copias exactas o cuadros nuevos con el mismo estilo, incluso en el trazo de las firmas. La gente se tragaba que entraba en contacto con el Más Allá y que pintaba bajo el hechizo de los grandes maestros.

—Todos creemos en cosas extrañas.

—Una noche me pondré a cantar en la calle diciendo que soy la reencarnación de Rosetta Tharpe y Mahalia Jackson.

—Pues avísame cuando sean tus conciertos.

Katia se lía un cigarrillo. Es lista y quiere demostrármelo. Se toma su tiempo humedeciendo la franja engomada del papel. Su lengua recorre con mimo ambos extremos. Al terminar se incrusta el cigarrillo detrás de la oreja y se frota las manos. Tiene los dedos pequeños y las uñas rotas.

—Invítame de una vez a esa cerveza. ¿Brindamos por la Luisa?

Recuerdo que alguien gritaba ese nombre por un megáfono. El resto son imágenes inconexas y sin sonido. Un regalo de los antidisturbios. Nada más. Le sigo la corriente.

—Ya estábamos tardando. Me parece perfecto.

El camarero nos trae las cervezas y bebemos un trago en honor de esa mujer.

—Nunca pensé que aplazarían el desahucio de forma indefinida. Pero lo conseguimos. La Luisa es lo máximo. Tienes que oírla recitando los poemas de Gata Cattana. A sus ochenta años.

Katia ha visto a alguien que se acerca a nosotros. Lleva una mochila, es mayor que ella. Se nota que es la única que ha dormido. Pelo mojado, pantalón corto. Botas de montaña y camisa de cuadros verdes.

—Llevo toda la mañana llamándote. ¿Por qué no coges el teléfono?

—Porque estoy ocupada. Deja de echarme la bronca y dame un beso.

—¿Sabes la hora que es?

La máquina tragaperras arroja un puñado de monedas para que un hombre con el brazo en cabestrillo continúe jugando. Katia salta de su asiento y se lanza a los labios de su compañera. Se la come. Al terminar, estira los brazos como si hubiese alcanzado la meta de

una maratón.

—Tienes razón. Vámonos a casa de una vez.

La chica de la camisa se dirige a mí con gesto de extrañeza.

—A ti no te conozco. ¿Quién eres?

Katia se engancha a mi brazo. Su voz, como la del padre Andrés, habla desde la abundancia de su corazón.

—Un aparecido. El espectro aquel que se largó corriendo. ¿No te acuerdas?

La chica de la camisa asiente y sonríe. Insiste con que es hora de irse. Recupero mi posición de tipo solitario en la barra. Katia me mira antes de salir.

—Vente un día por La Barronka, compañero. Te necesitamos.

15

Cuando el padre Andrés y yo llegamos a la plaza con la furgoneta, más tarde de lo habitual, un par de voluntarios nos esperan para iniciar el reparto. En la fila hay caras nuevas, gente que no he visto nunca. Rostros serios, miradas huidizas. Cada uno se lleva su ración de comida caliente y una pieza de fruta. El padre Andrés se encarga de organizarlo todo. Los voluntarios van repartiendo los menús y recogen lo que traen algunos vecinos que nos suelen echar una mano. Una señora llega con un guiso de pescado que huele de maravilla. A mí me toca quedarme en la furgoneta y sacar las últimas cajas con comida. Hasta que veo a la rumana esperando su turno.

Se ha recogido el pelo en una coleta. Viste vaqueros negros y una chaqueta de chándal gris con capucha. Es su verdad a la intemperie, no la máscara que llevaba la noche que Silvio aprendió a manejar su Beretta. No la hubiese reconocido si no fuese por la cojera. Le entrega su número al padre Andrés. Sonríe, se marcha con una ración de macarrones con carne y tomate. No puedo dejar esto así. Cierro la puerta trasera de la furgoneta y le hago un gesto con la mano al padre Andrés. Necesito cinco minutos para completar mi misión. Cruzo la avenida de Portugal. La rumana advierte mi presencia a su espalda y se detiene antes de bajar hacia el parque.

—¿Qué haces aquí?

Mi pregunta es estúpida. El recuerdo de su necesidad y su miedo. Se vuelve, acelera el paso. Dudo si seguir, pero avanzo unos metros y me interpongo en su camino.

—Déjame, por favor —murmura con voz entrecortada—. Tengo prisa.

La acera es estrecha. Nos apartamos para que pase un hombre que se apoya en un bastón. Se toma un descanso en el cruce y gira la cabeza hacia nosotros. La rumana no me reconoce. Es lógico.

Apenas compartimos unos segundos hace unos días.

—El tipo de las gafas de sol con la cara quemada, tienes que acordarte. Nos vimos en su casa. Haz memoria.

En la calle se ha decretado la obligación de mirarnos. Pero nos ignoran pronto.

—No quiero hablar contigo.

Es difícil olvidar a alguien como Silvio. Ahora ya sabe quién soy. El tipo con el que se cruzó en la puerta de aquel agujero.

—¿Tanto te sorprende verme aquí? —añade.

—No tengo nada que ver con los líos que se traen Silvio y el Acacio. Te lo aseguro.

La rumana me sigue examinando con desconfianza.

—Tu conciencia te lo agradecerá.

—Si me esperas en el parque, puedo traerte más comida.

Tiene una mancha amarillenta en el pómulo derecho. Una pequeña brecha, ya cicatrizada, en el otro. No me había dado cuenta. Los dos estamos heridos.

—No necesito más. Con esto es suficiente.

—¿Quién te hizo eso? ¿El Acacio?

—Olvídame. No te conozco de nada.

En el semáforo se detiene un coche con la música muy alta. Una especie de reguetón que lo inunda todo por un instante.

—Lo siento. No quiero molestarte. ¿Cómo te llamas?

El coche arranca llevándose sus zumbidos. La rumana se lo piensa unos segundos. Extiende su mano y roza mi pecho con los dedos comprobando que no soy un fantasma transparente. Noto en su tacto el temblor de un animal asustado.

—¿De verdad que me traerás un poco más de comida?

Mi cabeza asiente. La mano de la rumana se separa de mi pecho y deja clavada su verdad junto a la mía. Que siempre he pensado que la vida es algo que está sucediendo en otra parte. Que nunca he tenido la sensación de alcanzar la autenticidad de las cosas.

—Me escapé del bar donde trabajaba. Nunca hacía salidas, salvo para la gente de confianza del dueño. No me hagas preguntas, por favor. Pero tráeme más carne para los macarrones.

Sus pasos nerviosos se encaminan hacia el parque. Vuelvo a la plaza. El padre Andrés me mira de reojo cuando abro la puerta de la furgoneta. Ahí sigue, hablando con todo el mundo y coordinando el

reparto como un director de orquesta. Sabe lo que estoy haciendo y me sonríe con complicidad. Es un arte difícil dejarse atravesar por las emociones más simples de la vida. Hay demasiada gente con esa enfermedad en el alma que los ha convertido en espectadores atormentados del mundo. Yo soy uno de ellos. El líder supremo de los dolientes. Corro hasta el parque con los macarrones llenos de carne a rebosar. Me detengo. La rumana no se ha ido. Pensé que lo haría. Es ella la que corre ahora hacia mí. Agarra la bolsa con la comida y con su otra mano, entrelazada a la mía, me ofrece un cobijo en sus entrañas.

—Gracias. Me llamo Alina.

16

La música se repite. El timbre del portero automático me arranca del sueño. Suena tres veces seguidas y espaciadas, muy cortas, como la percusión de un martillo cansado. Mis pies me dirigen a la cocina. El golpeteo insiste antes de que pueda coger el auricular. Contesto. Mi voz brota de las profundidades de una caverna. Nadie da señales de vida. Un zumbido. Ojalá no sean Silvio y sus alucinaciones. Espero unos segundos y vuelvo a contestar, pero solo se escuchan los sonidos de la calle. Un claxon, rugido de motores, las tripas hambrientas de la vida. Un afilador con su moto, el muecín del barrio. Entonces creo entender lo que está sucediendo. Me asomo a la ventana.

—¿Es que no piensas bajar?

Irene venía a buscarme a casa los viernes y siempre timbraba así. Con esa contraseña que me hacía correr hacia la ventana de mi habitación cuando todavía no teníamos portero automático en el edificio. Tres veces. Nunca he olvidado que la alegría de aquellos años, al llegar el fin de semana, comenzaba con ese suave picoteo de pájaro. El morse de la felicidad. Me visto rápido, como si solo tuviese esa misión en la vida. Irene me espera sentada en un banco.

—Pensé que no querrías verme otra vez. Dijiste que era una maldición.

Apoyo mi brazo en el respaldo. Ladeo el cuerpo. Irene se inclina hacia delante y junta las manos. Mueve las piernas. Parece buscar algo que se le haya perdido en el suelo. Se incorpora y me mira. Se alza un telón en sus ojos. Con esa luz y la danza de una lágrima entiendo que ha empezado a absolverme. Después eleva la vista hacia mi edificio y sonríe. Un gato maúlla en un balcón. Su dueño, uno de mis vecinos, habla por teléfono. Coge al animal en brazos y cierra la ventana. Irene se muerde los labios y vuelve a mirarme.

—Me enteré de que habías vuelto a vivir aquí. A casa de tus padres.

El camión del butano dobla la esquina. La mañana es soleada, radiante como mis primeros recuerdos con Irene. No hay geometría en el universo que mida esas distancias con nuestro pasado. El paso del tiempo nos deja siempre la sensación de haber sido objetos de una broma. Tiene alma de ilusionista. Excita fantasías sobre lo vivido. Pero su verdad más íntima, la que nunca contamos a nadie, nos convierte a todos en supervivientes de un desastre.

—Pensé que me ayudaría a asumir lo que pasó. Apenas he tocado nada. Soy una especie de vigilante que comprueba que las cosas continúen en su sitio.

Irene se pasa las manos por la cara. Sus ojos han enrojecido, pero la lágrima ya no está. Se ha borrado. No queda rastro de su baile.

—Lo siento, Mateo. Reaccioné mal al verte. Estaba muy nerviosa, venía del hospital.

—¿Te ocurre algo?

—Mi hermano llevaba unos días con molestias en el estómago y han tenido que operarlo de urgencia. Estaba en casa y perdió el conocimiento. Los médicos dicen que se está recuperando bien. Todo va según lo previsto, pero ahora hay que esperar los resultados de un análisis.

—Si necesitas algo, ahí arriba sigo reconociendo tu señal. Puedo echarte una mano en lo que quieras. Solo tienes que pedírmelo.

—Gracias. Antes no tardabas tanto en asomarte.

—Estaba durmiendo.

—¿A estas horas? Son las doce. ¿No decías que estabas cuidando a una vecina del barrio?

—Tengo un horario bastante flexible.

Eulalia no responde a mis llamadas. Tampoco a mis mensajes de súplica. Es injusto tanto rencor. Dedicarle mi tiempo me ayudaba a enfrentarme al caos. Nos necesitábamos. Quizá tenga ya a alguien ocupando mi lugar. Alguien con quien volverá a ver Dos mujeres y El oro de Nápoles.

—Pensé que no estarías. No tenía previsto pasar por aquí. Ha sido casualidad.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Es una situación complicada, Mateo. No podría soportar que le ocurriese algo a Miguel.

—Todo va según lo previsto, ¿no? Tú misma lo has dicho. Se está recuperando.

El barrio dibuja su frontera en esta calle. Una línea divisoria encajada entre el hormigón y unas alambradas. Mi mundo, desde que mis padres están en el Paraíso, empieza y se acaba aquí otra vez. A la derecha no hay edificios. Solo el crepúsculo de los frutales, los senderos asfixiados por las zarzas y las viejas casas sin gente, con la cicatriz de la carretera de Madrid abriéndose paso por ahí abajo. Irene sabe que este sigue siendo nuestro territorio.

—Es bastante egoísta que me desahogue contigo. ¿No crees?

—Estás preocupada. Es lógico. Cualquiera reaccionaría así.

—Pero no eres la persona adecuada, Mateo. Tienes una herida muy grande de la que curarte.

—No soy el único. La vida nos reserva estos regalos. A ti te tocó antes.

—Mi madre te apreciaba mucho. Nunca te lo dije, pero una vez llegó a ponerse de tu parte. Me parece increíble, con lo que me jodiste la vida.

—Quise llamarte cuando me enteré de que había muerto, pero no me sentí capaz. En aquella época, o no conseguía levantarme de la cama, o desaparecía durante días y luego no recordaba nada. Supongo que te lo habrán contado.

—Preferí que no me diesen demasiados detalles. Ya tenía suficiente con lo que había visto. Qué loco te pusiste, Mateo. Todavía no sé qué hago aquí hablando contigo. Con la de veces que me juré no volver a mirarte a la cara. No sabes cuánto he llegado a odiarte.

—Tu hermano quería matarme si me acercaba a ti.

—Otro lunático, igual que tú. Siempre solucionándolo todo con los puños y las navajas. Me ha dicho que coincidís por ahí.

—Con el tiempo se le quitaron las ganas de cortarme el cuello. He tenido suerte.

Irene suspira. Enciende un cigarrillo. El sol ha comenzado a brillar sobre su rostro.

—Mi madre se murió muy joven, pero con la conciencia tranquila. Hizo un buen trabajo. No le fue fácil sacar adelante a dos hijos sin ayuda. Pero lo consiguió.

El amor de Irene me hizo creer en esas heroicidades. En la

historia silenciosa que se escribe en los balcones de cualquier barrio. En el ansia de caminar, aunque duela, siempre con la cabeza alta. En ese mandato que te llama a pelear con orgullo, a no renunciar a tu dignidad aunque hayas nacido para perder. Mis padres volvieron de Alemania cuando nací. Su luna de miel emigrante duró nueve años. Se instalaron aquí, en el Couto, pero pasábamos muchos fines de semana con mi abuela en San Francisco. Por allí andaban Guille y otros chavales que corrieron mejor suerte. Mi padre se encadenó a su taxi hasta que lo jubiló un infarto y mi madre se partió la espalda en Calzados Roxy. Creo que siempre soñaron con volver a Frankfurt. A su trabajo en el cáterin de Lufthansa, en el aeropuerto.

—¿Sigues teniendo contacto con tu padre?

—Cuando se pone sentimental, me llama. Se casó otra vez. Vive en Valencia. Supongo que será feliz a su manera, pero no me interesa lo que haga con su vida.

El amor nos llena el cerebro de espuma. Extermina nuestros miedos y nos quiere atentos a la alegría y al éxtasis. Nos obliga a soltar lastre, a abandonar la piel que nos envuelve y a arroparnos en otra. Hace revivir en nosotros el recuerdo de esa primera ansiedad del otro que habitó en algún ser de la prehistoria. Convierte a cualquier hijo del subsuelo en el emperador más poderoso de todos los tiempos. Así me sentía yo cuando estaba enamorado de Irene. Como si pudiese remover a mi antojo los cimientos del cosmos.

—Siento mucho haberte hecho pasar por aquello. No era consciente. Un año después de morir tu madre, más o menos, empecé a darme cuenta. Pude tomar el control de la situación y mi cerebro se calmó una temporada. Me dijeron que te habías ido y que era mejor que no intentase nada. Así lo hice. Después me enteré de que vivías en Madrid y te mandé algunos mensajes. No me contestaste, claro. Supongo que hiciste bien.

—¿Te lo imaginaste de otra manera? ¿Pensabas que volvería?

—No lo sé. Mis fantasías siempre volaron muy lejos. A lo mejor me despierto y desapareces al sonar la alarma del despertador. Pero creo que no estoy soñando. Eres tú de verdad.

Una pareja muy joven se abraza junto a la alambrada. Se separan y siguen su camino, pero se giran de repente y comparten un gesto un tanto cómico antes de darse de nuevo la espalda. Así

debimos de ser nosotros aquel verano que nos despedimos del instituto. Irene creyó que quería ser profesora, pero su vocación duró el año y medio que aguantó en la escuela de Magisterio sin pisar las clases. Mi mundo era la calle, dejarme llevar, investigar las esquinas. A los dieciocho era fácil. Tenía coraje para mil cosas absurdas. No quise seguir estudiando, pese al empeño que pusieron mis padres para que no abandonase los libros. Irene se unió a mis peligros durante una temporada. El tiempo que se prolongó la solidez de nuestro amor. Nos quisimos hasta que los terrores que había intuido en mi infancia se hicieron fuertes y lo destruyeron.

Irene se abraza a las rodillas.

—Te dejaste caer demasiado, Mateo. Más de lo que pude soportar. Era imposible estar a tu lado. Me partía el alma verte así. Queríamos ayudarte. Tus padres, tu familia, los colegas. Pero no tuviste clemencia. Te empeñaste en hundirte hasta el final. Te lo llevaste todo por delante. ¿Por qué no me hiciste caso? Hubiese dado mi vida por sacarte aquellos delirios de la cabeza.

—Lo hice. Asumí lo que me estaba pasando, pero no sirvió de nada. Me hundí todavía más. Tú ya estabas lejos y eras lo único que me importaba.

—¿Tenía otra opción? Mi madre acababa de morirse. Necesitaba largarme, tenía que poner distancia. Estuve a punto de caer contigo. Querías arrastrarme, pero no lo conseguiste.

—¿Crees que era mi intención? Irene, por favor. Estás siendo muy cruel conmigo.

—No pensabas en nadie. Solo en ti mismo. Me obligaste a escapar.

Mi noche, en aquel tiempo, se diagnosticó larga y oscura. Todo en mí se apaciguó hasta el desfallecimiento. Tuve que rebrotar como una hierba sin fuerzas sobre la tierra quemada. Regresé al mundo casi a tientas, recordando el primer llanto de mi vida, bañado de nuevo en la sangre de mi madre. Pero Irene no estaba. Se había ido. No respondía a mis gritos. Entonces caí con más fuerza. Silvio se cruzó en mi camino y retomé mis delirios. Durante meses no vi la luz del día. Solo existía la noche y sus apariencias. Ansiedades, rostros exhaustos. Voces revoloteando en mis oídos. Hasta que decidí encerrarme en casa y alimentar al monstruo sin ver a nadie. Solo Silvio acudió en mi ayuda. Apareció en el

momento justo para salvar mi cuerpo. El padre Andrés, en su misión más difícil, obró el resto del milagro.

—¿Te apetece que demos un paseo?

Irene recibe un mensaje. Mira la pantalla de su teléfono y se levanta. Otra vez ese gesto de preocupación, como el primer día que nos encontramos.

—Se me ha hecho tarde, Mateo. Tengo que irme.

17

La Barronka es un edificio de tres plantas al pie del Barbaña, en el margen izquierdo del río, un testigo de otro tiempo que mira hacia el dorso abrupto de la Alameda, a pocos metros del puente que lleva hasta la Burga. En un balcón cuelga una pancarta en la que se lee: «Brazo y cerebro». Al entrar en el portal me recibe el dibujo de un puño violeta y una estrella negra sobre un círculo rojo, pintados en el techo. Me saludan un par de chavales. Subo las escaleras. Katia sale a mi encuentro y me acompaña al segundo piso. Entro en una habitación pequeña, con el suelo cubierto con papel de periódico. La única vacía. En el resto se acumulan montones de trastos. Katia vuelve con un cubo de pintura y unos rodillos.

—Aquí vamos a montar la biblioteca. En el corcho de la entrada pusimos un anuncio para que la gente vaya trayendo los libros que pueda. La idea es compartir y que los vecinos del barrio se involucren. En principio funcionaremos con lo que cada uno quiera aportar. A lo mejor hacemos una lista con algunos que nos interese tener aquí.

—Tengo que mirar en mi casa. Quizás encuentre alguna reliquia.

—A mí me encantan los libros viejos. El uso le da grandeza a las cosas. Entro en una librería de segunda mano y pienso en el recorrido que los ha llevado hasta allí. Te hacen sentir que formas parte de una comunidad secreta que va por ahí recogiendo huellas.

—Me gusta lo que dices. Nunca lo había pensado.

Vuelvo a mirar a mi alrededor. Las paredes exhiben un manto plomizo y rugoso, atravesado por una tormenta de grietas que ascienden hasta el techo, como si los últimos restos de pintura se encolerizasen con su agonía. La Barronka habla para que muera el desaliento y nazca un horizonte. En su abandono está brotando una semilla. Una primavera subterránea. Los ángeles insurgentes, con Katia a la cabeza, han llegado a tiempo. Su convalecencia ha

terminado.

—Mañana traeremos unas estanterías. Con un par será suficiente, al menos de momento. A no ser que aparezca alguien con una biblioteca entera. ¿Nos ponemos manos a la obra?

—Perfecto. Para eso estoy aquí.

Katia me acerca un rodillo. Mientras voy extendiendo la pintura, mi cabeza viaja de repente a la tarde en la que el padre Andrés me llevó a la aldea donde nació, en las montañas de Trives. Me asalta el silencio sobrecogido de aquellas casas muertas. La visión de sus ventanas como cuencas de ojos vacíos, los muros medio derrumbados y engullidos por la vegetación. El mismo paisaje de un bombardeo. Los efectos de la munición que emplea el abandono y la decrepitud. Nos detuvimos en lo que había sido una plaza con una gran losa en el centro. La pureza del aire me hirió los pulmones. Hacía mucho frío. El padre Andrés se alejó unos metros de mí y su porte se encogió ante las piedras desplomadas de una casa. No me atreví a seguirlo. Por la curva de su espalda y la inclinación de su cabeza adiviné el torrente de un llanto. El impulso de un dolor gigantesco.

—¿Siempre has estado tan segura de lo que haces?

Hacemos una pausa. La primera pared está casi lista. Katia me ofrece una botella de agua. Bebo, me limpio los labios. Le devuelvo la botella. Me mira extrañada antes de darle un trago.

—No te entiendo. ¿A qué te refieres?

—Supongo que todavía eres muy joven. Olvídalo.

—Como quieras, señor experimentado. Pero te agradecería que hablases más claro. No se me da bien descifrar los códigos secretos de la madurez.

Vuelvo a extender la pintura. Arriba y abajo, en silencio. Katia deja la botella de agua en una esquina. Las palabras se me acumulan en la garganta. Su rumbo más allá de mis labios me libera de una opresión en el pecho.

—Me refiero a si de verdad crees en esto. ¿Te sirve de consuelo?

Katia se sacude las manos contra el pantalón. Se sienta en el suelo y lía un cigarrillo.

—Aquí no se viene a buscar la paz interior. Esto es la vida a su volumen más alto. Nuestra obligación es abalanzarnos sobre ella sin sentirnos culpables de quererlo todo. Una no viene a serenarse

cuando busca la libertad. Al contrario. Viene a tensar la cuerda para que se rompa. No es cuestión de creer, sino de actuar y construir. El sentido está ahí. En que la gente se una y se atreva a todo. A tomar un edificio. A plantarle cara a los de siempre. A vivir con la convicción de que juntas podemos cambiar el rumbo de las cosas.

—Pero es difícil no caer en la vacilación o en el desencanto. Yo quiero creer en algo y no lo consigo. Por mucho que lo intente.

—Pues déjate contaminar por nosotras. Aquí hay unas cuantas locas con disparates muy interesantes en la cabeza. Respecto a lo de las dudas, ya te contaré algún día. Por ahora no me despiertes. Lo siento, pero tengo unos cuantos años menos que tú, compañero.

—Mis pensamientos se empeñan en cuestionarlo todo. No puedo evitarlo.

—Porque el orden es un señor muy listo. Nos encierra en nosotros mismos y nos hace creer que la desconfianza y el cinismo son sinónimos de inteligencia. Pues no. Son venenos paralizantes. Pero la inconsciencia y la ingenuidad están llenas de luz. Al levantar el puño delante de la policía, como cuando te dejas abrazar por un niño, nunca te equivocas.

Katia apaga el cigarrillo y continuamos trabajando. Mis manos se llenan de pintura. Nos aplicamos con esmero y concentración, como si el tiempo corriese en nuestra contra. El combate es el presente, rodillo arriba, rodillo abajo. Una biblioteca en marcha. Estamos admirando nuestra obra cuando oímos un sonido metálico que se acerca a la puerta. Un claveteo y unos pasos acallados por un fuerte ataque de tos.

—Buenos días. Me han dicho que aquí es lo de los libros.

Guille se apoya en una muleta. Evita mi mirada. El atropello del autobús le ha dejado esa cojera con la que se detiene en el marco de la puerta. Tiene el brazo izquierdo vendado.

—Todavía estamos pintando —dice Katia.

Guille está a punto de caerse al buscar algo en un bolsillo interior de su cazadora. Me acerco para ayudarlo. Le tiemblan las piernas, pero consigue mantener el equilibrio. Levanta la muleta unos centímetros del suelo para demostrarme que se las arregla sin mí. Es una advertencia que más bien parece la rabieta de un niño. Por fin logra sacar una bolsa arrugada con un libro.

—Para vuestra colección. Ya me lo he leído muchas veces.

La portada está tan gastada y llena de manchas que apenas se puede leer el título. Ladrones como nosotros, de Edward Anderson. Katia sonríe. Lo hojea unos segundos y se abraza a Guille.

—Muchas gracias, compañero. Contigo inauguramos la biblioteca de La Barronka.

—¿Me das un par de euros? Es para tomarme un café, mujer. Que tengo mucha debilidad.

Katia le da unas monedas. Este olor a pintura es el aroma del Génesis.

18

Hago una llamada perdida, como siempre. Espero. Un minuto después se acciona el portero automático. Subo en el ascensor y en la puerta del tercero izquierda me recibe un tipo al que no he visto en mi vida. Lleva el brazo derecho escayolado y tiene aspecto de no haber dormido en un año. Viste una camiseta de la selección española y pantalón de pijama. La voz del Pucho me llama desde el fondo del pasillo. Atravieso el túnel en penumbra, con el único auxilio de una luz mortecina que se cuela por una ventana interior. El extraño va delante, sin prisas. Entra en una habitación. Al pasar veo que se ha sentado en una mesa sobre la que hay una prensa hidráulica, una máquina de envasar al vacío y una báscula de precisión.

Empujo la última puerta a la derecha.

—Pasa, Mateo. Estoy acabando de comer.

La cocina es un cubículo grasiento y mal ventilado, con los azulejos amarillentos y el techo ennegrecido. En el fregadero se acumulan un montón de platos y una sartén. El mango sobresale del agua como un brazo pidiendo auxilio para no hundirse. Me siento. El Pucho apura medio vaso de vino y moja un trozo de pan en el escabeche de unos mejillones. El fondo de la lata queda limpio y brillante. No así los dedos del Pucho. Se frota con una servilleta y la deja a un lado. Vuelve a repetir la misma acción con otra sin manchas. No sirve de mucho. El tinte anaranjado del escabeche se ha colado bajo las uñas.

—¿Quieres llenar un poco el estómago? Hay fiambre en la nevera.

—Gracias. No tengo hambre.

El Pucho lanza la lata al cubo de la basura y busca un cuchillo. Retira el plástico que envuelve la mitad de un melón. Raspa la pulpa, se corta un buen trozo y lo hace desaparecer en su boca. Le brillan los labios. Al terminar se lía un cigarrillo y pone una

cafetera al fuego. Vuelve a sentarse. Saco la pasta. Billetes estirados y ordenados de mayor a menor, como de costumbre. El Pucho cuenta el dinero con el cigarrillo medio aplastado entre los dientes, sin encenderlo. Asiente. Arrastra la silla y se pone de pie otra vez. Abre la puerta de un armario. Saca un bote de Cola Cao.

—Pensé que me habías abandonado. No dabas señales de vida desde lo del cementerio.

Los dedos del Pucho sacan una bolsita del bote. Sacude la cocaína como si fuese a romper el sobre del azúcar antes de tomarse el café en el bar. La rutina de siempre.

—El otro día soñé que nos encontrábamos en un osario. Era una casa de planta baja con una ventana a través de la que se veían un montón de tibias y calaveras.

El Pucho enciende por fin el cigarrillo y me lanza la bolsa. Me la guardo en el bolsillo. Nos quedamos callados un buen rato.

—Tienes que cuidarte, Mateo. Vaya cosas que sueñas. Te está granizando todo el día en la cabeza. Apúntate a taichí o a algo de eso.

—Creo que no le caigo muy bien a tu nuevo colega. Me ha puesto mala cara.

—Es mi hermano, el funcionario. Lleva un mes de baja. Un moro le metió una paliza cuando se lo llevaba a la enfermería. A ver si lo convenzo para que pida el traslado a la península. En la cárcel esa nueva no se adapta. Cobra más, pero se agobia mucho. Hace un año que está abierta y ni siquiera tienen módulo de aislamiento. Un solo funcionario para ochenta o noventa presos en el patio. Es de locos. Hasta que se reincorpore le he dicho que se venga por aquí por las mañanas para distraerse. Esta gente anda muy quemada.

Las mejillas del Pucho arden a fuego lento. Su frente se arruga y se vuelve más ancha, como si al concentrarse estuviese obligado a hacer un espacio nuevo en su cerebro. Estira los brazos sobre la mesa. Al remangarse deja a la vista un tatuaje del antebrazo. La cabeza de un tigre enseñando los colmillos. Se pone de pie y coloca su plato en la tina. Yo también me levanto.

—Me marcho. A ver si limpias un poco esto, que parece un estercolero.

—Espera. Tengo un lío pendiente que puede interesarte. Voy a bajar a Málaga la semana que viene. El Capellán ha trasladado su

guardería a Antequera. Treinta kilos.

El Pucho conduce sus pies hinchados hacia mí. Esas chancletas merecen jubilarse.

—A la vuelta vas delante en otro coche —añade—. Sin riesgo. ¿Qué me dices?

—Tendré que pensármelo.

—Podemos pasar unos días en la playa. A mí me hace falta, que ando bastante deprimido. El jueves me desapareció el perro junto al río. Me despisté un poco hablando por el móvil y cuando me di cuenta se había esfumado.

El Pucho resopla y se rasca la frente. Le golpeo la espalda.

—Pon unos carteles por ahí, hombre. A lo mejor aparece.

19

Llevo una hora rondando la puerta del hospital. Empiezo a pensar que no ha sido buena idea. No me atrevo a entrar. Es más lógico que me haga el encontradizo en la calle, aunque Irene se dará cuenta de que no es una casualidad. Estoy inquieto, fumo sin parar. Todavía es temprano. Quizás aún no ha llegado, si es que hoy tenía pensado visitar a su hermano. A lo mejor no viene todos los días. O puede que ya se haya marchado. Así que entro en una cafetería y decido abandonar. Es absurdo. No tiene sentido. Me tomo un café y salgo apesadumbrado, con la cabeza hundida entre los hombros.

Mi idea para el resto del día es intentar dormir. Lo imposible. Subo hasta la rotonda. Antes de doblar a la izquierda, junto a un kiosco, me vuelvo por última vez. Veo a Irene entre la gente que se agolpa en la puerta. Es ella, no hay duda. Se pone a caminar, lleva una mochila. Está a punto de llegar hasta mí. Entonces finjo que me dispongo a cruzar hacia el otro lado y espero a que nuestras miradas se encuentren.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

Esa forma tan sutil de arquear las cejas sobre la hermosa pesadez de los párpados. Su melena recogida y el fino equilibrio de su espalda. Esas manos que tantas veces afloraron de sus brazos para acariciarme y darme vida. Todo en Irene, cuando la miro, es una llamada a la nostalgia. Al recuerdo de lo que fuimos cuando las cosas eran más sencillas. No tengo respuesta para su pregunta. Estoy desnudo ante ella en un paso de cebra y no me importa.

—Nada en especial. Me gusta pasear por las mañanas.

Irene se ajusta la mochila sobre los hombros. No puede reprimir un bostezo. Ahí termina su sorpresa al verme. Le pesa más la fatiga y la incertidumbre.

—Estoy hecha polvo. Ayer le dije a Laura, la mujer de mi hermano, que se fuese a descansar. No he pegado ojo ahí dentro.

¿Me acompañas hasta la parada de autobús?

Caminamos hasta la marquesina. Una pareja de ancianos y una mujer con las bolsas de la compra hablan de sus enfermedades. Buscamos intimidad. El bordillo de un garaje se convierte en nuestro trono. Pasa una ambulancia, la vida de alguien ante un precipicio. No hay tregua. La muerte es insaciable.

—No he resultado muy convincente, ¿verdad?

Irene sonríe. Abre la mochila, saca un pañuelo y se limpia la nariz.

—Así que te gusta pasear por aquí. Por la otra punta de la ciudad y a estas horas. Es curioso.

—¿Qué tal está tu hermano?

Irene guarda su pañuelo. La marquesina se llena de gente.

—Tiene bastantes dolores, pero se ha levantado. Supongo que es un avance. Está muy débil, aunque el médico dice que es normal. No concretan demasiado. Hay que esperar. Prefiero no darle muchas vueltas.

—A veces intento rezar y pienso en la gente que se ha cruzado en mi vida. También en tu hermano.

Elevo mi mirada al cielo. Ojalá confiase en la eficacia de mis súplicas. El castigo de la duda es una compañía perversa. Convierte el rezo en reproche y la esperanza en litigio. Irene asiente sin mirarme, con expresión abstraída.

—Entonces es cierto. No me engañaron.

—¿A qué te refieres?

—A que tienes amigos un tanto peculiares. Eso comentan por ahí.

Se acerca un autobús, pero Irene no hace ademán de levantarse. Todavía no es el suyo. Tenemos más tiempo para hablar.

—El padre Andrés es el más normal. Te lo aseguro.

—No me entiendas mal. A ver si vas a pensar que pretendo juzgarte, o algo parecido.

—Supongo que te lo habrá dicho Guille.

—Está fatal. Me lo encontré el otro día. Pensé que habría salido del caballo.

—A veces viene a la plaza y le damos comida. Me cuesta recordarlo como era antes, cuando estaba bien. Tiene mucho aguante, pero es una pena que siga matándose.

Irene me mira con extrañeza.

—¿Cómo es eso de que le dais comida?

—El padre Andrés y otra gente del barrio montaron un banco de alimentos cuando empezó la crisis. Es lo mejor que he hecho en mi vida. Organizamos recogidas por ahí y nos ponemos en las puertas de los supermercados. No suele haber problemas, aunque un encargado llamó una vez a la policía. Por suerte, no pasó nada. Para estar en la calle, de momento, no hay que pedir permiso. Dos días a la semana repartimos raciones de comida caliente. Hay gente que no tiene posibilidad de cocinar. No arreglas nada dándoles un paquete de garbanzos o unas lentejas.

—Pues va a ser cierto que no te reconozco.

—Intento echar una mano y dejarme llevar. Para mí ya es bastante.

—Me cuesta imaginarte con un amigo cura. ¿No me estaréis tomando el pelo Guille y tú?

—Para nada. El padre Andrés es un buen tipo. Tienes que conocerlo. Se pasó media vida dando vueltas por el mundo. África y Sudamérica, sobre todo. Pero hace un par de años, en Ruanda, lo hirieron en un tiroteo y decidió volverse. A veces se va por ahí a escalar montañas. Le encanta desaparecer, aislarse de todo. Siempre me sorprende su forma de encarar las cosas. Una vez me dijo que estuvo enamorado de una misionera argentina, pero le dio calabazas.

Irene saca medio sándwich de la mochila. Se pone a comer. Pienso en aquellos días en los que el padre Andrés me acogió en su casa. Cuando hizo brotar en mí una pequeña luz para no volver a castigar el alma y el cuerpo. No fue la paz definitiva, pero al menos las recaídas dejaron de herir mi carne. Me contó que estaba dando clase en una escuela ganadera del norte de Perú, muy cerca de Ecuador. Había venido a ver a su madre, como cada año. De paso, sus mejores destrezas me devolvieron a la vida. Después se marchó y me quedé limpio. Con otra piel. Empecé a escribirle cada semana y todavía era más sanador. Recibía sus correos y me agarraba a sus enseñanzas. Cada vez que volvía me relataba sus aventuras y me anunciaba sus siguientes destinos. Guatemala, Burundi, Ruanda. Hasta que le dejaron un recado de pólvora en el costado. Entonces el misionero volvió al barrio, enterró a su madre y organizó por su

cuenta el banco de alimentos.

—¿Por qué te separaste?

A Irene no le incomoda mi curiosidad. Hace una bola con el papel de aluminio. Ya se ha terminado el sándwich. Se limpia una miga atrapada en la comisura de los labios.

—Por la rutina. Desencanto, monotonía, indiferencia. Cualquier sinónimo me vale. Fueron diez años. En realidad, ocho. Los dos últimos me los pasé hablando con los muebles.

—A nosotros no nos dio tiempo a aburrirnos.

—Porque nos saltamos esa parte y fuimos directamente al infierno. Teníamos mucha prisa. ¿Y tú? ¿Estás con alguien?

—Para eso tendría que soportarme antes a mí mismo.

—Tu amigo el cura sí que se lo montó bien conociendo mundo. No como nosotros. A mí se me están gastando los ojos de ver siempre lo mismo.

—Aquí fuimos felices una buena temporada.

—A veces lo conseguías. Decías tonterías interesantes y con cierta gracia.

—Una vez leí una novela en la que el protagonista, un director de cine, soñaba sin imágenes. Durante un tiempo me pasó algo parecido. Solo soñaba sonidos. El que más se repetía era tu risa. Me encantaba. Lo malo era el silencio al despertarme.

Irene arroja la bola de papel de aluminio a la papelera. Se acerca a la marquesina y se queda allí, mirando la pantalla de su móvil. Siempre está en otra parte. En la habitación del hospital donde se recupera su hermano. Levanta la cabeza, me hace un gesto para que me acerque. De nuevo se ha reunido bastante gente en la parada.

—Está a punto de llegar el autobús.

—Si vas hacia el barrio, puedo acompañarte.

—¿Para qué has venido hasta aquí, Mateo?

—Supongo que por la misma razón que por la que tú me timbraste el otro día.

—Yo te debía una disculpa. Es diferente.

—¿Necesitas una explicación?

Irene saca unas monedas de la cartera. El autobús aparece en la curva.

—Hablar contigo me deja fuera de juego, Mateo. Es muy intenso. Prefiero volver sola.

—Está bien. Como veas.

—Me acuerdo de que Guille era de buena familia. ¿Por qué no le ayudan?

—Muy sencillo. Porque no quiere.

—Igual que te pasaba a ti. Tienes suerte de haberte hecho colega de ese cura. Creo que me cae bien.

El autobús se detiene. La gente entra y sale del vehículo.

—El viernes hay una fiesta en La Barronka. Es un edificio junto al Barbaña, en la trasera de la Alameda. Lo están rehabilitando. ¿Por qué no vienes? Seguro que nos lo pasamos bien juntos. No creo que se nos haya olvidado cómo se hace.

Irene me besa en la mejilla. Sus labios, la esperanza. No me responde. Es la última en subir.

20

El hombre de la televisión, gomina y barba recortada al milímetro, pañuelo sobresaliendo en el bolsillo superior de la chaqueta, responde a una pregunta de la entrevistadora.

—Debemos estar muy agradecidos a nuestras fuerzas y cuerpos de seguridad por la enorme y esforzada labor que han estado realizando durante estos años. Su sacrificio y lealtad a España no tienen límites. Jamás olvidaremos su defensa de nuestra nación frente al terrorismo salvaje de ETA y su trabajo para frenar el golpe de Estado separatista en Cataluña.

Silvio se inclina sobre la última raya. No le quedan más provisiones. Deduzco que en un rato se pondrá muy nervioso conmigo. Le robo el mando a distancia y apago el televisor.

—¿Seguro que no sabes quién maneja el asunto? —insisto.

—Estás muy pesado con eso, Mateo. Enciende la tele otra vez.

—Esas rumanas no aparecieron aquí por arte de magia. Algo habrás oído.

—El Acacio controla a las chavalas para que no hagan tonterías. Ya te lo dije. Se encarga de que todo esté en su sitio. Pero ni es el que manda ni me ha contado nada.

—Mientes fatal. Tú siempre te enteras de las cosas. No me creo lo que dices.

—Olvídame, Mateo. Si lo que quieres es jugar a los detectives, mejor pregúntale a tu amiga. ¿No hablaste con ella mientras repartías comida con el cura en la plaza? Pues empieza por ahí.

Silvio abre otra cerveza. Bebe, se levanta con un rugido y se pone a mirar por la ventana. Me uno en silencio a su observación. Es sábado y está oscureciendo. Esa forma de precipitarse el día hacia la noche, cuando era niño, en las profundidades del fin de semana, me resultaba fascinante. La ciudad descubría para mí sus neones circenses y atravesar la rúa do Progreso me parecía un viaje infinito. Qué grande es lo pequeño cuando eres niño. El tiempo,

durante aquel trayecto, se detenía y aliviaba mis males. Flotaba gracias a una magia misteriosa. Los domingos amanecían con tinieblas y anuncios de rutina. Pero el crepúsculo de los sábados, de la mano de mis padres, me reconciliaba con la vida.

—Ya no trabajo para la profesora. Todo ha terminado. No quiere saber nada de mí.

Silvio se vuelve y me mira. Sonríe. Se ventila la cerveza y aplasta la lata con la mano.

—Déjame adivinarlo. No estuviste a la altura. La vieja quería más. Y tú, como siempre estás medio deprimido, no tenías ganas. ¿Por qué no probaste con unas infusiones de azafrán? Me dijeron que son estupendas para levantar el ánimo debajo del ombligo.

—Estoy harto de esas tonterías. No tiene gracia.

—¿Se puede saber qué le hiciste?

—Vete a la mierda. No te voy a dar explicaciones.

—Estás perdiendo el poco sentido del humor que te quedaba. ¿Tengo que disculparme?

Me siento en el suelo. Aprieto los labios. Es un gesto un tanto infantil, de niño enfadado con el mundo. El gato que se escabulle entre tus piernas y busca un rincón. No quiero a Silvio a mi lado mientras me lleno de recuerdos.

—A veces me pedía que le llevase flores a su hermano. Lo mataron en la guerra.

Silvio guarda silencio. Es ágil en el paso de la mordacidad al respeto. Aunque le encante su dosis de sarcasmo para observar mis desdichas. La mención de un muerto lo merece. Continúo.

—Se llamaba Antonio. El nicho está vacío. No hay cuerpo. Solo una lápida con los apellidos de la familia. Pero Eulalia, cuando puede, le deja un ramo de claveles en su memoria.

La noche se aproxima sin remedio. Ahora sí que casi ha oscurecido por completo. Silvio enciende la luz de una lámpara. Me molesta la claridad. Regresar, por obligación, a los objetos.

—No entiendo nada. ¿Por qué no está en el cementerio? ¿Qué es lo que pasó?

—Eulalia solo tenía unos meses cuando lo mataron, pero me ha hablado mucho de él. A veces confunde fechas y lugares. No importa. Me he hecho una idea muy clara de la historia.

—¿No vas a explicarme por qué no está ese fulano en su tumba?

—Muy sencillo. Porque nunca encontraron su cuerpo. ¿Tan raro te parece?

Silvio también se sienta en el suelo. Justo enfrente de mí, con las piernas estiradas. Creo que pretende desnudar una parte desconocida de su humanidad, como el día que se quitó las gafas de sol y me mostró su mirada. Pero siempre la he visto. Su alma. La sustancia fecunda de su corazón. Dios perdonará los pecados de mi ángel de la guarda.

—A un tío de mi viejo se lo cargaron al poco de terminar la guerra. Está en el cementerio del pueblo, como mis padres —me cuenta—. La verdad es que hace tiempo que no voy por allí.

Silvio se agarra la cabeza como si quisiese evitar que se desprenda del cuello. Me pregunto qué estará haciendo la profesora. En qué añoranzas se habrá sumergido para afrontar la noche. En mis ojos tengo ahora mismo las dos fotografías de su hermano. El espejo y el reflejo de su enemigo. El gran desdoblamiento. Pienso en la lucha de mi rostro contra mi rostro, en ese combate que llevo dentro. Me apoyo en la pared antes de hablar.

—Antonio, como Eulalia, era de Zaragoza. Al estallar la guerra vivían en Calatayud. Aunque tenía simpatías comunistas, se alistó en una unidad de voluntarios que no dependía directamente de la Legión, a pesar de que usaban sus emblemas. Se hacían llamar «Bandera Sanjurjo». Antonio se unió a ellos para evitar la represión contra su familia, que también era de izquierdas. Estuvo herido unos días en un hospital y al reincorporarse se pasó al bando republicano. Se integró en una columna del POUM, luchó en Teruel y a finales del 36 lo militarizaron. Desapareció a principios del verano del 38 en la batalla de Levante. Eulalia me dijo que probablemente esté enterrado en una trinchera. Las tropas franquistas avanzaban rápido y había que evacuar con urgencia, así que los muertos en combate eran sepultados en el mismo lugar donde caían. Esa es la historia. Eulalia adquirió el nicho y puso la lápida hace quince años. A veces creo que se ha acabado creyendo que Antonio está en esa tumba, pero ahí dentro solo descansará un cuerpo. El de ella. Sus otras hermanas están enterradas en Madrid. Los padres, en Zaragoza.

Silvio deja de agarrarse la cabeza con las manos. Su garganta emite un ruido perezoso.

—Menuda tristeza me está entrando. ¿No hay forma de saber dónde está esa puta trinchera? Ahora hasta usan drones para localizar esas cosas.

—No tengo ni idea.

—Si Eulalia se ha convencido de que su hermano está en el cementerio, al menos se sentirá aliviada. Aunque el consuelo le venga de sus achaques mentales. ¿Tú crees que es así?

—Es difícil saberlo. Su memoria es un terreno bastante contradictorio.

—Pues si a ti ya no quiere verte más, que sea otro el que lo intente. Algo se podrá hacer para encontrar los restos.

—A mí me parece casi imposible.

—¿Qué fue lo que te pasó con ella? ¿Le montaste un numerito mental de los tuyos diciendo que entras en contacto con los muertos?

—No hice bien mi trabajo. Ya está. Igual que te pasó a ti con el Acacio. ¿Cómo fue lo del tío de tu padre? Nunca me habías dicho nada.

—Era picoleto. Lo mató un maquis. Había ido a detenerlo a su propia casa con otro guardia y unos vecinos. En cuanto entraron, el tipo les disparó y se escondió en el monte. Mi padre me contó que lo detuvieron meses más tarde y lo fusilaron.

Silvio se levanta y abre otra cerveza. Me quedo sentado, observándolo. Es un pájaro inquieto en su jaula. Aletea de un lado a otro sin saber qué hacer. Yo tengo su consuelo en el bolsillo. Pero le he dicho antes que hoy no quiero ser su proveedor.

—¿Y tú? ¿Vas a sacar la pistola ahora? ¿Me dispararás por denegarte auxilio?

—Todavía no lo había pensado. Pero empiezo a planteármelo.

—Como no está delante el Acacio, hoy no quieres presumir de aprendiz. Pero podrías hacer prácticas de tiro como aquella noche. Atrévete.

Silvio deja la lata de cerveza en el alféizar de la ventana. Hace un esfuerzo enternecedor por tranquilizarse.

—Mejor será que te calles. Que se me hayan torcido las cosas con esa gente no te da derecho a tocarme los cojones. Te lo advierto. Tengamos la fiesta en paz.

—Somos igual de pringados, Silvio. Los dos nos hemos quedado

sin trabajo.

—Tú no estás tan tirado como yo. Te convencí para que siguieras con el Pucho.

—Pero algún día lo dejaré. Ahora no me queda otra salida.

Silvio vuelve al sofá. Me siento a su lado y saco un regalito del bolsillo. Dos gramos.

—Invita la casa. Ya que ahora te dedicas a invertir en armamento, tendrás que reducir gastos.

Mis dedos dejan caer la bolsa sobre la mesa. Silvio asiente y sonríe. Se prepara una raya y la fulmina con ansia. Nos rodea un confortable silencio. De esos que solo se comparten con los amigos a los que quieres de verdad. Mi ángel de la guarda se gira hacia mí. Se golpea las rodillas con los puños.

—Así que quieres saber de qué va el Acacio.

—Tengo curiosidad. Pero es una pena que no quieras contarme nada, pese a lo bien que te estoy tratando esta noche.

—¿No te habrás enamorado de la rumana? Ándate con cuidado, Mateo. Que a ti lo del amor te entra como una enfermedad.

—Tiene un nombre. Se llama Alina.

Silvio junta las palmas de las manos. Quizás esté mostrando su obediencia a la autoridad de Dios. Vamos bien.

—No era mi tipo. Que sepas que no le puse ni un dedo encima.

—Prefiero que no entres en detalles. ¿Sabes que al Pucho le ha desaparecido el perro?

Silvio intenta poner un poco de orden en su cabeza y empieza a hablarme del Acacio.

21

La vida, esta noche en La Barronka, florece ante mis ojos con toda su gloria. Es emocionante. Ya no recordaba sentirme así. Por primera vez en mucho tiempo soy algo más que un observador afligido del mundo. He dejado de ser un paseante que no atraviesa ninguna puerta, que apenas mira y sale corriendo. Estoy dentro. En la matriz de eso que respira y arde. Todo lo espontáneo es hermoso. Los ángeles insurgentes celebran la trascendencia de su afecto, la posibilidad extrema, la fraternidad libre, el presente sin permiso. Son gigantes de silueta tensa. Investigadores del nervio y de la agitación. Bailan su cumbia del subsuelo y me invitan a unirme. La música aligera mi cabeza y me conduzco un momento entre sus brazos, pero todavía me pesan las cadenas. Así que vuelvo a mi lugar. Dejo atrás la marabunta, pido algo de beber y enciendo un cigarrillo. Los ángeles siguen bailando. Aquí, entre estos combatientes, el corazón se me llena de radiantes desbarajustes.

Aquella debe de ser Luisa. La mujer a la que libraron del desahucio. Acaba de llegar. Katia sale del tumulto, lanza su vaso al aire, se abraza a ella y levanta el puño mientras grita su nombre. No es la única. Luisa, pequeña y nerviosa, con un punto de perplejidad, se emociona al verse acordonada por más ángeles insurgentes que la colman de cariños. Katia le habla al oído y vuelve a abrazarla. Se quedan solas. Advierto en su forma de dirigirse a ella, con ese elogio en la mirada, la admiración que yo mismo pude dedicarle a Eulalia. El respeto hacia quien ha vivido mucho y te cuenta sus enseñanzas. Entonces llega la novia de Katia, la chica de la camisa de cuadros, y las tres se enredan en una conversación llena de risas y de aspavientos. Querría acercarme y decirle a Luisa que yo estuve allí, que el día que salvaron su casa me inundó esta misma corriente, que me conmueve su victoria, que el empuje de los ángeles insurgentes es el prólogo de cualquier conquista. Pero cuando me decido a hacerlo, la mujer es arrastrada por una nube de

vecinos resueltos y orgullosos, duendes inquietos que esta noche emergen de las profundidades del barrio. Almas sin dueño que se apuntan a esta cálida verbena de los desautorizados.

La cumbia se detiene. Por un momento se muere el hechizo. Pero no. La maravilla sigue su curso. Es cierto. Los insurgentes están aquí, al pie de La Barronka con sus bombillas de colores en la fachada, en esta orilla que le hemos robado al río para beber, bailar y reír. Un chaval enfundado en un mono de rayas negras y rojas, sin camiseta por debajo, se encarama en una silla y hace un gesto para pedir silencio. Katia y su novia sonríen, se agarran de la mano y buscan un lugar más próximo al nuevo centro de atención. Se levanta una ligera brisa. Luisa y otras vecinas mandan callar a unos recién llegados que arman demasiado ruido. Ahora sí. Ya no hay voces. La noche se vuelve pequeña y recóndita. Entonces el chaval toma la palabra y se vuelve un coloso.

—Un mundo nuevo se está abriendo paso, compañeras. La Barronka es solo el principio. Un grito de dignidad para este barrio que comenzó a levantarse con la sangre de nuestros abuelos. Los ocho obreros muertos el 26 de diciembre de 1935, cuando el edificio en obras de Ervedelo en el que trabajaban se derrumbó durante un temporal. Su memoria, más que nunca, está presente en nuestros corazones ahora que hemos vuelto a las calles, ahora que nos lanzamos a la lucha para defendernos del mal gobierno y de la tiranía. A ellos y a aquellos vecinos que habitaron hace casi cien años el Patio Bartolo, germen del barrio, célula de amor y de solidaridad, queremos dedicarles esta noche el valor de la alegría y de la impaciencia. No podemos esperar más. La Barronka es una mecha ardiendo. ¡Brazo y cerebro, compañeras!

El chaval levanta el puño y salta de la silla con una extraña pirueta. Los gritos de alborozo se mezclan con el segundo advenimiento de la cumbia. Me arrastra, me lanza hacia delante. Alguien me empuja sin querer, impulsado por el ritmo, y me veo sumergido en el vientre del baile, arrullado por el aliento de los cuerpos que me apremian con sus brazos en alto y su ansia por comerse la vida. El éxtasis me lleva de un lado a otro, mi corazón se acelera poseído por un tambor y no quiero parar porque jamás pensé que saldría del infierno, aunque solo fuese por una noche, y todo es dulce y posible entre estos milicianos airados, como con

Irene, el soporte de lo que pude ser y convertí en sangre y escombro, porque me parece ver que es ella la que serpentea en este momento hacia mí, buscándome entre los benditos hijos de La Barronka, rastreando mis ojos entre esta oleada insurrecta que me lanza contra su cuerpo y nos obliga a gritar de júbilo, porque ha venido a la fiesta y hemos vuelto juntos del miedo, porque mis labios son la continuidad de los suyos y bailamos en la llamarada final y nos besamos hasta que se nos desencuerda la lengua, y nos largamos corriendo a mi casa con la piel enfervorizada y burbujas en vez de sombra y le doy gracias a Dios al hundirme en tu carne, querida Irene, ahora que me está llegando la muerte.

22

A Irene le ha costado su esfuerzo desperezarse. Cuando ha abierto los ojos, todavía confusa, he sentido miedo al pensar que quizá querría marcharse de aquí, arrepentida por no haberse resistido anoche al torbellino que nos trajo hasta esta cama. Pero su expresión amodorrada, al verme a su lado, es pura satisfacción. Apoya la cabeza en mi pecho y rodeo sus hombros con mi brazo. Ya es mediodía. Me he mantenido despierto toda la noche. No hubiese sido lógico perderme la simetría de su respiración, el calor de su aliento dormido sobre mi cara, la marejada en sueños de sus piernas enroscándose en las mías. Llevamos un buen rato hablando.

—Eulalia siempre vivió sola. Tuvo una relación un par de años con una abogada casada, una de las primeras que se colegiaron en la ciudad, a finales de los setenta. Pero su verdadero amor fue otro. Una chica que conoció en París siendo estudiante. Se parecía mucho a Jeanne Moreau.

Busco una imagen de la actriz en mi teléfono. Irene sonríe cuando se la muestro.

—No tenía mal gusto, la verdad. ¿Cómo sigue la historia?

—Pues no lo sé. Pero un día me enseñó una foto suya por casualidad y se le llenaron los ojos de lágrimas. No tengo más datos que esos para mis suposiciones.

—¿Estuvo mucho tiempo en París?

—Un par de años, a principios de los sesenta. Su padre y Antonio murieron en pocos meses. No llegó a conocer a ninguno de los dos. Antonio había nacido en 1918, veinte años antes que ella, que era la más pequeña. Por el medio hubo cuatro hermanas. Su madre, como es lógico, no lo pasó bien cuando terminó la guerra, pero un tío suyo, emigrante en Caracas, había hecho bastante fortuna como comerciante de telas y empezó a mandarles dinero. Eulalia, que era muy despierta, pudo ir a la universidad. Estudió Filosofía y Letras en Madrid y Lengua y Literatura Francesa en

París. Al volver estuvo un tiempo dando clase en Teruel. Su madre murió en 1966, al año siguiente aprobó la oposición y, para huir de los recuerdos, se le ocurrió escoger uno de los destinos que le pillaban más lejos, el Instituto Femenino de Ourense, una ciudad en la que no había estado nunca. Y aquí se quedó, en lo que hoy es el Otero Pedrayo, como profesora de literatura. Hasta que se jubiló.

—Echando de menos a su amor parisino.

—Eso creo. Aunque con la abogada aquella no se lo pasó mal, te lo aseguro.

—Ojalá tuviésemos nosotros esa capacidad de resistencia.

Dejo el teléfono sobre la mesilla y acaricio los labios de Irene.

—No hago más que recordar. Y en esas imágenes siempre sales tú. ¿Sirve de algo pedirte perdón de nuevo?

—Estoy en tu cama, Mateo. Quizás eso te convenza de algo. Te he lanzado una señal.

—Entonces es que ya no me odias. No me ves como a un monstruo.

—Te lo dije. No estaba dispuesta a hundirme contigo. Solo quería vivir. Estar enamorada no me obligaba a protegerte, ni a ver lo que tú pretendías que viese.

—¿Por qué te hice sufrir tanto?

—Esa pregunta deberías respondértela tú, ¿no crees?

—Es que nunca he podido. Solo sé que pienso en ti igual que la profesora piensa en su Jeanne Moreau. Ahora que he vuelto a verte no sé si seré capaz de soportar otra vez tu ausencia. No me caben tantos relámpagos del pasado en la cabeza. Creo que es demasiado escarmiento.

—¿Me estás culpando de algo?

—El único problema fui yo. Pero no sé por qué el dolor dura tanto, ni qué sentido tiene.

Irene se sienta con la espalda apoyada en la almohada. Yo también me incorporo. Nos vemos reflejados en el armario, dos puertas correderas con espejos. Hay un trazo doblegado en el dibujo de nuestros cuerpos. Somos un cuadro sin sus antiguos brillos. Irene se vuelve y su rostro se desfigura. No se había fijado hasta ahora en las marcas en mis brazos. Las cicatrices. El vestigio de los cortes con las cuchillas.

—No me lo puedo creer, Mateo. ¿Hasta ahí fuiste capaz de

llegar?

Irene se oculta la cara con las manos. Sigo observando su imagen en el espejo. Hasta que se escurre por el colchón y se cubre con la sábana.

—Te dije que no te estoy culpando de nada, y mucho menos de esto.

Silvio auxilió mis muñecas en el momento justo, cuando el desangrado estaba a punto de ser letal. Ocurrió un año después de la marcha de Irene. El Pucho todavía no era nadie y aún no tenía los tres pisos en Covadonga, el de la avenida de Zamora y el chalé de Tamallancos. Había puesto a Silvio en la puerta de uno de sus agujeros con un bate de béisbol, para controlar el tráfico y que los yonquis no hiciesen cosas raras. Era un piso mugriento de la rúa da Liberdade donde podías comprar caballo y pincharte allí mismo, en un cuarto con colchones por el suelo que apestaban a vómito y a mierda. Recuerdo la primera vez que entré. Aquel humo denso y el olor a vinagre de la heroína, las jeringuillas listas, las venas llenas de costras, el sudor ahogando el ambiente y la turbia inquietud en los que llegaban. Me llevé una buena ración para encerrarme unos cuantos días en lo que llamaba «mi casa». Una madriguera con el techo medio caído y las ventanas rotas, junto a la carretera de Madrid, en la que me dejaba vivir un vecino de mis padres que había vendido el terreno a un constructor. A Silvio le pareció demasiado largo mi encierro. Así que una mañana me encontró en la bañera dándome un remojón con las venas abiertas. Silvio, mi querido ángel custodio de las
Ray-Ban,
el técnico del Street Fighter, el fugitivo en Londres. El rastreador de todo. El investigador de la noche que había aparecido y desaparecido de mi vida tantas veces.

—Yo no tuve nada que ver, Mateo. Dímelo, por favor. Te lo ruego.

—Pues claro que no.

—Era imposible estar contigo. Jamás vi a nadie que se odiase con tanta fuerza.

La voz se Irene se rompe. Su espalda tiembla y se estremece. Pero al darse la vuelta, veo que no está llorando. La dureza de su mirada es un interrogante.

—Siempre he tenido la sensación de haberme desviado del camino que me habría reservado la vida si no me hacía demasiadas preguntas. Si me dejaba llevar, simplemente, por la inercia. Pero un día giré el volante y me lancé al abismo. Odiaba la mansedumbre, el automatismo, la indolencia que lo envolvía todo. Tú sentías lo mismo, Irene. Pero supiste sobrellevar esa extrañeza con una inteligencia que yo no tenía. A ti no se te ocurrió rajarte las venas de los brazos.

—Alguna vez pregunté por ti. Me dijeron que se te veía un poco mejor. Que habías superado nuestra historia.

—Hay algo en mi interior que parece que no existe, que no está ahí. Pero actúa en la sombra. Es real. Implacable. Al ocultarse, precisamente, se hace más presente. Y me ha impuesto su dolor. Su fuerza es superior a mí. Me manejan unos hilos extraños desde que me levanto hasta que me meto en la cama. En La Barronka, cuando apareciste, les gané una batalla. No recordaba esa luz, esa plenitud. El día que intenté suicidarme toqué fondo, pero aquí estoy. Si quise matarme fue por culpa de esos hilos. Lo mueven todo dentro de mí. Hasta el padre Andrés, con sus antídotos, tiene dificultades para mantenerme a salvo. Pero ya nada es tan salvaje como antes. Resisto. Cumplo mi penitencia.

Irene se queda callada. Su compostura, de repente, se ha dulcificado. Como si hubiese vuelto de una larguísima ensoñación y el escrutinio de mis penas provocase la conformidad automática de sus entrañas. Vuelve a encajar su cabeza contra mi pecho. El contacto con su piel, sin avisar, es una llamada urgente en mi sangre.

—Ya veo. Cuidando a Eulalia, repartiendo comida y guiándote por un cura.

—Y bailando cumbia con unos chavales que podrían ser nuestros hijos.

—O dejando en una tumba vacía las flores de una mujer que nunca conoció al hermano que ama. Te has puesto bastantes deberes, Mateo.

—También les llevo unos claveles de vez en cuando a mis padres al Paraíso. A su mesita de mármol con sus dos vasos de vermú.

—Eso es bonito. Flores para tu raíz secreta.

—La noche que me quedé a dormir allí esparcí sus cenizas por lo

que queda del bar.

Irene se disuelve entre mis brazos. Acepto el desfiladero de su lengua. Mis manos operan sobre sus muslos y ascienden por su espalda. La extensión en la que nunca quisiera morir mi tacto.

—¿Lo dices en serio?

—No encontré mejor lugar para guardar su recuerdo.

La luz del día lo ratifica todo. Todavía es mejor que ayer. Irene se arrodilla y se sienta sobre mí acariciándome el pecho. Entro en ella. Después se inclina y me susurra su desconcierto al oído.

—Qué fuerza tan extraña nos ha guiado para volver a encontrarnos, Mateo.

23

La cruz, una talla de madera ennegrecida, resalta su autoridad sobre el cálido amarillo de la pared. Estoy sentado junto a la ventana mientras el padre Andrés sigue curioseando entre sus libros. Unos cuantos acaban en una caja de cartón del supermercado.

—El domingo nos reciben en Chamonix y el martes iniciamos la ascensión. Somos un grupo de unas diez personas. Seguiremos la ruta del Gouter. Estoy ilusionado, Mateo. Hace mucho que no me dejo caer por allí.

—Espero que no haya tantos atascos como en el Everest.

—La Arête des Bosses es una cresta impresionante. La recuerdo bien. Uno tiene la sensación de avanzar por una vela para llegar al Sol.

La mirada del padre Andrés se concentra de nuevo en los libros. Me levanto. La sobriedad del salón se explica en una estantería, un par de butacas y una mesa con un televisor de tubo que debe de llevar siglos apagado. Todo es austero, funcional.

—Irene se quedó el otro día a dormir en mi casa. Quería decírtelo.

El padre Andrés se vuelve hacia mí. Nunca había visto esa expresión pícara en su cara.

—Me alegro. Parece que se le ha pasado ese rencor que le suponías.

—Ha sido extraño. Un deseo tan intenso, cuando se cumple, te llena y te deja vacío a la vez. Me asusta esa sensación.

—Mejor disfruta de ella. No debe darte miedo.

El padre Andrés sonríe. Juraría que estos días ha vuelto a adelgazar. Su cuello es solo piel.

—Cuando vuelvas del Mont Blanc te informaré de mis avances. Necesito un tiempo para ordenar mi cabeza.

Puedo imaginar al padre Andrés explorando su alma ante esa

cruz. Las rodillas clavadas en el suelo, las manos expuestas a la esperanza en Dios. También la circunspección, el acatamiento.

—Lo veo un poco difícil.

—¿Poner mi cabeza en orden? Tienes razón. Si no lo he conseguido en tantos años, no creo que vaya a lograrlo en un mes.

—Me refiero a que vaya a regresar aquí. Tengo otros planes.

—¿Qué quieres decir?

El padre Andrés deja los libros y se acaricia la nuca. Me mira y desaparece sin decir nada. Al poco rato vuelve de la cocina con dos latas de cerveza. Me ofrece una. El ritual que precede a lo que no me podía imaginar.

—De vuelta de Francia estaré unos días en Madrid y luego me iré a Paraguay. A Canindeyú, un departamento del centro este del país. Tengo contacto con unas monjas peruanas que trabajan en los pueblos que hacen frontera con Brasil. En Curuguaty hay tres curas atendiendo más de noventa capillas y las hermanas necesitan ayuda para visitar a los creyentes que viven en las aldeas más aisladas.

Intento mantener la compostura, pero me cuesta disimular. El padre Andrés lo nota.

—¿Cuándo volverás?

—No tengo billete de vuelta, Mateo. Ya sabes lo que significa eso. Puede ser un año o lo que Dios quiera. Necesito coger aire. Mudar de piel otra vez. Mis heridas de bala necesitan aventuras.

—¿Y quién se encargará ahora del banco de alimentos?

—Hay voluntarios de sobra. Nadie es imprescindible. Podrá encargarse cualquiera que tenga ganas de ayudar. Espero que sigas echando una mano aunque yo no esté.

—Pero sin ti ya no será lo mismo.

—Será mejor. No tendréis a un cura pesado pendiente de todo.

—No puedes dejarnos. Dijiste que querías escribir la historia del barrio. Hablar de sus calles, de lo que ya nadie recuerda. ¿Quién hará revivir la memoria de la gente?

—Te lo tomaste al pie de la letra, Mateo. Aquello fue un arrebato. No tengo paciencia ni talento para escribir. Seguro que entre los chavales de La Barronka hay alguno al que le picará la curiosidad y se pondrá manos a la obra. Me dijiste que se acordaron de los obreros muertos y de los vecinos del Patio Bartolo. Son listos. Entienden el verdadero sentido de la justicia. Saben que el poder

siempre desprecia a quien no lo tiene. Ellos escribirán la historia de los olvidados.

El padre Andrés suspira. Se vuelve hacia la cruz. Recuerdo esa misma curva en su espalda y la inclinación de su cabeza en medio del abandono, en el lugar donde vino al mundo. Bebe un trago. Deja la lata de cerveza sobre la mesa. Introduce los últimos libros en la caja y la cierra con cinta de embalar.

—Con esto no se quejarán. Es un buen cargamento. Dostoyevski, Conrad, Chesterton y otras hierbas. Me harás un favor si te encargas de llevárselos tú.

Pongo la caja en el suelo, junto a la puerta. Me quedo allí. Sin moverme, enmarcado por el umbral. Como un portero que impide el paso a este cuadrilátero en el que se pelean cada noche el padre Andrés y la majestad de la cruz.

—Te vas porque estás flaqueando. Porque necesitas provocar tu fe y te faltan las fuerzas.

El padre Andrés se ríe con esa forma que tiene de quitarle importancia a las cosas.

—¿Tú crees? A mí no me parece tan grave. Seguro que es solo una tormenta pasajera.

—El día que me llevaste a ver la aldea donde naciste lo entendí todo. Tus dudas no son muy distintas a las mías. Te enfurece el silencio de Dios. Su distancia. ¿Qué tipo de pruebas quiere que superemos? ¿Por qué permite nuestra desesperación?

—Ojalá lo supiese. Mi alivio ante las dudas es confortar a quien lo necesita. Por eso me voy. Es cierto que mi fe necesita un estímulo y aquí se ha debilitado.

—Pensé que te mostrarías más firme. Tu actitud ha sido un ejemplo para mí.

—Eres mi amigo, Mateo. No puedo engañarte. La verdad del mundo es dura y aterradora. La ausencia de sentido ha impedido conciliar el sueño a todas las generaciones de hombres y mujeres que han poblado la Tierra. Y así seguiremos. En la profundidad de la noche solo encontramos vacío.

—No quiero que te vayas.

—Enderecé tu rumbo desde la distancia. ¿Recuerdas? Ahora que estás bien encaminado, me será más fácil acabar la tarea. Es el momento de que tú me ayudes a mí. Me irás contando cómo se

porta Dios con el barrio y las hazañas de los chavales de La Barronka. Cuídalos. No pueden venirse abajo cuando descubran que hasta las ideas más hermosas caen en manos de gente aprovechada.

—Todavía no estoy bien. Mi cabeza sigue sin control.

—No pienses en tus padres desde la angustia, Mateo. Sé fuerte. Intenta no excitar tu dolor. Acuérdate de ellos desde la satisfacción de saber que viven en lo que haces.

—¿Me escribirás? Nada de mensajes. Correos. Cuanto más largos, mejor.

—Lo haré. Pero antes déjame que coja confianza con las monjas.

—Si no lo haces iré a buscarte. Te lo juro.

El padre Andrés me envuelve entre sus brazos. Cuando nos separamos, tengo la sensación de que los míos se me han desgajado del tronco y siguen aferrados a su espalda. Me llevo los libros. El padre Andrés me acompaña hasta el descansillo. Antes de cerrar la puerta golpea mi mandíbula por última vez. Imagino que habrá notado ya el tacto de la calavera que empieza a acechar mi rostro. La sentencia en firme del hueso. Nuestra cara definitiva por los siglos de los siglos.

—Espera, Mateo. Me olvidaba. Tengo algo para ti.

24

El Pucho lleva un buen rato con los pies a remojo en una tina. De vez en cuando se queja de la temperatura del agua y se lima la cara exterior de los dedos gordos con una piedra pómez.

—No lo entiendo. Me gasté ciento veinte euros en unas Nike para patear por el río y ya ves. Me hacen unas durezas que me tienen amargado. Pero con las viejas que me compré el año pasado en el Carrefour por treinta euros, ni un problema. A mí que me lo expliquen.

—A lo mejor es que no corresponden con tu tipo de pisada. La gente que va a correr tiene en cuenta eso cuando se las compran. Algo he leído por ahí.

—Pero es que yo solo voy a caminar. No a hacer el ridículo poniendo cara de estreñido.

—Está bien, me callo. Que hoy estás de muy mal humor.

El Pucho se emplea a fondo en la tarea. Sus pies han enrojecido. Debe de ser cierto que el agua está muy caliente. Hace una pausa con la piedra pómez y aguanta un buen rato con los pies sumergidos. Hasta que su cara de sufrimiento desaparece.

—Perdona, Mateo. No tengo buen día. Mi hermano se largó esta mañana a Ceuta sin avisar y todavía estoy que me subo por las paredes.

—¿Qué ha pasado?

—Lo de siempre. Viene aquí unos días y se quiere hacer el héroe con mi padre delante de las monjas. Sobreactúa, ya me entiendes. Tiene mala conciencia. Cuando mi vieja se puso enferma no movió un dedo para echar una mano. ¿Quién tuvo que cargar con el marrón? El Pucho. ¿Y sabes por qué? Porque su hermano tenía que estudiar. No me jodas. Ahora está de baja, lo llamo para que se distraiga echándome una mano, y pierde los papeles. El jueves montó una escena en la residencia que fue para matarlo. Se puso muy loco cuando le trajeron la cena a mi viejo y casi empieza a

hostias con las monjas por culpa de una crema de verduras. Mejor que se haya ido. Que se cure el brazo a su aire y que se reincorpore cuando le toque. Ya volverá con el rabo entre las piernas.

Hay una toalla en el respaldo de una silla. Se la acerco al Pucho, que todavía murmura algo por lo bajo. Una especie de salmodia enfurecida.

—¿Has terminado ya? Anda, toma. Que estás poniendo el suelo perdido.

El Pucho se seca los pies con gesto apesadumbrado. Revisa de nuevo el relieve de sus dedos. Está satisfecho con la calidad de su obra. Después se pone los calcetines y retira la tina.

—No sé por qué te cuento esto ahora. Tú no tienes problemas ni de padres ni de hermanos. Lo tuyo es distinto. Oye, estas Navidades podrías venirte a cenar aquí. Nos pegamos una mariscada los dos con mi viejo, lo metemos en la cama y a cantar villancicos toda la noche.

—Perfecto. Me traeré la pandereta y la botella de anís —bromeo.

—¿Te has pensado ya lo de bajarte conmigo a Málaga? El Capellán anda con ganas de fiesta.

Tengo en el bolsillo el rosario que me regaló el padre Andrés cuando nos despedimos. Qué extraña maduración hemos sufrido el Pucho, Guille, Silvio, Irene y yo mismo. Como tantos otros niños de la moneda que ya no logro recordar.

—Sí, claro. Cuenta conmigo.

—Así me gusta. Lo de la playa iba en serio. Vete comprando la crema bronceadora.

—¿Tendrás algo para Silvio?

El Pucho enciende un cigarrillo. Me mira como si se le hubiese aparecido un fantasma.

—Estás de broma. Ni lo sueñes.

—Ya pasó mucho tiempo desde aquello. Podrías levantarle el castigo.

—Aquí nadie ha castigado a nadie. Pero Silvio, cuando se pone hasta las cejas, es una bestia.

—Eres bastante rencoroso. Tampoco fue para tanto.

—A mí ese loco me cae bien. Me parece un tipo legal. Pero para asuntos de trabajo, mejor que se busque la vida por ahí. En menudo

lío me metió por partirle las piernas a aquel enano con el bate de béisbol. Ya sé que el chaval venía hasta arriba de pastillas y le sacó una navaja, pero la cosa se le fue de las manos. Debería estarme agradecido por haber dado la cara por él. Si no es por mí, se la hubiesen devuelto con creces los Mandriles, y esa gente no se andaba con tonterías. ¿Te acuerdas de la pobre chica a la que tuvieron secuestrada?

—Claro que me acuerdo.

—Mira, Mateo. Ya sé que Silvio no levanta cabeza desde que le quemaron la cara. Pero lo siento. No estoy por la labor.

El agua de la tina está llena de pieles muertas, pequeñas migas de pan. Acaricio el rosario. El Pucho se levanta, entra en el baño y vierte el agua por el váter.

—Ha cambiado. Está más tranquilo.

El Pucho vuelve a la sala secándose las manos en la camiseta.

—¿A qué se dedica últimamente?

—Estuvo unos meses vigilando un almacén clandestino de carne, en Zamora. Ahora lleva un tiempo por aquí, sin moverse. Creo que se siente débil. Está perdiendo fuerzas.

—Todos tenemos achaques. A mí me suena un zumbido en los oídos por las noches que me tiene amargado.

—Se ha juntado con gente que no es de fiar. ¿Conoces a un tal Acacio?

—Ni idea. No lo controlo. ¿Qué hace?

—Prostitución, armas. Pero poco nivel. Tiene la mano larga con las tías y se dedica a reírse de la gente.

—Pues dile a Silvio que cambie de ambientes. Si anda bajo de moral, las malas compañías no ayudan. Ese Acacio tiene que ser un mal bicho.

—Lleva dos locales cerca de Verín. Se dedica a poner orden con otros tipos y a que la gente no se olvide de gastar. También vigilan a las chicas, casi todas rumanas, para que estén a lo suyo y no creen problemas. A mí me parece que eso incluye mantenerlas secuestradas.

—La madre que los parió. Como los Mandriles. ¿Estás seguro?

—Yo diría que al cien por cien.

—Esa gentuza sin escrúpulos me pone enfermo.

—El Acacio le empaquetó una pistola a Silvio y lo metió en una

encerrona diciéndole que le pagaría por cobrar una deuda. Pero lo que quería era reírse de él. Le divierten esas cosas. Como lo de los perros. Al Acacio y a sus colegas les va la sangre.

El Pucho ensancha su mandíbula de caimán y enseña los dientes. Su nariz se tuerce como un gancho. Aplasta la colilla contra el cenicero.

—Espera un momento. ¿Qué cojones es eso de los perros?

—Organizan peleas en una finca que tienen en la frontera con Portugal. La pasta de la deuda que debía cobrar Silvio era de unas apuestas. Dime una cosa, Pucho. ¿Estás seguro de que a tu perro no se lo llevó nadie?

El Pucho entra en combustión. Algo va a estallar en su cerebro. Entonces le enseño el rosario que me regaló el padre Andrés, con sus cuencas de cristal azul y su hermoso medallón de la Virgen. Pero no logro calmar su ira.

25

Mi madre, antes de morir, intentó describirme la mirada del ciervo. Pero ya no tenía fuerzas. Sus labios lucharon en vano por despegarse y balbucear unas palabras que no pude comprender. Me incliné sobre ella y le besé la frente. La enfermera me mandó salir. Cuando volví a entrar, tras otro de mis recorridos sonámbulos por el pasillo, la pobre seguía insistiendo en un murmullo que la agitó un instante hasta que cayó rendida por el cansancio. Un sueño del que se despertó, al día siguiente, con esa turbación desmayada de los que ya se han ido. Aunque tú sigas viendo allí su cuerpo.

A medianoche le envié otro mensaje a la profesora. A ese viejo Nokia sin Internet del que tanto presume cuando ve a la gente perdiendo el tiempo y la vista con artilugios que no comprende. Le he recordado la tarde que me puso un disco de Léo Ferré y bailamos C'est
extra. Su respuesta es otro silencio. Pero mientras no paro de dar vueltas en la cama, ya cerca del amanecer, mi teléfono suena en el salón. Quizá tampoco pueda dormir y haya decidido perdonarme. Me levanto con ese deseo. Con el ansia de escuchar su voz y que todo sea como antes.

—Lo siento, Mateo. Ya sé que es muy tarde. O muy temprano. Estoy abajo. ¿Puedo subir?

Abro de inmediato. Espero inquieto en la puerta la llegada del ascensor. Irene trae una bolsa de viaje. Camina con pasos muy cortos y se detiene ante mí.

—¿Qué haces ahí parada? Pasa de una vez.

Irene entra con la bolsa al hombro, rozándome el pecho al pasar. Nos sentamos en la cocina. No pregunto nada. Solo dejo que su respiración se calme. Hasta que por fin levanta la cabeza.

—Necesito quedarme aquí unos días.

El edificio se despereza con los primeros ruidos de la mañana. El llanto de un grifo abierto. Un despertador que no para de sonar. Le

tiendo mis manos a Irene, pero se aleja y no me permite auscultar su alma. Hoy prefiere la distancia.

—Claro que sí. El tiempo que quieras. ¿Estás bien?

—No tengo adónde ir, Mateo.

—Pero ¿no estabas en casa de tu hermano?

—Hemos discutido. Pero da igual, eso no importa. Mi vida está rota en pedazos.

—¿Quieres decirme qué te ocurre, por favor?

Irene se levanta. Apoya la frente contra el cristal de la puerta de la terraza. Se vuelve. Cierra los ojos. No los abre hasta que se decide a hablar.

—Ya no puedo más. No me queda dinero para pagar el alquiler de la habitación en Madrid. No trabajo en ningún bar, Mateo. Eso fue cuando me separé. Tenía un sueldo hasta que se cansaron de mí. Entre los amigos y los fines de semana en un restaurante, logré aguantar un tiempo. Pero eso también se acabó. Se acabaron los amigos y el dueño al que ya no pude follarme más sin vomitar de asco. En Madrid me espera la calle. Por eso me vine. Para pedirle ayuda a mi hermano.

Intento abrazar a Irene. Pero se aleja otra vez. Como un animal maltratado al que quieres acariciar y huye porque ya solo ve amenaza y miedo.

—No tienes por qué preocuparte. Esta es tu casa.

—Solo serán unos días. Hasta que pueda irme sabiendo que Miguel está mejor.

—No puedes volverte a Madrid así. Sin nada.

—Ya me buscaré la vida.

—¿En la calle? ¿Debajo de un puente? No voy a permitir que te vayas. Te quedas aquí y pensamos algo.

—Necesito ayuda ahora, Mateo. De mi futuro me encargo yo sola.

—Sin casa y sin trabajo. ¿Cómo lo harás? ¿Dejando que te folle cualquier cabrón?

Recuerdo estos gestos de Irene, la misma sacudida de sus manos queriendo agarrarse al aire. Puedo oír nuestros gritos de hace veinte años. Puñetazos en la pared. El cristal roto de una ventana. El eco de aquella guerra.

—Repítemelo de nuevo y me sentiré mucho mejor.

El sonido de la nada. El zumbido de la vida cuando se hace silencio.

—No quiero que vuelvas a pasar por eso.

—Sobre cómo humillar a alguien de mil maneras tú podrías escribir un ensayo. ¿Quieres que te refresque la memoria?

Irene sale de la cocina. Sus pasos enérgicos fracturan la corteza terrestre. Me quedo sentado hasta que apago la luz. Atravieso el pasillo con aire temeroso. Sin hacer ruido. Me la encuentro en el sofá del salón. Con las manos sobre las rodillas, muy juntas.

—No te ahorres ningún reproche, Irene. Empieza cuando quieras. Estás en tu derecho.

—Vete a la mierda. ¿Por qué me provocas? No sé por qué me has hecho decir eso.

—Ha sido culpa mía. Lo siento.

—Creo que dormiré en el sofá. ¿Tienes algo para taparme?

Busco una manta. Cuando regreso al salón, Irene ve algo sobre la mesa. He dejado pistas.

—No puede ser, Mateo. Me dijiste que estabas limpio.

Tres bolsitas de un gramo. Mis encargos para esta mañana. Se las quito tranquilamente y me las guardo en el bolsillo. Supongo que tiene que ser así. Irene ha vuelto para llegar hasta el fondo de mi verdad. Me sorprende la serenidad con la que afronto esto.

—Claro que lo estoy. Hace tiempo que se acabó. No he vuelto a tomar nada.

—¿Me puedes explicar entonces qué es esto?

—Mi trabajo.

—Estás de broma.

—La profesora no quiere saber nada de mí. Me sobrepasé con un tipo que se enrolló con una inquilina y acabamos a puñetazos. Es lo que hay. Con algo tengo que sobrevivir.

—Mientes todavía mejor que yo. ¿Y tu amigo el cura está enterado?

—Tengo algún que otro problema de conciencia con eso.

Irene desdobla la manta y la estira en el sofá. Coloca un cojín en el reposabrazos.

—Te la estás jugando. Cualquier día acabas en la cárcel.

Irene saca un neceser de su bolsa de viaje. Lo abre. No encuentra lo que busca.

—Mierda. Me he olvidado el cepillo de dientes.

—Hay uno sin estrenar en el armario del baño, junto a las cuchillas de afeitar.

Ahora sí me lo permite. Atravieso el muro que me había impuesto Irene. Nos abrazamos. Así todo se vuelve más fácil.

—Solo tengo lo justo para el billete de tren, Mateo. Necesito dinero. Lo que puedas dejarme para unos días. Te lo devolveré en cuanto pueda.

—Es mejor que descanses. Después bajo al cajero y lo arreglamos.

—No sé cómo voy a agradecértelo.

Irene se aferra a mi espalda. Se me acumula el deseo y la necesidad de hablarle. No me resulta fácil deshacerme de sus brazos. Quiero ser claro con mis intenciones. Nos merecemos una salida.

—Tengo un asunto pendiente. En unos días espero sacar bastante más de lo que ganaría en varios meses. Con eso podríamos irnos a algún sitio. Adonde tú quieras. Cualquier lugar será bueno contigo, Irene. Esta vez nos saldrán mejor las cosas. Tendremos suerte.

—¿De qué asunto me estás hablando?

—No pienses en eso. Lo que importa es que hemos vuelto y que tenemos una segunda oportunidad. Confía en mí. Me iré unos días y conseguiré bastante pasta. Mientras tanto te quedas aquí.

Irene no pestañea. Solo la húmeda languidez de sus ojos da señales de vida. Entonces se inclina sobre su bolsa y guarda el neceser. Me cuesta llegar a tiempo de interponerme en su camino, pero logro impedir que abra la puerta y se marche.

—Espera. No te vayas. Te lo explicaré.

—No hay nada que explicar, Mateo. Déjame salir.

—¿Se puede saber qué te pasa? Te he dicho que es un trabajo con el que sacaré algo de dinero. Una cosa limpia. No voy a matar a nadie.

—Eres un imbécil. No quiero tener nada que ver con tus líos.

—Tú estás al margen.

—No me digas. Me pides que me fíe de un tipo sin conciencia. Que me quede a esperarte sin rechistar, hagas lo que hagas. ¿Es ese el papel que me reservas en tu historia?

—Unos días, Irene. Nada más. Si lo prefieres, nos encontraremos donde tú me digas. Te juro que será lo último que haga con esa gente.

—Olvídalo, Mateo. No fue buena idea venir aquí. Ábreme la puerta.

—No pienso hacerlo.

Irene respira por la boca. Las venas de su cuello, tenso y enrojecido, quieren estallar.

—Eso mismo me dijiste aquella noche. ¿Te acuerdas? Que no me dejarías salir. ¿Quieres repetir la escena de nuevo? ¿Te apetece mejorarla? Esta vez puedo llamar a la policía.

—Irene, por favor. Quiero ayudarte.

—Nunca he podido olvidar el miedo que me hiciste sentir.

Abro la puerta. Irene entra en el ascensor. Ni siquiera me dirige una última mirada antes de desaparecer. Me quedo en el descansillo, sin saber qué hacer, hasta que el ascensor se detiene. No se oyen pasos, ni el estampido del portal al cerrarse. Entonces bajo por las escaleras y me encuentro a Irene acurrucándose en una esquina. Será difícil que se quede dormida así. Me siento a su lado y no sale huyendo de mí. Es un alivio.

—Tengo hambre, Mateo.

26

Mi madre me lleva a la consulta del doctor Gallego, al que en la ciudad todos conocen como el médico de los pobres. Es un señor de nariz grande que nos atiende en un despacho lleno de libros, en el Posío, y dice que ese grano del dedo gordo de mi pie es el inicio de mi varicela. El doctor nos extiende un recibo de cincuenta pesetas, aunque en realidad nunca quiere cobrarnos nada. Mi madre intenta pagarle más, pero es imposible porque ya nos está echando de la consulta con la excusa de que debe atender a más niños. Cuando salimos todavía no entiendo en qué consistirá esa invasión de ampollas con un nombre tan raro, pero no me importa. Mi padre me espera en un solar del barrio. Con un trozo de cartón, arrodillados en la tierra, dibujamos una carretera para subir a los Lagos de Covadonga. Somos Hinault y Lejarreta. Dos chapas de Fanta.

Y esto es un trozo de infancia dentro de una pesadilla.

Un sueño del que me despierto para seguir muriéndome.

La transición a la realidad me arrastra por un pasadizo en cuyos muros se proyectan más imágenes de mi niñez que no logro descifrar. Entonces me espabilo y la vida me duele algo menos que de costumbre. Pero la placidez dura poco. Estiro mi brazo y descubro un vacío al otro lado del colchón. Ningún ruido delata la presencia de Irene en casa. Me levanto. Entro en la cocina. Los restos de comida siguen ahí, tal y como los dejamos por la mañana. Irene no está. Por un instante pienso si me lo habré imaginado todo. Pero no. Esto es real. Irene ha pasado aquí la noche y se ha llevado su hambre a otro sitio.

Tengo que salir a buscarla.

Necesito recuperar la dimensión de mi nombre.

El trayecto hasta La Barronka me pesa en las piernas. Camino entre sudores y ahogos, cruzo calles sin mirar. Qué diferencia con la ligereza que me inyectó este mismo camino a la inversa, la noche de la cumbia del subsuelo, cuando Irene y yo volamos hacia casa y me

volví un gigante. Al entrar me encuentro a Katia atareada con una escoba y un recogedor.

—Qué pasa, compañero. ¿Vienes con ganas de barrer?

Todavía huele a pintura. Al puño violeta y a la estrella negra sobre un círculo rojo, dibujados en el techo, le han añadido un gato con el pelo erizado y las uñas en posición de ataque.

—¿Has visto por aquí a Irene?

Katia deja el recogedor en una esquina.

—Entendido. El señor no quiere darle a la escoba.

—Respóndeme, por favor. ¿La has visto?

—¿La chica que estaba el otro día contigo?

—Sí. Estoy buscándola. La he llamado, pero no me contesta. Pensé que podría estar aquí.

Katia repara en el sudor que cubre mi frente. En los fantasmas que traigo a mi espalda, en la envergadura de mis tinieblas. Supongo que los ángeles tienen que ver esas cosas.

—Voy a preguntar.

Alguien se afana con un martillo. Katia sube las escaleras y grita varios nombres. El gato del techo me enseña los dientes. No le gusto. Katia aparece de nuevo por las escaleras. Pega un salto y agarra su escoba.

—Por aquí no ha pasado. ¿Ocurre algo? La otra noche se os veía muy felices.

Irene me asaltaba en la penumbra de bares que ya no existen, entre humos y sonidos de sótano, y me ayudaba a cruzar la noche. Discrepaba a fondo del amanecer. Me buscaba por las calles del barrio y al encontrarme pronunciaba mi nombre con la expresión más sugerente que jamás había conocido un susurro, y entonces me quedaba claro que solo cuando lo hacía me parecía estar vivo. Irene seguirá recordándomelo todo. La extensión de la felicidad, el ímpetu del amor. Esa maniobra con la que un desconocido se infiltra en tu vida y te obliga a coger altura.

—Lo fuimos. Esa noche y hace unos cuantos años.

—No me digas que te ha mandado a la mierda. La madre que la parió. Pero si casi te deja sin lengua cuando llegó, que la vi yo. ¿Qué ha pasado?

—Es una historia un poco complicada.

—A ver si me aclaro. ¿Habéis discutido? A lo mejor resulta que

sí y no te has enterado.

—Solo he intentado ayudarla de una forma equivocada. Nada más.

—Pero ¿es tu compañera o lo del otro día fue un calentón?

Las palabras ya no sirven. Me pregunto qué hago hablando de esto con Katia. Qué hace esta mujer del futuro escuchando mis penas. Qué hacemos durante toda la vida, que no dejamos de darle vueltas al deseo de amar y de que alguien nos ame. Acaricio el rostro de Katia. Es tan joven, suave y posible que tengo miedo de que se me deshaga como un papel húmedo entre los dedos. Aquí dentro soy un agente contaminante. Katia ya no espera mi respuesta y regresa a su tarea.

—Un amigo que se fue de viaje me dejó unos libros para vosotros.

—Perfecto. Tráelos cuando quieras. El lunes empezamos con el teatro. Vamos a montar una obra de Jakob Arjouni. ¿Por qué no te apuntas?

—Puede ser. Me lo pensaré.

Abandono La Barronka y sigo el curso del Barbaña hacia la Burga. Había conocido el fracaso desde el infierno, cuando me esforcé en dinamitar todo lo que me rodeaba, pero no desde las buenas intenciones. Así es todavía peor, con esta rotundidad de golpe definitivo, en este momento en el que pensé haber vuelto a asomarme a la vida. Dios me ha abandonado como olvidó a su hijo en la cruz. Ese fue el verdadero dolor de Cristo, más allá de su martirio. Guille se acerca con su muleta. Tiene mejor aspecto. En nuestro anterior encuentro, la mañana que le trajo un libro a Katia, me lastimó su hostilidad callada. Quiero seguir caminando, buscar a Irene. Pero mis pies me lo impiden. Se clavan en el suelo. Guille me mira como si se le hubiese borrado la memoria. No se me ocurre qué decirle.

—¿Traes más libros para la biblioteca?

—Déjame diez euros, Mateo. Por favor. Te los devuelvo mañana.

La atención de Guille se traslada al infinito. Quizá lo ha encontrado oculto en una papelera, en la rugosidad del suelo, en la acrobacia de una paloma. Meto mi mano en el bolsillo. Llevo un par de billetes.

—¿Para qué los quieres?

—Tengo mis necesidades, hombre. Como cualquier persona.

Dos ángeles insurgentes se dirigen en bicicleta a La Barronka. Guille se ha desprendido de su vaguedad. Hasta sonríe. Me señala con la muleta. Su estoque multifunción.

—El otro día me encontré a Irene. Hacía tiempo que no sabía nada de ella. Me dio un abrazo tremendo. Estaba muy guapa. La verdad es que siempre lo fue.

—¿No la habrás visto por ahí esta mañana?

—Acabo de levantarme de la cama y casi ni te veo a ti, Mateo. Anda, suéltame esos diez euros.

—Vamos a un bar y te compro algo de comer. Lo que te apetezca.

—No quiero comida. Tengo unos gastos pendientes. Cinco euros. ¿Qué te parece? La mitad. Por lo que más quieras. Cinco putos euros. Eso no es dinero ni es nada.

—Te dije que no voy a contribuir a que te sigas matando.

Intento seguir mi camino, pero no sé adónde. Irene es un sueño que se ha evadido de mí. Guille se enfada. Me clava la contera de la muleta en el pecho y me corta el paso.

—Eres un cabrón, Mateo. Solo te estoy pidiendo pasta. Te la devolveré.

—Aparta esa muleta de una vez. Me estoy cansando de tonterías.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque no me apetece ir a tu entierro, Guille. No puedes seguir así. Vete a un médico.

—Ya sé lo que pasa. Quieres joderme porque te crees superior a mí. Porque me miras desde lo alto. Pero antes eras un mierdas igual que yo. Tengo memoria, ¿sabes?

—Aquí nadie ha sido un mierdas. Ni tú ni nadie.

—Sí que lo has sido. Acuérdate de los trenes y las monedas. ¿Qué te pasaba, Mateo? Estabas siempre al margen. Te quedabas callado y te apartabas de nosotros como si nos despreciases. Huías de lo que valía la pena. Ahora disfrutas vengándote de mí. Pero yo nunca te hice nada. Nadie te hizo nada. Te empequeñecías tú mismo.

Lanzo la muleta al suelo con un manotazo, lleno de rabia. Guille se cae.

—Cierra la boca. No quiero oírte más.

—Después crecimos y la vida empezó a joderme. Tú tuviste suerte. Irene se volvió loca por ti. Pero ni con una tía así estabas contento. Vete a la mierda, Mateo. Deja que me mate como me sale de los cojones.

—Te estoy diciendo que te calles.

—Eres aún más infeliz que yo. Por mucho que ayudes a la gente con tu amigo el cura.

Guille intenta ponerse de pie, pero se lo impido con una patada en el costado. Después cojo la muleta. La elevo en el aire como si fuese un hacha y quisiese cortar un tronco. Estoy a punto de asestarle un golpe de muerte al niño de la moneda. Pero los ángeles insurgentes llegan a tiempo y me inmovilizan hasta que me tranquilizo. Katia se agacha ante Guille y lo ayuda a levantarse. Después se vuelve hacia mí. Igual de joven, suave y posible que antes. Pero distinta. Con los ojos escarchados.

—No he querido hacerlo. De verdad.

Katia me sentencia desde un lugar lejano, a años luz de mis estigmas.

—Pensábamos que estabas de nuestra parte. Lárgate. No queremos verte más por aquí.

Los ángeles insurgentes han emitido su juicio.

El padre Andrés me dijo haber visto la inmensidad del cielo reflejado bajo sus pies mientras caminaba por el Salar de Uyuni, en el altiplano de Bolivia. La luz del sol sobre la superficie mojada convierte el suelo en un reflector y uno se desentiende de la tierra y del horizonte, porque allí todo es cielo. Katia cree que no estoy llorando. Me voy. Aquí el suelo, desde siempre, refleja el infierno.

27

La mujer de Miguel, cabello lacio y ojeras profundas, se levanta sobresaltada. Su cara me resulta familiar. No entiende mi presencia en la habitación. Miguel duerme con los brazos estirados sobre las sábanas. Me conmueve el retraimiento del rostro. Su vejez adelantada.

—Me llamo Mateo. Soy un amigo de Irene. Tú debes de ser Laura. ¿Puedo hablar contigo?

Laura no sale de su perplejidad. Se me acerca en posición de ataque, defendiendo la invasión de su terreno. Es justo. Mi asalto a la intimidad de un enfermo así lo merece.

—¿Te parece este un buen lugar para presentarte sin que te conozca de nada?

—Lo siento. Es muy importante.

Laura se vuelve hacia Miguel, que sigue durmiendo ajeno a nuestra conversación. Me cuesta recordar cómo he llegado hasta aquí. Mi recorrido desde La Barronka hasta el hospital. Esta huida de mí mismo con el corazón a punto de estallar en mil pedazos. No así el último vuelo de los ángeles insurgentes señalándome el camino del destierro, la resolución de Katia y los temblores de Guille al levantarse y recuperar su muleta. Siento con más fuerza que nunca el deseo de ser arrancado de mi cuerpo. Quiero morir ya. Mis párpados no aguantan más este peso. Salimos al pasillo sin alejarnos. Laura no pierde de vista ni un segundo a Miguel. El miedo lo mira todo de reojo.

—Me importa una mierda lo que le pase a Irene. ¿Tienes alguna razón mejor para estar aquí?

—Solo quiero saber adónde ha ido.

—A sacarle el dinero a algún incauto. ¿No lo ha intentado contigo?

—Se quedó a dormir en mi casa. Me dijo algo de una discusión.

—¿Cómo que una discusión? Esa loca se presentó aquí por su

interés. ¿O es que se preocupó alguna vez de su familia durante estos años? Pues no. Como si no existiésemos. Con las que hemos pasado para no vernos en la miseria. Pero ni a Miguel ni a mí nos importó. Ni un reproche. Nadie le pidió explicaciones. Le abrimos la puerta de casa. ¿Y sabes para qué? Para que nos demostrase lo que realmente es. Una desgraciada. Tiene suerte de que no le vaya a contar nada a Miguel cuando se recupere. Ahora que se caiga muerta por ahí. Se lo ha buscado.

—No tiene adónde ir. Se ha quedado sin trabajo. Está en una situación terrible.

—¿Y eso justifica que haya querido robarnos?

Laura apoya la espalda en la pared. Se nota la acción del cansancio en su rostro, esa tensión acumulada de quien lleva días acompañando la incertidumbre de un enfermo. Qué difícil imaginar a Irene en el papel que le adjudica Laura.

—No me lo creo. Estás mintiendo.

—¿Has mirado si falta algo en tu casa? Yo de ti lo comprobaría ahora mismo. Una noche le habrá sido suficiente para llevarse lo que sea.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Ha intentado robarnos el dinero que dejamos en la cocina para hacer la compra. ¿Se puede ser más miserable? Lo vi con mis propios ojos.

—Irene no es así. Habrá sido por necesidad.

—O porque no le pareció suficiente todo lo que le dejamos antes. ¿En qué se lo ha gastado? ¿Te lo ha contado a ti? Ya no me creo sus desgracias.

—Seguro que solo fue un impulso. Nadie está a salvo de cometer errores.

—Esto es increíble. ¿La estás justificando?

—Dime adónde se ha ido. Por favor.

—A mí qué me cuentas. Se habrá largado a Madrid otra vez.

Irene durmiendo en la calle. El padre Andrés avanzando por la cresta del Mont Blanc. Silvio con su pistola entre los dedos, acercándosela a la sien. El Pucho enfurecido por el robo de su perro. Imágenes que desfilan ante mí a toda velocidad. Laura mira su reloj y suelta un bufido.

—El médico está a punto de pasar. Ya me has hecho perder

mucho tiempo.

—Solo quiero hablar con ella. Tienes que ayudarme.

—Ni Miguel ni yo queremos saber nada de esa zorra. Y creo que lo vamos a hacer extensible a sus amigos que vienen a molestar a los hospitales. Lárgate o aviso para que te echen.

Laura se dispone a cerrar la puerta. Se lo impido. Una enfermera viene hacia nosotros.

—Tu marido quiso matarme hace unos años. Espero que se recupere pronto.

—Sé de sobra quién eres. Te he dicho que te vayas. Si apareces de nuevo por aquí, esta vez la navaja te la clavaré yo.

Mi última esperanza es la estación de tren, pero será un milagro encontrar allí a Irene. Igual que atravesé el universo entero desde La Barronka hasta el hospital, mis piernas me llevan ahora hacia el otro extremo de la ciudad y llego a la estación agotado, sabiendo que he recorrido las cuatro esquinas de una jaula cuyos límites me devuelven una y otra vez al mismo punto de partida. Soy el loco que se lanza contra las paredes de su celda. Sin posibilidad de escape. Sin posibilidad de Irene. Soy todo eso la última mañana de mi vida.

La gente deambula por el vestíbulo con su equipaje. Observan la pantalla de información, comprueban sus billetes, se distraen con los móviles. No hay destinos a Madrid hasta dentro de tres horas. Unos viajeros se apean del tren que acaba de llegar y otros esperan para subir. A la derecha, entre los que aguardan su turno en las taquillas, no hay rastro de Irene. Ni en la cafetería, ni en la sala de espera. No sé qué hacer. Quizá quedarme aquí esas tres horas. Entonces me parece verla acercándose a mí igual que el día que nos encontramos bajo el andamio del Paraíso, el día que nos abrazamos como hace veinte años y se puso en marcha esta historia de fantasmas que termina aquí, porque lo que intento abarcar con mis brazos en este momento es solo aire, un sueño a la fuga, una Irene espejismo que se ha escindido otra vez de mi cuerpo y me dice desde algún lugar lejano que ahora sí, que me amará para siempre desnuda sobre mi alma y dormida bajo los puentes.

28

Silvio juguetea con la pistola entre los dedos. Todavía no se la acerca a la sien. Se ha bebido un tanque de whisky. Esto ya lo he visto antes. Todo se entrecruza y se confunde. El cansancio me apaga, mis labios se secan. La muerte trabaja en mi última apreciación de los hechos.

—El Pucho le rajó el cuello al Acacio, Mateo. La puta madre que lo parió. Se volvió loco.

Mi cabeza ha comenzado a irse de aquí. Pero todavía escucho.

—¿Qué estás diciendo?

—Se habrá cargado también a los portugueses. A los dos chavales que le llevaban los perros al Acacio para las peleas. Los están buscando y no dan señales de vida.

La imagen del Pucho llorando mientras le enseño el rosario que me regaló el padre Andrés. Sus lágrimas por el animal muerto, su cabeza temblorosa en mi regazo. Todavía tengo memoria. Todavía la gente se sigue matando. En la pantalla apagada del televisor ha estallado una tormenta. Los tentáculos de un rayo cruzan su superficie. Silvio le ha lanzado una botella. El suelo está lleno de cristales.

—Me estás tomando el pelo, Silvio. El Pucho no se ha cargado a nadie.

—No me jodas, Mateo. Se lo dijiste. Le fuiste con la historia que te conté de los perros.

Silvio se remueve en el sofá. Abre las piernas como si fuesen las antenas articuladas de un insecto y pudiese olfatearme con ellas, captar señales de alarma, iniciar una maniobra de ataque. No alcanzo a adivinar el destino del Pucho. La cárcel o una tumba. Quizá lo sepa cuando se repita esto. Así o de otro modo, siempre con sangre y miseria. Esta vez no bajaremos juntos a Málaga para ver al Capellán y traer provisiones.

—Déjate de tonterías.

—Ahora va a venir a por mí, me cago en sus muertos.

—Pero ¿qué dices? Tú no estabas mezclado en lo de los perros.

—¿Y qué cojones importa? ¿Crees que el Pucho se va a poner a razonar conmigo? Sabemos lo que pasa cuando se le hincha la vena.

—Pues lárgate unos días. Antes o después lo detendrán o se lo cargará alguien.

—A mí de esta casa no me mueve ni Dios. Que venga aquí ese hijo de puta. El Acacio quiso darme trabajo, aunque fuese a su manera, riéndose en mi cara. Pero el cabrón del Pucho siempre me ha considerado un mierdas. Que venga, que lo recibiré con todo mi amor. A tomar por el culo.

Silvio me encañona como el día que el Acacio le enseñó a manejar la pistola. El misterio se cierra y se abre. Todo se vuelve una espiral infinita.

—Es mejor que te vayas. No lo compliques. Guarda la pistola, coge algunas cosas y lárgate un tiempo.

—¿Vas a rezar por mí? Yo amo la vida, joder. Hacía mucho que no me sentía tan bien.

—Baja eso y razona. Tienes que irte.

Silvio se lleva el arma a la sien. La imagen de antes. Me faltaba la sonrisa de muñeco con la boca cortada. Los dientes de siempre, su boca de excavadora.

—Se lo dijiste todo. ¿Es ese tu sentido de la justicia? ¿Ser el chivato de la clase?

—Yo no soy responsable de lo que haya hecho el Pucho. Ni de lo que se haya imaginado.

—Sí que lo eres. Si me ocurre algo cargarás con esa culpa sobre tus hombros. Aunque quizá ya no te importa. Llevas toda la vida sintiéndote culpable y a lo mejor ya te has cansado.

—Vete a la mierda. Eso es un golpe muy bajo.

Silvio vuelve a apuntarme con la pistola.

—¿Y qué fue lo tuyo con el Pucho? ¿Un canto a la confraternidad?

—El Acacio nunca me gustó. Sabemos lo que hace. Los débiles sufren por su culpa.

—¿Y si aprieto el gatillo ahora? Siempre has querido matarte, te salvé una vez y no te quedaste muy contento. ¿Te apetece? Ya tengo ganas de darle uso a este trasto.

La casa de Silvio. El refugio antimisiles que me ha acogido tantas veces de los bombardeos. He venido buscando el consuelo de un amigo, un remedio que me alivie de las cosas que ya no podré contarle. Que Irene ha vuelto a desaparecer de mi vida. Pero me encuentro con el estallido de su cólera. Echaré de menos resguardarme del mundo en este viejo torreón. Sus dudosos amaneceres. Esa forma tan misteriosa que tiene aquí de hacerse de día, como si la noche se retirase solo un rato para vigilarte por una mirilla.

—Está bien. Si no quieres largarte, intento hablar con el Pucho. A lo mejor quiere razonar. ¿Qué te parece?

—Vete al infierno. Estás asumiendo que te fuiste de la lengua sin medir las consecuencias. ¿O pensabas en la justicia de Dios? ¿Es la que debe aplicarme el Pucho por intercesión de Mateo el Evangelista? Me cago en mi puta estampa. ¿No tiene suficiente con el Acacio y sus chavales?

—Se lo diré otra vez. Que tú no tuviste nada que ver con los perros.

La pistola me sigue mirando. Silvio se traga lo que queda de la botella. No sé si va a partirse de risa o a vomitar. El gesto es el mismo.

—Cuando ya no les valían para entrenar a los más fuertes, los ahorcaban o los tiraban a unos pozos. Vi cómo lo hacían, Mateo. Tenían sacos llenos de perros. Hasta los enterraban vivos.

Silvio se queda rígido. Como si lo hubiese barrido un viento helado.

—Confía en mí. Lo arreglaré todo con el Pucho. No voy a permitir que te pase nada.

—Pues haberlo pensado antes. Lárgate de una vez.

La pistola deja de mirarme. Los perros ladran en sus jaulas. Alina huye de su encierro y llega a la ciudad. Los milicianos salen de sus trincheras y Antonio se abraza a los muertos sin nombre, los santos del Estrecho a los que llora el Pucho. Silvio salta del sofá y se pone a convulsionar. Jamás he visto a alguien agitarse de ese modo. Grita para desmembrarse, para arrancárselo todo de cuajo.

—¿Qué te pasa, Silvio? ¿Quieres que llame a un médico?

Silvio se queda con la boca abierta, sin emitir ningún sonido. Parece calmarse. Se desgañita como un actor de cine mudo hasta

que muestra un sosiego desconcertante que alcanza también a su tono de voz. Un suave y dulce susurro.

—Me están mordiendo el cuello. Sácamelas, Mateo. Tú puedes. Líbrame del mal.

—Tranquilízate. Nadie te está haciendo nada. Solo es tu imaginación.

—Las serpientes. Van a matarme. Se me enroscan por todas partes.

El delirio de Silvio lo lleva al suelo. Vuelve a convulsionar. Sus piernas se desquician, el tronco quiere romperse. Pero se aferra a la pistola. Me lanzo sobre su cuerpo e intento inmovilizarlo para quitarle el arma. No lo consigo. Sigue retorciéndose como un pez a punto de la asfixia. Me llevo un golpe en el rostro con el cañón de la pistola. Silvio ha logrado levantarse. Apunta en todas las direcciones. Entonces vuelve a dirigir el arma hacia mí y se queda paralizado, con otro viento frío en el cuerpo. Ha perdido las gafas. Es un loco con el rostro quemado por el ácido, pero yo veo a un niño desnudo en la playa.

—Ya se han ido las serpientes. No tengas miedo, Silvio.

—¿Le has rezado alguna vez a Dios por mí, Mateo?

Silvio va a matarme. Mi reacción es abalanzarme de nuevo sobre él porque no puedo morir aquí. Me queda por recorrer el último tramo de la espiral. Al embestirlo no opone mucha resistencia y evito que apriete el gatillo. Su cuerpo pierde tensión, se vuelve un amasijo flácido. Un juguete de goma sin consistencia. Se tambalea, su boca arroja fuego, un chorro de vómito. Pierde el equilibrio. Al caer hacia atrás, su nuca se quiebra contra el borde de una mesa. Una gota de sangre se perfila en la comisura de sus labios. Se extingue el resplandor del viejo aristócrata del Street Fighter, la luz sin dueño de mi amado ángel de la guarda. Las serpientes se alejan satisfechas. No tengo tiempo para llorar. Debo marcharme. Me llevo la pistola.

El tiempo se confunde bajo mis párpados y Silvio ha muerto.

Pronto todo comenzará de nuevo. El final está próximo. En la calle soy un hombre armado. El suceso sangriento, el titular alarmante, el pánico de la autoridad. Suenan sirenas de policía y me encuentro a Alina en una esquina pidiendo limosna. Quiero decirle que el mundo irá bien si se refugia en La Barronka, que los ángeles

insurgentes la protegerán del odio y que en la plaza seguirá habiendo comida aunque el padre Andrés se haya ido lejos a examinar su fe. Pero al paso de una furgoneta de la policía los dos salimos corriendo, cada uno por un lado. Ella para vivir, yo para matar.

29

La destrucción se ha completado. Ya no queda nada del Paraíso. El edificio es aire, un hueco con un cartel que anuncia la próxima construcción de viviendas de lujo y un local comercial. Las ciudades devoran la calidez de sus márgenes, decretan la pulcritud del frío. Asaltan a sangre y fuego su pasado sin alcurnia. Nadie llora estas pérdidas. No hay flores ni funerales para estas catedrales de los desamparados. Solo los devotos de la memoria furtiva, ausente de las grandes crónicas, guardan su recuerdo. Quizá se encarguen los ángeles insurgentes, si se cumple el deseo del padre Andrés, y sean ellos los últimos guardianes de su vestigio. No han tenido piedad. Han arrasado un palacio. La tierra que consagraron mis padres para poner en marcha su amor. Mi raíz secreta, como dijo Irene. Su camposanto. La gesta de sus cenizas al amanecer morirá conmigo. Y no la contará nadie.

Dejo para siempre el lamento del Paraíso. Su grito ahogado por las sirenas de la policía, que siguen sonando por toda la ciudad porque están a punto de cazar al Pucho. Mi historia debe terminar en casa de la profesora. Allí me dirijo con el deseo de su perdón y mi confianza de hombre armado. Es lo único que me queda antes de morir. Necesito el abrigo de Eulalia, ser testigo de sus recuerdos, seguir reconstruyendo los fragmentos de su vida. Suena mi teléfono. Es ella. Sabía que llegaría este momento. Su voz es distinta, una resonancia lejana. Un dictamen que lo comprende todo. Me siento en paz. Mi condena ha llegado a su fin. Quiere verme y me invita de nuevo a su casa.

Pero Eulalia me recibe con frialdad, como si nuestro reencuentro fuese un simple trámite. No hay abrazos, tampoco palabras sentidas. Ni rastro de emoción. No lo entiendo. Se aparta a un lado para que pase. Cuando me vuelvo con la intención de besarla, ha desaparecido. Su figura es humo, aire como el Paraíso. Ya sé lo que ocurre. La espiral. Un nuevo viaje, otra repetición de los hechos. La

profesora de verdad está acostada en su cama, rodeada de viejas fotos, invitándome a que me tienda con ella a morirme a su lado. Me hablan y me asaltan los muertos porque yo también estoy muerto. Pero soy todavía un bucle en manos de Dios, un bosque infinito de imágenes. Porque entro y salgo de lo visible y de aquello que solo se presiente. Porque aún no se ha consumado mi partida.

Qué hermosa sonrisa tiene Eulalia. Su silencio no ha sido rencor. Por fin me explico tanta indiferencia ante mis súplicas. El volumen del cuerpo ha disminuido, pero sus facciones todavía son reconocibles. Su piel es cuero curtido. Toda ella está desecada, sin agua en los tejidos, sin gérmenes que la corrompan. Quiero abrazarla, pero tengo miedo de que se me rompa. Malograr el magnífico trabajo que ha completado el calor con mi reina de Egipto. Los viejos se mueren solos y nadie los extraña. Menos yo. Como al Paraíso. La noticia de su ausencia es cuestión de azar. Un abandono de nadie. Pero yo he llegado a tiempo para acostarme al lado de Eulalia. Su soledad ha terminado. ¿Pasará la eternidad en una terraza de París?

Recuerdo los consejos que le dio el Acacio a Silvio. Vaciar los pulmones, no respirar. Disparar al centro, cerca de tu víctima. Es lo que hago. Dos veces. Sin éxito. Porque no vivo en ese fantasma que ha salido de mí y me mira desde la puerta. A quien debo matar es a mi cuerpo. El cañón en la boca. Mejor así. No me tiembla el pulso. Acaricio el gatillo y disparo. Mi corazón deja de latir. Escucho un pitido que se extingue y después la nada, el vacío más absoluto. Hasta que se ilumina una luz blanca y en ella aparece el ciervo. Los mismos ojos que vieron mis padres antes del accidente. Entonces corro por la carretera, entre la niebla, pero no consigo acercarme. Es una mirada lejana, inaccesible. Una invitación al misterio que todavía no quiere llevarme de aquí. Mi misión entre los vivos aún debe explorar un camino que desconozco.

Por eso los últimos días de mi vida arden bajo mis párpados.

Y mi ansia de Dios explota otra vez.

Así que volvemos a aquella noche. Cuando Silvio está aprendiendo a manejar su pistola con el Acacio y no sabe que lo devorarán las serpientes. Alina está a punto de llegar. Guille me espera en el túnel. La profesora llora por Antonio y por su Jeanne Moreau. El padre Andrés se rebela en soledad ante la cruz. El Pucho

oye el ladrido de su perro muerto. Mis padres entrelazan sus manos en el Paraíso y se marchan de fiesta. Katia y los ángeles insurgentes se hacen fuertes en La Barronka y ponen a la policía en peligro. Irene me absuelve de mis pecados. Dios es distancia y silencio. Mi muerte se acerca, pero no descanso en paz. Debo esperar a que el ciervo me diga quién soy.

DIEGO AMEIXEIRAS (Lausana, Suiza, 1976) es periodista y autor de una docena de novelas. Escribe en La Voz de Galicia y en El Salto. Desde el 2004, su trayectoria ha sido reconocida con diversos galardones, entre ellos el Premio Xerais de Novela, el Premio Losada Diéguez o el Premio Nacional de la Crítica. Ha escrito piezas teatrales y guiones para cine y series de televisión. Traductor de Dashiell Hammett y Raymond Chandler al gallego. Entre sus novelas, con las que frecuenta el género negro, los ambientes marginales y la crítica social, destacan *Dime algo sucio* (Pulp Books, 2011), *Matarte lentamente* (Akal, 2015), *Conduce rápido* (Akal, 2017), finalista del Premio Hammett, *La crueldad de abril* (Akal, 2018) y *La noche del Caimán* (Fondo de Cultura Económica, 2020).